

**LA REFLEXIÓN SOBRE EL SENTIDO DE LA
HISTORIA EN MÉXICO DURANTE LAS ÚLTIMAS
DÉCADAS DEL SIGLO XX**

Por: Gabriela Fernández García

Director de Tesis: Blanca Estela García Gutiérrez

Tesis para obtener el grado de Maestría en Humanidades, Línea Historia

Enero, 2012

Agradezco al Concejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el financiamiento que otorgó durante los dos años de elaboración de este trabajo.

Agradezco profundamente al personal administrativo y académico de la Universidad Autónoma Metropolitana, en particular a mis profesores.

Reconozco en especial la labor del Dr. Federico Lazarín, que me benefició con sus cátedras y su constante apoyo, además de sus certeros comentarios a esta tesis. Asimismo fueron relevantes las aportaciones del Dr. Mario Barbosa.

Agradezco también la guía paciente de la Dra. Blanca García que hizo posible la culminación de este trabajo.

A mis amados abuelos y a mi incansable mamá.

A mis queridos amigos y compañeros Gabriel, Azucena, Juan, Héctor y Nayeli,
y a mi profesor Pedro Quintino.

Índice

Introducción	6
Capítulo I El Sentido Social de la Historia como Disciplina Especializada	16
1. La institucionalización de la historia y el papel de los Estados nacionales	16
2. La función de la historiografía en la formación del Estado Nacional Mexicano	24
(a) La identidad criolla	24
(b) La Historiografía tras la Independencia de México	27
(c) Historiografía decimonónica mexicana ¿saber científico o instrumento político?	30
3. La Historiografía en el Estado Postrevolucionario Mexicano	39
4. La Formación de Instituciones y los historiadores profesionales en México	40
Capítulo II Historiografía en el siglo XX: cambios socio-políticos y epistemológicos	53
1. Nuevas corrientes para una nueva realidad	53
(a) El Materialismo Histórico	54
(b) La Escuela de los Annales	59
2. Rupturas epistemológicas: Postmodernidad y Multiculturalismo	63
Capítulo III México al final del siglo XX	74
1. El 68 en México: la crisis y sus repercusiones en las políticas culturales	74
2. La era del Capitalismo Flexible	82
3. La crisis económica mexicana y las nuevas condiciones políticas: 1970-2000	89
4. La pluralidad en los medios de comunicación masiva y la proyección Pública de los intelectuales	96
5. El desarrollo de nuevas estructuras de argumentación historiográfica a partir de 1970	104

Capítulo IV El sentido social de la historia entre 1980 y 2000

115

1. Análisis de los textos de 1980	118
2. Análisis de los textos de 1991	126
3. Análisis de los textos del 2000	134
Conclusiones	141
Bibliografía	148

Introducción

La escritura de la historia responde a las necesidades y posibilidades de la sociedad donde es generada. A lo largo de los siglos han variado las características fundamentales de aquello que puede considerarse historiografía: las fuentes reconocidas como válidas, la manera de analizarlas, el tipo de información que se presenta en la obra final, los recursos disponibles para los historiadores y la intención que impulsa su trabajo. TODOS son componentes que integran la historiografía de cada tiempo y lugar. Tales rasgos se delinean a partir de varios factores que incluyen las exigencias de los grupos de poder político, los valores y creencias generales de la sociedad, y el desarrollo técnico dentro y fuera de la disciplina histórica. De esta manera, tras cada libro de historia existe un conjunto de elementos que determina tanto su contenido como su forma; es decir, los datos que ofrece, los temas que aborda y los documentos en los que se basa, por una parte, y la secuencia, periodización y recursos retóricos empleados, por la otra.

Si aceptamos que el historiador ejecuta su práctica profesional con un conjunto de objetivos; y que éstos forman parte de los factores que dan forma al producto final de su trabajo, entonces podría ser relevante profundizar en la investigación de los objetivos compartidos por un conjunto de historiadores en determinado período. Los objetivos suelen entenderse en un campo sumamente restringido, como aquellas metas concretas que un autor propone como punto de llegada de su investigación; sin embargo los objetivos, en su sentido más general, pueden hacer explícitas cuestiones que trascienden el limitado universo de la obra para alcanzar el campo en que ésta será leída. En otras palabras, una obra cumple con objetivos profundos, rara vez explícitos, que se dirigen a la satisfacción de las necesidades de la sociedad en que será leída; por ejemplo, ofrecer conocimiento aceptable o crear conciencia en los lectores sobre algún asunto que el autor considera problemático. Este objetivo

trascendente puede definirse como el “para qué” que subyace en la construcción historiográfica de un período específico.

La presente investigación se propone abordar el sentido o utilidad social¹ de la historiografía mexicana entre 1980 y 2000. El objetivo es observar cambios y continuidades en este aspecto de la historiografía a lo largo del dicho período. Este trabajo busca aportar una aproximación a las relaciones establecidas entre el contexto social, económico y político, y el sentido social de la historia como disciplina especializada.

El interés por este tema surgió a partir de la revisión de algunos textos sobre historiografía en México a finales del siglo XX, motivada por una investigación previa. La historia se profesionalizó e institucionalizó en México durante las mismas décadas en que el régimen postrevolucionario se consolidaba (años cuarenta y cincuenta). En ese momento el discurso historiográfico profesional tenía que satisfacer necesidades prácticas y concretas relacionadas con la legitimación del nuevo régimen; debía propiciar la integración nacional tras décadas de inestabilidad política; y este discurso a su vez debía legitimarse a través de un marco institucional que respaldara su carácter científico, de manera que sus conclusiones no parecieran una construcción sino la llegada a la verdad. En la historiografía de las décadas intermedias del siglo XX predominaban los temas políticos, se elaboraban trabajos acerca de individuos o instituciones, y se preferían los periodos alejados en el tiempo, como la época prehispánica, la Colonia, el siglo XIX y el Porfiriato; *La Historia Moderna de México*, coordinada por Daniel Cosío Villegas puede considerarse como un ejemplo clásico de este momento.

¹ “Sentido social” se refiere aquí a la intención trascendente (explícita o implícita) que el historiador manifiesta en su obra, ya sea ésta teórica o de reconstrucción histórica. “Utilidad social” se refiere a la posible repercusión efectiva que la obra de un historiador o de la historiografía en conjunto, pueden tener sobre la sociedad en general. “Sociedad en general” incluye a todo aquel que no pertenece a la comunidad académica, o a las cúpulas políticas, empresariales o religiosas.

Pero los cambios socio-culturales de la segunda mitad de los años sesenta sintetizados en el movimiento estudiantil del 68, motivaron la consolidación de una tendencia revisionista en la historiografía sobre la Revolución Mexicana durante los años setenta. En ese momento, muchos historiadores cuestionaron los argumentos centrales de la historia sostenida hasta entonces, como el origen popular del gobierno postrevolucionario, o la idea de que la Revolución había sido un movimiento unificado. Casi al mismo tiempo hubo cambios epistemológicos; la historiografía mexicana y mexicanista se benefició de nuevos paradigmas, métodos y técnicas desarrollados en otros países, como las herramientas de la Segunda y Tercera Generación de la Escuela de los Annales, la actitud crítica del Marxismo, y de las múltiples posibilidades de los enfoques de la Pluriculturalidad.

El resultado fueron obras de mexicanos y extranjeros como *Pueblo en Vilo* de Luis González y González, *La Cristiada* y *La Revolución Mexicana (1910-1940)* de Jean Meyer, *La Frontera Nómada* de Héctor Aguilar Camín, *La Ideología de la Revolución Mexicana* de Arnaldo Córdova o *Zapata* de John Womack, entre otros. Algunas de estas obras ponen en entredicho, de una u otra forma, la idea de la Revolución como un movimiento popular, agrarista y nacionalista, para proponer otras explicaciones basadas en las particularidades locales, el papel de las clases medias o las continuidades entre el Porfiriato y el régimen postrevolucionario.

La aparición de nuevas tesis no fue un acontecimiento espontáneo, respondió a la necesidad de examinar las causas de la ruptura de 1968, cuando se presentó una crisis en la relación del gobierno con la sociedad de México. En ese momento el sentido social de la historia era claro, intentaba dismantelar el argumento histórico que legitimaba al gobierno. Pero esto vale para una fracción de la historiografía de los años setenta ¿Qué pasó después? Las condiciones fueron cambiando a finales de siglo, tanto por la aparición de

nuevas corrientes historiográficas hegemónicas en el extranjero², como por el propio entorno del país, con la adopción de un nuevo sistema económico (neoliberal) aplicado por una cúpula política diferente a la anterior, además de un conjunto de transformaciones en el ámbito cultural marcadas por la expansión de los medios masivos de comunicación.

Estas nuevas necesidades y posibilidades debieron traer cambios en el sentido social de la historia ¿Cómo se adaptaron los historiadores a este entorno? ¿Qué dirección le dieron a su trabajo? ¿Qué actitud adoptaron ante un contexto de desigualdad social creciente y de conflictos políticos? ¿Se reactivó el ideal de imprimir al conocimiento histórico una carga política y dirigirlo al cambio social? ¿O los historiadores tendieron a respaldar la aplicación del nuevo sistema económico-político?

La hipótesis que subyace en esta investigación es que la historiografía mexicana, desde luego en términos generales, en las últimas dos décadas del siglo XX, abandonó de manera progresiva los ideales de cambio social que articularon la construcción historiográfica de los años setenta; ideales que fueron sustituidos por otros relacionados primordialmente con la valoración científica y académica.

Esta hipótesis se apoya en dos hechos fundamentales. En primer lugar, el supuesto de que el conocimiento histórico puede o debe servir a los intereses del presente y del futuro, se asocia, aunque no exclusivamente, con los postulados generales del marxismo; al desacreditarse por la caída del Socialismo real, también se desacreditaría el uso de la historia como herramienta política, y el sesgo necesario para que el conocimiento pudiera

² Durante la década de 1980 se consolida la Historia Cultural como una perspectiva para analizar actores o fenómenos muy específicos; con frecuencia buscando originalidad y con renovada atención hacia lo cotidiano. El Relativismo, con la idea de que la realidad se construye por el observador de acuerdo a su entorno, persiste aunque es cuestionado. También se da cierto retorno a la narrativa, en oposición a los enfoques cuantitativos y relativistas. Finalmente, tras la caída del sistema soviético (1989-1991) se desacredita el Marxismo como modelo académico, aunque no es del todo abandonado.

servir a un propósito de cambio social, se tomaría como una falta de rigor y un riesgo para la objetividad. En segundo lugar, la consolidación del Neoliberalismo acarreó dos fenómenos: por una parte, la institución de nuevos valores hegemónicos, relacionados con la productividad, la competitividad y el individualismo; por la otra, un detrimento del nivel general de vida, no sólo de las clases bajas, también de las medias, a las cuales suelen pertenecer los investigadores. En México, la etapa neoliberal repercutió en el ámbito institucional con la creación del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), organismo encargado de administrar la investigación científica, evaluar y financiar a los investigadores.

Estas condiciones podrían hacer ver a los investigadores que expresaran marcados ideales de izquierda, como arcaicos y tendenciosos, incapaces de cumplir con los objetivos de imparcialidad y cientificidad que la historia demanda. Pero el mismo entorno también los obligaría a concentrarse en su propia supervivencia; buscarían superar la competencia de sus colegas y satisfacer los parámetros de las instituciones encargadas de evaluar sus niveles de productividad, con el fin de conservar su plaza y acceder a las bonificaciones económicas. Ahora bien, lo anterior son posibles explicaciones para una tendencia que aún está por verificarse.

La presente investigación no se propone elaborar un análisis exhaustivo de la historiografía mexicana o de las corrientes historiográficas mundiales; sólo busca verificar su hipótesis. Sin embargo, se recurrirá al análisis historiográfico; esto es, al estudio de las características de los textos históricos en cierto período o los correspondientes a determinada filiación teórico-metodológica. Esta investigación se apoyará en las diversas obras existentes que realizan análisis historiográfico. La mayor parte de tales estudios toma en cuenta factores como el contexto socio-político del período analizado y los fundamentos de la historia como disciplina especializada que dan soporte a las obras (fuentes, temas, métodos, etc.). Frecuentemente durante los recuentos de autores, títulos y corrientes que suelen estructurar estos análisis, aparecen

alusiones al sentido o utilidad social que la historia cumplía en determinado período. Tales alusiones suelen ser asociadas al entorno socio-político y a la estructura interna de los textos; en algunos casos incluso se explora la naturaleza específica de la influencia entre el “para qué” de la historiografía y las características de la producción historiográfica en un momento y lugar determinados.³

Alfonso Mendiola, al hablar sobre los desafíos de la teoría de la historia (entendida como reflexión sobre su propio quehacer), señala, aunque de forma indirecta, la cuestión de la función social de la historia. Dice textualmente:

Otra temática que asedia a la práctica del historiador es la del papel de la ética en la investigación histórica y en su recepción. Esta cuestión se divide analíticamente en dos: una, ¿la historia, en su fase moderna, sigue siendo “maestra de vida”? y, dos, ¿la construcción del conocimiento histórico, en su figura actual, está mediada por la postura ética del investigador? Se vuelve necesario replantear, primero, la cuestión de la función social de la historia en la etapa actual de la modernidad y, segundo, si la historia desde su aspecto cognitivo es o no prescriptiva, esto es, si en la producción cognitiva de la historia el futuro del acto de la escritura funciona o no como elemento ético en la descripción del pasado.⁴

Hay varios presupuestos que es necesario aclarar para comprender el planteamiento de Mendiola. Asume que la historiografía en el mundo premoderno (anterior al pensamiento científico y secularizado propio de los siglos XIX y XX), cumplía una función normativa, moral y ejemplarizante, que se escribía para guiar la conducta; mientras que en el mundo moderno, donde predominan los valores científicos, la historiografía debería cumplir una función exclusivamente cognoscitiva. La cuestión que plantea se refiere a la posibilidad de que la historia en el mundo contemporáneo siga desempeñando funciones normativas. Y ve el problema como algo relevante en la medida que, de ser así, de haber en la escritura de la historia una proyección hacia las acciones en el presente, la ética del autor podría ser determinante no sólo para

³Ver: Charles-Olivier Carbonell, *La Historiografía*, México, FCE, 1986 / J. Fontana, *La Historia de los hombres del siglo XX*. Crítica, Barcelona, 2002 / Vázquez, *La historia de la historiografía*, Utopía, México, 1975.

⁴A. Mendiola, 2000, pp.8, 9.

la construcción del discurso historiográfico, sino para su consecuente impacto en la realidad.

El alto grado de abstracción de este objeto de estudio ha impuesto una estrategia de análisis que combine la revisión de una selección de textos teóricos correspondientes al período elegido, con una reconstrucción detallada del contexto.

La selección de textos teóricos fue uno de los mayores desafíos en el proceso de esta investigación, y es indispensable aclarar los criterios aplicados. En primer lugar se seleccionaron textos que se refirieran directamente al tema del sentido o utilidad social de la historia, aún cuando éste no fuera el tema central. Se procuró que los autores tuvieran trayectorias académicas equiparables, y que contaran con reconocimiento dentro de la comunidad académica. Se buscaron tres grupos de textos, uno originado en 1980, al principio del período; otro cerca de la mitad en 1992; y el último al final, en el 2000; y se prefirió aquellos que fueron escritos en condiciones similares y publicados en obras colectivas. No se tomó en cuenta la calidad intrínseca o su impacto en la comunidad académica.⁵ Para este propósito se revisaron y descartaron varios conjuntos de ensayos, memorias de coloquios y revistas especializadas, cuyo contenido no cumplió con los criterios mencionados.⁶ El eje del análisis de cada texto será la tesis epistemológica central del autor sobre el sentido social de la historia. Esta información se determinará a partir de una pregunta clave: ¿Para qué supone el historiador que sirve o debe servir la historia?

⁵ La primera muestra se tomó de *Historia ¿para qué?* (1980), con los ensayos de Carlos Pereyra, Luis González y González y Enrique Florescano. La segunda muestra se obtuvo de *El historiador frente a la historia* (1992), donde aparecen de nuevo trabajos de González y González y de Florescano. La tercera muestra partió del No. 15 de *Historia y Grafía* (2000), de la cual se recuperaron los trabajos de Alfonso Mendiola y de Luis Vergara.

⁶ Entre otras publicaciones, se revisaron los números 18, 20 y 21 de *Historia y Grafía*, pero además de rebasar el período, sus temáticas no se ajustaban de forma suficiente a los requerimientos del objeto de estudio.

El análisis también requerirá situar cada texto en el momento histórico en que se ha construido. Esta necesidad es el motivo de la reconstrucción de un contexto amplio que involucrará varios aspectos. Sabemos que la forma de escribir historia ha cambiado a través del tiempo; pero una visión panorámica de la historiografía, digamos occidental en los últimos doscientos años, para no ir más lejos, revela que los cambios no se suceden, más bien se superponen; es decir, una corriente o ciertos elementos de ella permanecen vigentes aún cuando ha dejado de ser hegemónica. Por este motivo, al estudiar la historiografía de los años ochenta y noventa del siglo XX en México, debemos remitirnos a los factores que la han hecho posible, algunos distantes temporal y espacialmente.

Esta investigación se basará principalmente en fuentes bibliográficas, tanto secundarias como primarias. Las fuentes secundarias comprenderán trabajos dedicados a la reconstrucción histórica; las fuentes primarias incluirán tanto textos de reconstrucción como de teoría historiográfica, pero serán observados como objeto de estudio en sí mismos. Algunas obras resultaron clave para la elaboración de este trabajo; aunque ninguna fue superflua, es necesario subrayar que la estructuración de esta tesis, especialmente en lo que toca a la periodización, partió de *La Historia de los Hombres del Siglo XX* de Josep Fontana, *La Teoría de la Historia en México (1940-1970)* de Álvaro Matute, *La Cultura Moderna de la Historia en México. Una aproximación teórica e historiográfica* de Guillermo Zermeño, *La Historiografía Política en México 1970-2000* de Claudio Vadillo y *Historia de la Historiografía Contemporánea* coordinada por Luis Gerardo Morales, el tomo 14 de *Grandes Problemas de México* coordinada por Soledad Loaeza resultó particularmente valioso en cuanto a la reconstrucción del contexto histórico de finales del siglo XX.

La presente investigación se dividió en cuatro capítulos. El capítulo I trata el problema de la historia en la Modernidad y su dilema entre su finalidad de construir conocimiento científico, objetivo e imparcial, y la necesidad de contribuir a la formación de las identidades colectivas que requiere el Estado

nacional. En la primera parte se verá el problema de forma general. En la segunda el caso particular de México, en cuanto al papel de la historiografía en la formación de la identidad nacional, tanto en la fase decimonónica como en la postrevolucionaria. Examinaremos el proceso de profesionalización e institucionalización de la investigación histórica en México, iniciada hacia la década de 1940, para comprender el ambiente académico en las décadas intermedias del siglo XX, el momento en que muchos de los autores cuyos textos analizamos, cursaron sus estudios profesionales.

El capítulo II tratará los cambios epistemológicos en la historiografía europea en el siglo XX, con respecto a la historiografía tradicional desarrollada en el XIX. Se profundizará especialmente en las aportaciones del Materialismo Histórico y de la Escuela de los Annales; porque fueron dos de las alternativas más importantes a la tradición positivista, y también constituyeron hacia los años setenta, las principales corrientes renovadoras de la historiografía mexicana. En este mismo capítulo haremos un recorrido por los paradigmas que propusieron cambios epistemológicos más profundos en la segunda mitad del siglo XX, fundamentados en las propuestas de la postmodernidad.

El capítulo III desarrolla los cambios ocurridos en el último tercio del siglo XX. Profundizaremos en el contexto económico, político y cultural en México. También haremos un recorrido por las corrientes que generaron cambios en la historiografía mexicana en aquel período, y comentaremos las principales obras de reconstrucción histórica. El objetivo es establecer un marco histórico para la lectura y el análisis de los textos teóricos.

El capítulo IV estará dedicado al análisis de los textos seleccionados. La lectura de ellos se guiará por la pregunta ¿Para qué supone el historiador que sirve o debe servir la historia? La respuesta constituirá la tesis central de cada autor. Una vez determinada, buscaremos comparar diferentes tesis, entre

diferentes autores o los mismos en diferentes momentos. El objetivo último es observar cambios o continuidades a través del tiempo.

¿Por qué preguntarnos específicamente sobre los discursos acerca de la utilidad de la historia? ¿Por qué podría ser relevante? En un sentido no es más que otro tema en la historia de la historiografía. Pero es un tema importante en la medida en que está relacionado con la práctica de la investigación del pasado en su conjunto. Por ejemplo, las obras de un autor que cree que la investigación histórica sirve para conocer el pasado serán diferentes a las de uno que asume la necesidad de actuar sobre su presente a partir del conocimiento obtenido. Así podemos preguntarnos ¿a qué tipo de necesidades intentaron responder los historiadores a finales del siglo pasado?

Capítulo I El Sentido Social de la Historia como Disciplina Especializada

El propósito de este capítulo es presentar un recorrido por la historia de la historiografía desde el momento en que se convirtió en una disciplina especializada; el elemento privilegiado en este recorrido será el sentido social que la historiografía ha tenido en distintas etapas. De esta forma describiremos las condiciones de producción historiográfica generadas por dos fenómenos que coincidieron en el tiempo: la consolidación de los Estados nacionales modernos, por una parte, y la profesionalización de los historiadores con la creación de instituciones especializadas, por la otra. La relevancia de este punto de partida radica en la necesidad de comprender la naturaleza de las expectativas que la historia profesional debía satisfacer en el momento de convertirse en disciplina científica; pues, aún cuando el contexto político ha cambiado, algunas de estas expectativas continúan vigentes.

1. La institucionalización de la historia y el papel de los Estados nacionales

Hacia el siglo XIX, un importante sector de la especie humana, aquel que habitaba lo que conocemos como mundo occidental, había adoptado un conjunto de ideas y prácticas hasta entonces inéditas: las formas de organización política, la estratificación social y las estrategias para generar conocimiento, adquirieron características tan singulares, y sobre todo, tan distintas a las construidas en tiempos pasados, que señalaron una nueva era que ha sido designada como “modernidad”.⁷

⁷ La Modernidad es una etapa histórica cuya fase formativa se remonta al siglo XV, pero que no llegó a expresar todas sus características sino hasta finales del XVIII. Se inició en la Europa central y noroccidental, pero sus ideas fueron difundidas hacia los dominios de esta región, como España en la época de dominación Napoleónica (1808-1813) y América en el mismo periodo, por ejemplo, aunque tuvo expresiones y matices regionales. En términos generales incluye el acenso de la burguesía al poder político, al frente de Estados Nacionales; democracia, Constitucionalismo parlamentario y elección de gobernantes por medio de voto ciudadano; Capitalismo Liberal como sistema económico ideal (libre comercio, libre empresa y no intervención del Estado en asuntos económicos); industrialización;

La Modernidad, en tanto fenómeno histórico, incluye una representación integral del mundo, que entrecruza los valores filosóficos con los políticos y sociales. La Modernidad se caracteriza por un nuevo escepticismo religioso, la fe se desplaza desde Dios hacia la razón. Hay nuevos ideales políticos, que hablan de “libertad” e “igualdad”; de hecho toman forma en el sistema estadounidense y en la Revolución Francesa primero, y más adelante en la formación de muchos Estados republicanos con constituciones que reflejan nociones parecidas. Se generaliza un sentimiento de haber llegado, al fin, a una nueva era de perfectibilidad. Sostiene la validez del “Método Científico”, que epistemológicamente parece casi infalible, porque es capaz de autocriticarse y autocorregirse, al ofrecer herramientas uniformes de verificación, como son el cuestionamiento sistemático de las premisas, no tomadas como verdades sino como hipótesis, y la experimentación, en contraste con la epistemología basada en la autoridad de las doctrinas (usualmente religiosas) de la etapa anterior.⁸

Ahora bien, el impacto de los cambios en el modelo cognitivo que llamamos en términos generales “Modernidad” sobre la historiografía, fue significativo, pero extraordinariamente gradual. La historiografía científica representada por Leopoldo von Ranke (1795-1886)⁹ es el mejor ejemplo de una epistemología moderna en la ciencia histórica. Ahora, cómo se podría distinguir una historiografía científica de una que no lo fuera. Se trata de una aclaración necesaria, porque el desarrollo de la historiografía no coincide rigurosamente con el del pensamiento en general, aunque sí responde a él, lo hace bajo su propia lógica, que integra tanto movimientos intelectuales, como necesidades socio-políticas. Esto significa que, aún cuando el entorno intelectual ofrezca las

hegemonía de las nociones de progreso, razón, ciencia y tecnología. Supone que sólo los individuos con méritos propios dirigirían el continuo desarrollo de la civilización. Ver: E. Hobsbawm, 1981, pp.7-10.

⁸J. Vázquez, 1975, p.86.

⁹ La historiografía científica se inicia en la década de 1820, es asociada con la metodología y la obra de Leopoldo von Rank. Rechaza la construcción arbitraria de hechos generales y la especulación filosófica, exige el estudio de lo particular para llegar a la comprensión de los procesos generales; pretende la reconstrucción del pasado tal como sucedió, apartando la opinión, los deseos y gustos del historiador; y exige el fundamento documental. Ver: J. Vogt, 1974, pp.23-26.

condiciones para que la historiografía se construya bajo el modelo científico moderno, es posible que el contexto socio-político condicione de distinto modo su expresión concreta.

Una historiografía científica debería contener la idea de una relación causa-efecto; buscaría leyes generales; ofrecería explicaciones de carácter natural y no sobrenatural; fundamentaría sus afirmaciones en la investigación; y situaría los hechos de forma sistemática en un tiempo y un espacio determinados; además de esto se propondría encontrar la verdad. Algunos de estos objetivos también corresponden a la historiografía premoderna, pero en su conjunto integran la epistemología particular de mediados y finales del siglo XIX.¹⁰

Ahora bien, en el período en que la historia se convirtió en una disciplina especializada florecieron varios estilos que, aún cuando se inscribían en la Modernidad, no necesariamente encajaban en el modelo científico. Por ejemplo, el Romanticismo es un movimiento absolutamente moderno, pero se desarrolló a partir de una crítica a los postulados de la Ilustración. Debemos recordar que la filosofía Iluminista es fundamentalmente anti histórica, porque se considera el momento de su propio arribo como el punto culminante del pensamiento humano y de la práctica política, y todo lo anterior es visto como el camino necesario para llegar hasta ahí, y el futuro sólo consistiría en mantener la perfección alcanzada.¹¹ Sin embargo, el futuro demostró que la perfección no era una realidad. Pasaron los años y las décadas, el gran logro político de la Ilustración, la Revolución francesa (1789-1792) dio lugar al Terror jacobino con sus atroces masacres (1793-1794), después llegó Napoleón con sus afanes expansionistas (1798-1815), y finalmente se restauró la monarquía (1815). La Revolución parecía fracasada, tanto entusiasmo, tantas ideas, tanto miedo y tanto dolor, para terminar en lo mismo. Entonces el Romanticismo, que ya venía perfilándose como un modelo de interpretación de la realidad desde

¹⁰ C. Carbonell, 1986, p14.

¹¹La historiografía de la Ilustración busca principios filosóficos generales donde se demuestre la superioridad de las sociedades ilustradas; el resto de las civilizaciones humanas aparecen como inferiores. Ver: J. Vogt, 1974, pp.16-18.

finales del siglo XVIII, en principio como una respuesta a la frialdad ilustrada, cobra una fuerza imponente.

El Romanticismo sospechaba una sabiduría en la historia, superior a la perspicacia humana. La historia no es aquí una herramienta para cambiar el presente o el futuro, sino cuando mucho, una forma de conocer nuestros límites; ya no es “lección para la acción, como en el mundo antiguo, ni ejemplo de lo que no se debe hacer, como para la Ilustración, sino una solemne contemplación de los hechos. Se abandonaron las grandes construcciones filosóficas abstractas de la Ilustración, y se dejaron de lado las historias de visión general, junto con el enfoque crítico sobre el pasado; en cambio, el pasado se respetaba y estudiaba como el por qué de lo que se era.¹²

Este estilo favorece la construcción de historias nacionales. Existe la idea de que los pueblos, en sentido étnico, poseen un “espíritu” propio que se manifestaba en las prácticas religiosas, el arte, las leyes y la identidad nacional; en otras palabras, los pueblos se asumen como personajes con identidad colectiva, única y distinta entre sí. Una repercusión de este enfoque es la idea de que los habitantes de un Estado habrían de identificarse con su nación, y no sólo con su familia, su ciudad o su provincia; este es el principio de la integración propia de los Estados nacionales. Los autores presentaban estos conceptos como fuerzas que guiaban el curso de los acontecimientos. De este modo, se procuraba resaltar las diferencias entre pueblos durante la misma época para observar sus respectivos “espíritus”. La fascinación por la Edad Media no sólo proviene del gusto por lo exótico de los poetas romanticistas; para los historiadores era el momento de la definición de los distintos caracteres nacionales; por ejemplo, se veía con admiración el caso inglés, cuyo sistema parlamentario se atribuía al “espíritu del pueblo anglosajón”.¹³

¹²J. Vázquez, 1975, pp.102, 103.

¹³Autores representativos de la historiografía romántica son Agustín Thierry (1795-1856) y Julio Michelet (1798-1874). Éste último escribió *Historia de Francia*, donde logra sintetizar la

Esta primera mitad del siglo XIX fue un momento de nostalgia expresada como historia. Se cultivó la novela con temas históricos, y la historia poética y novelada. Puede ser que la historia no haya ganado en rigor, pero comenzó a valorarse por sí misma, no sólo como un elemento didáctico o una herramienta para la crítica política y social; dicho de otro modo, apareció la posibilidad de investigar el pasado por el simple deseo de conocerlo. Esto fue importante para su desarrollo posterior como disciplina especializada, cuyas características, al menos a nivel formal, incluirán la separación del saber con respecto a las necesidades políticas.¹⁴

Sin embargo, en la época romántica no sólo hubo historia romántica; aunque es claro que fue un estilo cuyos rasgos aparecen con frecuencia, las tendencias historiográficas se diversificaron rápida y profundamente. Para mediados de siglo, coexiste la historiografía literaria y anecdótica, (Michellet) con la docta producto de los institutos y academias algunas fundadas desde el siglo XVIII, y la filosófica idealista (Hegel y Fichte) y la filosófica científica (Marx)¹⁵. Pero, algunas tendencias coincidían en un punto clave: la historiografía Romántica, la liberal, y la científica-positivista, todas estaban relacionadas de una u otra forma con el estímulo de la identidad nacional de los ciudadanos o con la creación de un proyecto político nacionalista. Incluso hay autores que afirman que el modelo científico, con sus pretensiones de

idea del pasado como el conjunto de hechos, instituciones y creencias del pueblo y el territorio franceses, es decir, de la nación. Ver: C. Carbonell, 1986, pp.105, 106 / J. Vázquez, 1975, p.104.

¹⁴J. Vázquez, 1975, p.106.

¹⁵ La filosofía de la historia de Friedrich Hegel corresponde a la corriente idealista; supone que la razón se expresa en los hechos de la historia, el acontecer histórico representa el camino del espíritu hacia formas perfectas; en este sentido la historia es inteligible, pues siempre tratará sobre progreso incesante hacia la libertad. Carlos Marx propuso en cambio, que no es el espíritu ni la conciencia, sino las relaciones económicas, lo que determina y explica el acontecer histórico, el conflicto entre oprimidos y opresores; aquí se considera científica porque busca establecer una ley a partir de la verificación de una hipótesis. Ver: Vogt, 1974, pp.40-42.

objetividad, sólo procuraba enmascarar la necesidad de los Estados de inculcar valores nacionalistas a la población.¹⁶

El Estado Nación adquiere sus características modernas en este período, y son las mismas que persisten hasta hoy. Tales características se fueron definiendo a través de un proceso de cambios sociales y políticos bien determinados. En primer lugar se observa una creciente homogeneización entre los ciudadanos; acompañada de la expansión del derecho al voto y a la participación política en general; se difunde la idea, inédita hasta entonces, de la igualdad de todos ante la ley; que a su vez se relaciona con una noción de igualdad más amplia, donde el linaje deja de ser un factor de diferenciación social. La modernización implica también el fortalecimiento del Estado-Nación en su capacidad coercitiva y dominadora; busca un control directo y cada vez más profundo de la mayor cantidad de aspectos posible de la vida de la población. Finalmente, la esfera política en su conjunto se vuelve más compleja estructuralmente, con una mayor integración y centralización de las instituciones que pertenecen a ella. La integración de los ciudadanos implica, como ya se señaló, la preeminencia de la identidad nacional por sobre la regional; es decir, se busca que los individuos piensen en sí mismos como franceses antes que como normandos o provenzales, por ejemplo.¹⁷

La historia es factor fundamental de integración de la ciudadanía en el Estado nacional, porque provee ese elemento en común que permite la dilución de las fronteras regionales, a través del énfasis en un ente superior asociado con lo nacional. El discurso histórico cobra entonces una gran importancia: todo pensamiento, toda reflexión, toda pretensión de alcanzar la verdad, debía alimentarse de historia. Se hizo necesario suprimir la diversidad en la interpretación histórica, pues un Estado nacional necesita una sola y verdadera historia, no múltiples visiones en contradicción. De este modo, las historias

¹⁶J. Fontana, 2002, p.9

¹⁷ Ver: J. Aróstegui, 2001, p.31 / E. Hobsbawm, 1981, pp.8, 9/ F. Savarino, 1997, p.18.

nacionales situaron la verdad como un valor supremo. Pero apareció un problema, los datos que debían alimentar la investigación, resultaban insuficientes, y se hizo evidente la necesidad de un esfuerzo de investigación para llenar los vacíos.¹⁸

En este punto resulta clave el papel de los Estados Nacionales en proceso de integración. Fueron sus grandes aparatos administrativos quienes tomaron a su cargo la investigación y enseñanza de la historia. Hubo tres motivos principales para esto: primero, que los gobiernos estaban conscientes de la función de la historia como factor básico de la construcción de la identidad nacional, la idea de un pasado común, los mitos fundacionales sobre la formación de la nación, la proyección de enemigos históricos compartidos, etc. Son coadyuvantes para la sensación de una pertenencia al mismo ente político; segundo, los Estados tienen mayor capacidad que los particulares para proporcionar los recursos inmensos que se necesitan para un esfuerzo de investigación organizado; y tercero, las instituciones que dependían de ellos, podían seleccionar y validar la historiografía que satisficiera las necesidades de la nación, para darle mayor prestigio y difusión que a la historiografía disidente, incluso podían formar a los historiadores de acuerdo con determinados parámetros.¹⁹

Uno de los Estados que vio un asunto crítico en su consolidación nacional fue Alemania, unificada en 1870 a partir de un conjunto de principados independientes. Los pueblos que se agruparon en torno al reino de Prusia para formar la nación alemana atravesaron por décadas de negociaciones y conflictos entre sí, también libraron guerras contra sus vecinos para marcar sus fronteras; pero sobre todo alcanzaron un alto grado de integración política a partir de su identidad étnica como germanos. Fue en este contexto donde Leopoldo von Ranke propuso un modelo científico para la historia. Ranke

¹⁸C. Carbonell, 1986, pp.107, 110, 111.

¹⁹C. Carbonell, 1986, pp.113-117.

pensaba que la calidad científica de la historia podía lograrse por medio de una rigurosa selección de las fuentes documentales, el estricto apego a ellas y la exclusión de los puntos de vista, preferencias o aversiones del historiador. También se propone aquí un sentido diferente para la historia: la simple y autosuficiente necesidad de conocer, y mientras más exacto era el conocimiento, mejor se lograba el objetivo; no hacía falta más. Ranke y muchos de sus discípulos dentro y fuera de Alemania, escribieron obras que intentaron apegarse a estos principios; todo gracias al financiamiento del Estado.²⁰

Se presenta sin embargo una paradoja imposible de ignorar. La historia científica sólo debía servir al conocimiento, pero de qué manera podría ser así, si su desarrollo se presentó en medio de una intensa agitación política causada por un largo proceso de redefinición del mundo. Como ya hemos dicho, la historia jugaba un papel fundamental en la construcción de la identidad nacional de la población, y el cabal cumplimiento de este papel requiere la creación y transmisión de un discurso historiográfico adecuado para cada proyecto político; mientras que el estricto servicio al conocimiento, requiere una escrupulosa neutralidad política e ideológica. Cabe mencionar que los historiadores de ese momento, no resolvieron esta paradoja; pero gradualmente, las siguientes generaciones se hicieron cada vez más conscientes de ella. Pronto se puso en entredicho la posibilidad de alcanzar una neutralidad completa, y nuevos modelos de investigación histórica, como el Historicismo y la Hermenéutica comenzaron a buscar la forma de lidiar con la subjetividad del historiador; mientras que otros, como el marxismo, intentaban asumirla y encausarla.

A continuación nos acercaremos a la función de la historiografía en México durante el siglo XIX, claramente relacionada con la necesidad de consolidar el Estado-nación. En aquel momento aún no puede hablarse de un ejercicio

²⁰ C. Carbonell, 1986, pp.113-117.

profesional y especializado de la investigación histórica, pero sí comenzaron a aparecer instituciones que buscaban su sistematización.

2. La función de la historiografía en la formación del Estado Nacional Mexicano

El papel de la historiografía en la formación del Estado nacional mexicano puede analizarse desde el punto de vista de la construcción de identidades; es decir que la historia puede escribirse con la intención de generar el sentimiento de ser “algo” entre quien se supone que la leerá. A partir de esta intención, el historiador integrará los elementos que quiera transmitir. Pero la naturaleza de tales elementos estará relacionada con la respuesta que el historiador quiere en los lectores en su presente, de manera que reflejará los conflictos vigentes y las argumentaciones que podrían llevar a su resolución.

(a) La identidad criolla

El pensamiento ilustrado puede tomarse como el gran punto de quiebre que estructuró las diversas manifestaciones filosóficas e historiográficas del siglo XIX.

No obstante, durante el siglo XVIII mexicano, la Ilustración originó tanto los argumentos incómodos para los criollos, como la estructura epistemológica que usaron para replicar. La Ilustración alemana es especialmente importante: recibió la influencia de Roseau; y junto con Federico Schiller, el prusiano Juan Herder (nacido en 1744) es el principal historiador ilustrado alemán. La explicación histórica de Herder parte de la relación total de la humanidad con la “Creación”: el universo es matriz del sistema solar, éste es matriz de la Tierra, ésta de la vida, y la vida evoluciona en una escala de perfeccionamiento sucesivo, primero el reino mineral, luego el vegetal, el animal y el hombre; el hombre a su vez pasa por diferentes “edades”, y las diferentes razas son parte de este “plan de educación” para la perfección. El modelo de Herder no incluye

a las culturas americanas, pero uno de sus argumentos es que el medio geográfico moldea a sus habitantes; según él, sólo en Europa el hombre se había visto desafiado por la naturaleza, y había progresado a fuerza de combatirla; en el resto del mundo, el ambiente era benigno y las sociedades humanas se habían estancado; de esto se sigue que la única raza verdaderamente histórica es la europea.²¹

Los pensadores ilustrados que más se involucraron con este asunto fueron los naturalistas, no los filósofos o historiadores. José Luis Leclerc, Conde de Buffon (1707-1788), fue el primero en afirmar directamente que la naturaleza americana era inferior; que el continente era inmaduro y todo lo que crecía ahí no podía madurar de manera apropiada. Cornelio de Paw (1739-1799) y el jesuita Guillermo Raynal (1713-1799), ampliaron estas ideas. De Paw, holandés al servicio de Prusia, decía que la raza superior era la germana, y en América todo degeneraba, que por eso hombres, plantas y animales eran más pequeños, que el aire era frío y malsano, que los vegetales eran venenosos, que los hombres eran irracionales... Mientras que Raynal hizo extensivas las características a los europeos que nacían o vivían ahí, y negaba la posibilidad de cultura. Estas nociones fueron muy difundidas en América y provocaron una airada reacción; que en parte funcionó como punto de partida de una idea de independencia cultural.²²

Según Jorge Cañizares, las reformas borbónicas abrieron la posibilidad de la discusión en la esfera pública; como consecuencia de la disminución del poder eclesiástico. Por esfera pública nos referimos a debates abiertos en las publicaciones periódicas. En este contexto, América latina aplicó la Ilustración en el desarrollo de una epistemología patriótica; ésta se caracterizaba por cuestionar la habilidad de los extranjeros para comprender las realidades locales. Una de las consecuencias fue el coleccionismo de documentos

²¹ J. Vázquez, 1975, pp.96-99.

²² J. Vázquez, 1975, p.100.

indígenas por parte de los anticuarios criollos; lo cual, en última instancia, funcionó como base de la construcción posterior de un discurso histórico.²³

Un exponente notable de esta tendencia es Francisco Javier Clavijero, que escribió una *Historia Antigua de México* desde el exilio; su obra está cargada de posturas políticas nacionalistas, hostiles hacia España y hacia las ideas naturalistas que desprecian el paisaje americano.²⁴

Otros menos conocidos son: Antonio de León y Gama, que dedicó largos estudios a los códices indígenas; Juan Alzate y Ramírez; el médico José Flores, que estudió el poder curativo de la carne de cierta lagartija endémica. También hubo intelectuales que no entran en el movimiento ilustrado en la Nueva España, pero sí se ubican dentro de esta corriente de epistemología patriótica, como el anticuario José Ignacio Borunda, que estudió la imagen de la Virgen de Guadalupe como si se tratara de un códice indígena, y aplicó análisis etimológico a algunas piedras prehispánicas encontradas a finales del siglo XVIII.

León y Gama y Alzate concordaban en el rechazo a los extranjeros; el primero por considerarlos ignorantes, y el segundo porque le disgustaba la tendencia a filosofar, especular y desarrollar teoría. Pero ellos dos coincidían también en la aplicación de un sistema de lectura ilustrado, que abordaba los textos de manera escéptica y procuraba buscar fuentes alternativas. Mientras que Borunda permanece inserto en una tradición barroca, que epistemológicamente se basaba en el desarrollo de etimologías y el significado alegórico de imágenes y palabras; usualmente se ha relacionado esta tendencia con un recurso de la antigua tradición para resistir la amenaza del mundo moderno,

²³ J. Cañizares, 2007, pp.448, 449, 492, 553.

²⁴ J. Vázquez, 1975, p.148.

pero de acuerdo con Cañizares, En Nueva España sirvió para resistir a la autoridad.²⁵

De este modo, de acuerdo con la idea de Cañizares, podemos hablar de una conciencia americana de ser algo distinto de lo europeo, a partir de varias influencias: la Ilustración, la negación de la valía de América, y algunos hechos arbitrarios y ofensivos, como la expulsión de los jesuitas (1767); aunque aún no se puede decir que exista una identidad nacional, por el hecho, muy significativo, de que en este momento no tenemos una nación distinta del Imperio Español.

(b)La Historiografía tras la Independencia de México

Vemos que la construcción de una identidad propia comenzó antes de la independencia política. Sin embargo, aquella se había fundamentado en una postura negativa: “no somos lo que los europeos dicen”; y a pesar de que se comenzó a indagar sobre lo que “sí somos”, aún se estaba muy lejos de un discurso histórico que se acercara a lo coherente, completo o siquiera lo bastante convincente como para funcionar como un elemento identitario. Veamos algunas de las dificultades que existieron para lograr tal objetivo en las primeras décadas de la vida independiente.

Los países latinoamericanos se independizaron entre 1808 y 1825, cuando la invasión napoleónica a España dio al mismo tiempo un problema de legitimidad al gobierno metropolitano, y una oportunidad para algunos grupos disconformes para iniciar movimientos armados dirigidos a lograr el autogobierno local. Las tendencias en la historiografía variaron con las circunstancias políticas, pero también con los cambios en las corrientes intelectuales. Por un largo tiempo los países latinoamericanos experimentaron

²⁵J. Cañizares, 2007, pp.490, 502, 503, 561, 562.

una crisis donde se intentaba integrar y definir políticamente las naciones. Se probaron diferentes sistemas de gobierno: monarquías, repúblicas centralistas o federalistas, y dictaduras.

La Guerra de Independencia de México fue, por supuesto, una coyuntura trascendente para la historiografía. En primer lugar, dio tema a algunos autores contemporáneos a los hechos que relataron sus experiencias, como Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827) y Carlos María de Bustamante (1774-1848); cuyos trabajos buscaban contribuir a la formación del espíritu cívico. En la década siguiente a la consumación de la independencia hay tres autores relevantes: Lorenzo de Zavala, que escribió un *Ensayo histórico sobre las Revoluciones de Nueva España*, José María Luis Mora, autor de *México y sus Revoluciones*; y Lucas Alamán, que escribió *Historia de México*. Ellos pudieron ver los hechos con mayor distancia y con sus consecuencias; todos están influidos por el pensamiento ilustrado, por sus viajes a Europa y en el caso de Zavala, a Estados Unidos.²⁶

En toda América Latina vemos un mismo conflicto político-ideológico entre grupos de tendencia liberal y otros conservadores²⁷. El Liberalismo político se define por su oposición al absolutismo. Proviene de la teoría política de John Locke y de los ilustrados franceses; supone que el hombre norma su conducta por la naturaleza, la búsqueda del placer y la evasión del dolor, no por la religión; afirma que las leyes deberían mediar entre intereses particulares, pero la libertad individual se considera valor supremo. El Liberalismo económico se fundamenta en las teorías de Adam Smith; éstas sostienen que el progreso

²⁶ J. Vázquez, 1975, pp.148, 149.

²⁷ El "Conservadurismo" mexicano del siglo XIX se oponía al Liberalismo (individualismo donde se cimenta la libertad de conciencia, y las doctrinas de igualdad, libertad y soberanía popular) Defendía con fundamentos morales el orden vigente y la continuidad de las instituciones tradicionales, especialmente de la familia, la Iglesia, la comunidad local, y los privilegios de las élites. se inspira en el catolicismo romano, intransigente (que se opone al liberalismo procurado por los principios de la Revolución Francesa), integral (que se niega a ser reducido a prácticas de culto y a sus convicciones religiosas) y social (porque le concierne la dimensión popular como justificación de su penetración en toda la vida pública). Ver: R. de la Torre, 2005, p.15.

individual llevaría al progreso colectivo, y que el hombre debía ser libre para ejercer su deseo natural de mejorar. La historiografía liberal mexicana se ocupa del Estado por encima del individuo, y es proselitista, porque los historiadores son también políticos activos.²⁸

Los liberales predominaron al principio de la época independiente; luego, por las décadas de 1830-1850, se debilitaron, hubo una época de franca inestabilidad, donde ambos grupos se disputaron la preeminencia. Para la segunda mitad del siglo ocurrieron nuevas revueltas y reformas, seguidas de un repunte liberal, que ya no se perdería. En este contexto de medio siglo aparecen historiadores preocupados tanto por los asuntos contemporáneos, como por los más añejos, como la independencia y el régimen colonial; ellos eran hombres dedicados a la carrera política.²⁹

En este momento, las tendencias historiográficas se definen por la lucha de partidos; se relaciona con las necesidades y discusiones del momento; la historiografía se usa claramente como arma política, pues los políticos/intelectuales buscan legitimarse a través de la identificación de los valores que ellos representan con la herencia benéfica del pasado, y con la identificación entre los valores de sus contrarios y los males de la nación. En términos esquemáticos, los liberales quieren demostrar lo dañino de la tradición y dominio de España, buscan sustentar el nacionalismo en los orígenes remotos prehispánicos y exaltan sus virtudes; al mismo tiempo que usan a Estados Unidos como ejemplo de lo que el liberalismo ha logrado en otros países (Republicanism, Constitucionalismo, Democracia, desarrollo económico, etc.) y para desacreditar las instituciones hispanas. Los conservadores se aferran a la tradición hispana, aún cuando consideran adecuado o necesario el cambio, afirman que puede darse con las instituciones propias. La Iglesia católica resulta tema de una polémica intensa: los liberales creen en la necesidad de la separación Iglesia-Estado, y algunos son realmente anticlericales, ven en la Iglesia el principal punto vivo del Antiguo

²⁸ C. Hale, 1991, pp.150-167.

²⁹ J. Vázquez, 1975, p.150.

Régimen, y tienden a subrayar sus peores rasgos, como la Inquisición; los conservadores respetan a la Iglesia como educadora, colonizadora y organizadora del Nuevo Mundo.³⁰

(c) Historiografía decimonónica mexicana ¿saber científico o instrumento político?

Conforme avanza el siglo, aparece otro tipo de historiador, el influido por la historia científica y el positivismo. Éste intentaba ser objetivo, despegar a la historia de los problemas de partido y atenerse a las fuentes; incluían vagas referencias a detectar las leyes de la historia; y como estaban conscientes de que esto sólo se lograría después de recopilar los datos necesarios, se dedicaron a reunir amplias colecciones de documentos.³¹ A este grupo corresponden Manuel Orozco y Berra (1816-1881, autor de, *Historia antigua y de La Conquista de México y La dominación Española.*; junto con Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), que escribió *Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México, Colección de documentos para la historia de México, Bibliografía mexicana del siglo XVI.*³²

El positivismo se difundió desde mediados del siglo XIX, y alcanzó su punto más alto durante el Porfiriato, cuando se adopta el lema “orden y progreso”. Esta noción cautivó a gran parte de las elites mexicanas, porque la veían como una respuesta a la inestabilidad presente. La manera en que fue entendido el concepto de “orden” propició nuevas dictaduras, pero eso no les preocupaba mucho. Se decidió que no habría nada que hacer por la Nación si no se

³⁰R. de la Torre, 2005, pp.14-18 / C. Hale, 1991, pp. 5, 6.

³¹En este punto es necesario distinguir la historia científica relacionada con el objetivo de Ranke, de dar a la historia los mismos criterios de Verdad de las ciencias naturales, pero sin buscar leyes generales. El Positivismo es distinto, se relaciona con el surgimiento de la sociología, a partir del proyecto de Augusto Comte. (desarrollado entre 1830 y 1842) de encontrar leyes generales en las ciencias sociales. Ver: J. Vogt, 1974, pp.33-35.

³²J. Vázquez, 1975, pp.150, 151.

educaba a las masas. Se impuso el positivismo en todos los niveles educativos, y llegó a convertirse en dogma.³³

Como vemos, en México se dio el mismo fenómeno historiográfico de gran parte del mundo: al mismo tiempo que se desarrolló la historia como ciencia, apareció la necesidad de construir la identidad ciudadana en los nuevos Estados nacionales. Encontramos de nuevo la misma situación paradójica: recordemos que una de las principales características de la historia científica es la separación entre el historiador, con sus preferencias, sus inclinaciones de partido, su contexto político o social, etc. Y la narración de los hechos del pasado, que debe limitarse a encontrar lo que realmente sucedió y a transmitirlo en lenguaje llano y objetivo, sin moralizar ni juzgar.³⁴

Obviamente hay una incongruencia, que radica en el dilema de la función de la historia, ya sea como constructora de un saber válido en sí mismo, como cualquier ciencia, o como herramienta política. Pero esta incompatibilidad sólo es visible para nosotros, en el siglo XIX no se pensaba que usar políticamente un saber fuera en detrimento de su legitimidad; esto es comprensible si separamos el uso del discurso historiográfico del método por el cual se obtuvo. Así, la forma discursiva científica, entendida como aquella que privilegia el saber por sí mismo, agregaba credibilidad a la historiografía, la cual luego podía usarse como un agente para la formación de la identidad nacional, al dibujar a la Nación como unidad, no sólo en el presente, sino también en su único y verdadero pasado.

Atendamos un momento al asunto del método, un concepto, que al menos en teoría, permite separar el proceso por el cual se obtiene conocimiento, de los intereses particulares del investigador, o en otras palabras, la herramienta que

³³ J. Vázquez, 1975, p.151.

³⁴ Cotejar: J. Vázquez, 1975, pp.127-129; y G. Zermeño, 2003, p.58.

resguarda la objetividad. Esta noción es legado de la crítica textual medieval y renacentista; en el significado que tomó en la historia científica, se refiere a una sucesión de pasos a seguir para encontrar conocimiento válido y aceptable para todos los miembros de la comunidad de historiadores: seleccionar las fuentes, autenticarlas, separar los datos verdaderos de los falsos y reunirlos en una síntesis. Este método se institucionalizó durante el proceso de formación de los Estados nacionales; con la creación de instituciones encargadas de investigar, preservar y divulgar el pasado como baluarte de la memoria de la Nación; se pretendía que las universidades decimonónicas funcionaran como focos de irradiación del saber. Pero en México, la historiografía científica no surgió del ámbito universitario, sino del mismo Estado, como respuesta a la necesidad de crear una memoria nacional, conservar, investigar y difundir los elementos históricos.³⁵

A partir de este panorama general, es fácil observar el impacto de las condiciones políticas internas, y de las tendencias intelectuales externas, en las formas de escribir historia en México. Sabemos que la necesidad de construir un discurso sobre lo nacional, es decir, la identidad histórica, étnica, cultural y política de México, correspondía a la urgencia de establecer mecanismos de legitimación gubernativa, que apoyaran la existencia y funcionamiento del Estado; esta idea se manifestó primero, en un sector social restringido, y luego fue reconocida por todos los grupos dominantes, sin importar su filiación política. La construcción de discursos sobre lo nacional fue y es un elemento clave en la historiografía, y es importante resaltar que las definiciones de lo nacional cambiaban de acuerdo con el grupo gobernante y el momento histórico.³⁶

Las iniciativas estatales relacionadas con la construcción de un discurso “nacional” a partir de la historiografía, desde los primeros años de vida

³⁵ J. Vázquez, 1975, p.127/G. Zermeño, 2003, pp.60, 61.

³⁶N. Giron, 2007, p.12.

independiente, se basaron en el rescate y preservación de documentos y la creación de instituciones, pero también en la modernización historiográfica. Al principio todo esto fue parte de un instructivo para recabar datos estadísticos sobre la nación; la estadística, ciencia de razonar por medio de cifras, apareció desde el siglo XVIII, como una ciencia estratégica para gobernar; así el inventario del pasado era equivalente al del número de habitantes, recursos naturales, etc. Para mediados de la década de 1830, el Estado mexicano había establecido una distancia temporal suficiente para atreverse a investigar los hechos históricos. Formó así la Academia de la Historia y la Academia de la Lengua. Este discurso historiográfico contaba con elementos científicos, mucho antes de que la Real y Pontificia Universidad de México se convirtiera en la nueva universidad liberal de 1856, donde se aplicó el positivismo; aunque pasó tiempo antes de que se impusieran planes de estudio de historia en todas las escuelas.³⁷

Este proceso comenzó desde el principio de la vida de México como país independiente. Lucas Alamán (1792-1853), como Ministro del Interior y del Exterior, propuso en 1823 ante el Congreso, una estrategia de institucionalización de la práctica histórica; es decir, la creación, por parte del Estado, de un conjunto de espacios que favorecieran y regularan la investigación histórica. Era necesario organizar los documentos del Virreinato y formar un Archivo General de la Nación; y propuso crear un recinto donde se guardaran los códices indígenas para que los estudiosos pudieran acceder a ellos con comodidad. Para 1830 apareció la necesidad de escribir historias de los estados de la república.³⁸

³⁷ G. Zermeño, 2003, pp.61-65.

³⁸ G. Zermeño, 2003, pp.61-67.

Por su parte, José María Gutiérrez de Estrada, entonces Ministro del Interior y del Exterior, en sus Memorias ante el Congreso³⁹, en 1835 deja ver las intenciones del Estado en cuanto a instrucción pública y desarrollo de las ciencias, artes y humanidades. Los esfuerzos se encaminarían a preservar los documentos sobre la época que precedió a la conquista, la Colonia y los tiempos de la Independencia, para salvaguardarlos de la destrucción y profundizar en el conocimiento que ya se tenía. Esto permitiría conocer los avances logrados y las dificultades que aún existían, para combatir las influencias del atraso cultural, científico y político que parecía haber en México; también permitiría puntualizar las circunstancias buenas o malas del pasado, y deducir cómo se llegó a ellas, para evitar las segundas y propiciar las primeras; finalmente argumentó que era indispensable emprender esta tarea, porque sería vergonzoso no hacerlo, y su ejecución traería lustre al Estado mexicano.⁴⁰

Pero Alamán es mejor ejemplo de los afanes de modernización historiográfica. Él cuestionó los métodos de escritores de la generación anterior, como Carlos Ma. de Bustamante; destaca criterios como la imparcialidad y la búsqueda de la “verdad pura”; critica el desorden, la incongruencia, el uso de un lenguaje inadecuado ya sea arcaico o demasiado vulgar, descuido en las referencias a las fuentes y falta de actualización en los fundamentos teórico-metodológicos; sobre esto último, dice que Bustamante seguía usando a Plinio, Tito Livio y a Cervantes como modelos; aunque elogia la escritura fluida, la intención de apegarse a los hechos.⁴¹

Guillermo Zermeño ve en esta posición por parte de Alamán, la misma epistemología de la historia científica planteada por Ranke; al mismo tiempo la vincula con la formación del Estado nacional, en tanto que este tipo de

³⁹ José María Gutiérrez de Estrada, Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores. Presentada ante el Congreso el 26 y 30 de marzo de 1835, Imprenta del Águila, México, 1835, En: G. Zermeño, 2003, p.62.

⁴⁰ G. Zermeño, 2003, pp.61-65.

⁴¹ G. Zermeño, 2003, pp.64-67.

político/intelectual creía que el desarrollo de una historia científica era en sí mismo indispensable para el progreso de cualquier Estado moderno.⁴²

Alamán también colaboró en la redacción del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía (1853)*. En la declaración de principios de este documento se observa que la elaboración política de la Nación se acompañó de la reestructuración del discurso histórico: esta es la primera reflexión moderna acerca del significado de la “mexicanidad”; en otras palabras, contiene las nociones que las élites querían difundir a toda la población, de lo que era el “mexicano”. Poco después, Manuel Orozco y Berra propuso a la Secretaría de Fomento la formación de un gran *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, y descriptivo de la República Mexicana*, es decir, que abarcara a todos, estado por estado.⁴³

Pero además de definir la identidad entendida como el conjunto de elementos culturales, históricos y políticos que supuestamente eran compartidos por todos los mexicanos, también se pretendía que el diccionario proporcionara un punto de referencia para, según las propias palabras de Orozco y Berra, que las generaciones siguientes tomaran ejemplo de la historia:

[...]comentar, decimos, el juicio de los hombres que han tenido un decidido influjo en nuestra sociedad, que han dado a nuestros destinos un giro feliz o desgraciado, y preparar para ellos el juicio severo de la historia, que algún día los cubrirá de alabanza o de baldón, no es sin duda una labor perdida ni una tarea inútil. Los hombres desaparecemos unos tras otros, y las generaciones se suceden como las olas de polvo que levanta el viento en los caminos; pero las acciones y la memoria de cada uno de los que producen males o bienes, deben quedar en los demás como un recuerdo imborrable para que sirvan de estímulo o de escarmiento, y para que los que nos suceden sigan o se desvíen de este o de aquel camino.⁴⁴

Más adelante, Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), continúa la tarea de crear una memoria universal de “lo mexicano”. Se busca formular un discurso que enfatice la unidad: independiente de los factores regionales, lingüísticos o

⁴²G. Zermeño, 2003, p.67.

⁴³G. Zermeño, 2003, p.68.

⁴⁴ Manuel Orozco y Verra, en: G. Zermeño, 2003, p.69.

étnicos del territorio. Para conseguirlo se requiere un estilo imparcial y exacto, libre de toda implicación partidista, tanto como el de los geógrafos, ingenieros o agrimensores.⁴⁵

México a través de los Siglos (1884-1889), se inscribe en este mismo proceso. Vicente Riva Palacio coordina la única, total y positiva gran obra de la historia de México. Ya estamos aquí a finales del siglo XIX. Tras cinco décadas de confrontaciones internas, los conservadores han fracasado en su intento de llevar a cabo su proyecto político; los liberales se han confrontado y Porfirio Díaz ha obtenido el poder; para conservarlo procura someter, integrar, comunicar y centralizar las distintas fuerzas del país. La necesidad de consolidar la identidad nacional es más apremiante que nunca; se emprende la tarea con la seriedad que corresponde a su relevancia. Dice Riva Palacio:

La historia en los tiempos que alcanzamos, ha tomado un carácter más elevado y más noble: no es ya la relación más o menos florida de los acontecimientos que han pasado, ni el inocente pasatiempo del escritor y de los lectores; es el examen filosófico y crítico de las causas que han producido los grandes acontecimientos, el estudio de las terribles y consecutivas evoluciones que han traído a la humanidad ya los pueblos al estado de civilización y de progreso en que se encuentran; es el conjunto de datos ciertos para despejar esas importantes incógnitas que persigue la sociología.⁴⁶

Veamos un pequeño fragmento que ejemplifica una estrategia de explicación histórica de Riva Palacio, y observemos cómo, a pesar de ser liberal, y de buscar en las raíces prehispánicas un sentido de pertenencia ancestral, se apega rigurosamente a los valores epistémicos de su tiempo, que tendían al evolucionismo:

[...] La superioridad de la civilización facilitó á los españoles la conquista de Nueva España: la religión les aseguró el dominio de aquellas posesiones. La pólvora, los caballos, las armas y las armaduras de acero y de hierro y la táctica militar, comparativamente muy avanzada, daban la victoria á los invasores y sembraban el terror en los vencidos, que se creían en lucha con seres sobrenaturales: las doctrinas del cristianismo llegaban en seguida consolando á los infortunados y dejándoles alcanzar una esperanza, quizá más mundanal que eterna, pues el bautismo les hacia entrar en cierto modo en la esfera de los vencedores, y les daba el derecho, valiosísimo en aquellas circunstancias, de ser protegidos por los frailes, á quienes los soldados y los jefes mostraban profundo respeto , no sólo por las consideraciones debidas á su carácter

⁴⁵G. Zermeño, 2003, p.70.

⁴⁶ Vicente Riva Palacio, en: G. Zermeño, 2003, p.81.

sacerdotal, sino porque los reyes de España repetidas veces previnieron que se extremaran los miramientos y el respeto á los religiosos...⁴⁷

Es evidente que para este momento, las elites necesitaban recalcar el carácter evolucionado y moderno de México.⁴⁸ Con la producción de este tipo de historiografía, los autores, que también eran políticos, pretendían propiciar mejores hábitos de razonamiento, y la formación de la “identidad universal mexicana”, al mismo tiempo que se obtenía conocimiento útil para normar las conductas del presente. La historia científica positivista, sometida así a las necesidades del Estado, acaba por desempeñar la misma tarea de “maestra de vida” propia del Antiguo Régimen. Pero ahora, la historia cumple también funciones civilizatorias, al mismo tiempo que se convierte en un ámbito para dirimir el rumbo político y cultural de la Nación; así desempeña un papel central en la formación de la identidad del ciudadano republicano que requería el Estado nacional.⁴⁹

La historia y sus autores también cumplieron funciones legitimadoras para el gobierno de Porfirio Díaz, y lo hicieron dentro del marco del Positivismo. Francisco Alonso Bulnes (1847-1924), integrante destacado del grupo de los “científicos”⁵⁰, fue legislador, escritor e historiador (aunque estudió Ingeniería en Minas) y perteneció a la élite porfirista. Publicó obras como *El Verdadero*

⁴⁷V. Riva Palacio, 1971, p.VI de la Introducción.

⁴⁸ El Porfiriato se legitimó en un marco ideológico que señalaba la Revolución de Independencia (1810-1821) y la Reforma (1857) como las fases previas del mismo proceso que había culminado con la llegada de Díaz al poder, cuando el emanciparse de España y de su herencia nociva, dio paso a la era de paz, desarrollo industrial y progreso económico, donde imperara un Constitucionalismo social, donde todos los mexicanos fueran habitantes de la misma nación y los poderes locales y las supersticiones arcaicas quedaran eliminados. Así, aunque el pasado indígena se valora por un impulso nacionalista, la diversidad étnica se considera un obstáculo para la modernización e integración nacional. Ver: C. Hale, 1991, p.7 / J. Sierra, 1950, p.179, 180.

⁴⁹ G. Zermeño, 2003, pp.71-81.

⁵⁰ Se conoce como los “científicos” al grupo cercano a José Ives Limantour, ellos mismos se dieron ese nombre; fue el grupo dominante en el círculo político/cultural a finales del siglo XIX y en la primera década del XX. Se llamaban así porque se educaron en el Positivismo filosófico, la mayoría tuvo educación superior; proponían un proyecto de gobierno basado en principios racionales y en el conocimiento. Tendían a rechazar el enfoque románticista que atribuía riqueza a la tierra mexicana y elevadas virtudes morales al pueblo; en cambio señalaban la existencia de una tierra pobre y un pueblo (sobre todo el indígena) ignorante y perezoso. Justo Sierra y Francisco Bulnes son representantes paradigmáticos. Ver: L. González, 2000, pp.36-44.

Juárez y la Verdad sobre la Intervención y el Imperio (1904), *Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras* (1904) y *El Verdadero Díaz y la Revolución* (1920). Los fundamentos que articularon el pensamiento de Bulnes se relacionan con el enfoque evolucionista propio de su época; él justificaba la dictadura de Díaz con el argumento de que el carácter del pueblo mexicano imposibilitaba la democracia; consideraba a los indígenas apáticos, perezosos, viciosos y retrógrados, y aunque los mestizos le parecían ciudadanos potencialmente útiles, tampoco les atribuía la capacidad de decidir por sí mismos; adjudicaba estos defectos al clima, de forma que una dictadura se presentaba como la única opción razonable. No obstante, su visión política tenía ángulos críticos, pues hasta cierto punto parecía estar consciente de la necesidad de institucionalizar el gobierno, de manera que el régimen pudiera sostenerse sin Díaz. Continuó activo durante los tiempos de la Revolución y hasta los años veinte; entonces afirmó que el movimiento armado sería el paso obligado para la conformación de un partido capaz de institucionalizar el gobierno.⁵¹

Durante el Porfiriato también destacaron autores críticos que aplicaron las herramientas del Positivismo para cuestionar el rumbo del país. Un caso significativo es Andrés Molina Enríquez. Este autor escribe *Los Grandes Problemas Nacionales* en 1909; en esta obra plantea la existencia de una crisis social, e incluso afirma la necesidad de una revolución. El problema principal, y del cual se derivan todos los otros para él es el régimen de propiedad de la tierra; afirma que los pequeños propietarios, y no la gran hacienda, son los responsables de la mayoría de la producción agrícola, pero dado que los hacendados acaparan tierra improductiva y limitan el desarrollo de los pequeños propietarios y comuneros, limitan la productividad del campo.⁵² Molina Enríquez explica las causas del malestar social de manera científica positivista: analiza el problema de la tenencia de la tierra desde la época colonial hasta el Porfiriato, y asevera la inminencia de un levantamiento armado como la única opción de destruir la gran propiedad, porque, según dice, no

⁵¹ D. Alvarrán, 2004, pp.35, 36.

⁵² Ver: Andrés Molina Enríquez, *Los Grandes Problemas Nacionales*, Era, México, 1983 (1ª ed. 1909).

existe otra manera de que los grandes propietarios renuncien al acaparamiento, lo cual podría interpretarse sólo como una opinión radicalmente crítica, pero aquí aparece como una ley histórico-social.⁵³

3 La Historiografía en el Estado Postrevolucionario Mexicano a partir de 1920

La Revolución de 1910 trajo un nuevo grupo gobernante. El discurso en que aquel grupo legitimó su llegada y permanencia en el poder se alimentó de historia, al menos hasta los años ochenta, cuando se impusieron nuevos valores relacionados con la modernización y la integración al mercado mundial.

A partir del movimiento armado, los mecanismos institucionales dedicados a la construcción de un discurso histórico nacional, dejan de funcionar. Tenemos en realidad una especie de periodo de subversión cultural que acompañó a la política; es decir, la “alta cultura”, desarrollada en entornos académicos por las elites, pierde temporalmente su hegemonía; más aún, un gran porcentaje de gente analfabeta, aprende a leer y a escribir, por las necesidades propias de la guerra, y se adueña al mismo tiempo de una herramienta muy efectiva de generación, conservación y transmisión de conocimiento.⁵⁴ De este modo, la historia se siguió escribiendo en las décadas siguientes, pero adoptó un claro carácter militante, incluso cuando se proponía ser neutral.

De acuerdo con Álvaro Matute, podemos observar dos vertientes historiográficas entre 1910 y 1940: el “empirismo tradicionalista” y el “pragmatismo político”. El primero era erudito, se proponía continuar la tarea de autores como García Icazbalceta y del Paso y Troncoso, basada en

⁵³ D. Alvarrán, 2004, pp.18-22, 30-34.

⁵⁴ C. Aguirre, 2003, pp.161-163.

encontrar y publicar documentos inéditos y raros; ciertamente parece neutral, pero para muchos se convirtió en una fuga de la realidad violenta, radical y populista, y en circunstancias como aquellas mantenerse al margen es en sí mismo una toma de posición. El “pragmatismo político” es la respuesta historiográfica de la propia Revolución: los primeros autores que escribieron historias y memorias, habían participado directamente en los hechos, y su objetivo era dar a conocer su versión; fundamentaban sus escritos con documentos de primera mano y testimonios propios y de sus compañeros; más adelante, cuando algunos de estos revolucionarios se convirtieron en gobierno, extendieron “su historia” a los terrenos de la educación pública. En este mismo período se desarrolló una historiografía militante católica, opuesta a la revolucionaria, que ocupó un lugar importante en los años veinte y treinta.

El contexto político se modificó junto con el entorno que rodeó la construcción de la historiografía. Al tiempo que se consolidaba el nuevo régimen, se dio el proceso de profesionalización de la historia.

4 La Formación de Instituciones y los historiadores profesionales en México

La profesionalización de la disciplina histórica llegó con el establecimiento del Estado postrevolucionario a finales de los años treinta. Por profesionalización podemos entender la creación de instituciones enfocadas específicamente a la formación de individuos dedicados a la investigación y transmisión de la historia; y Estado postrevolucionario se refiere al sistema político fundamentado en el partido de gobierno, caracterizado por la centralización del poder en la figura presidencial con una cuota de participación por parte de los líderes de algunas fuerzas sociales (sector obrero, sector campesino, clase empresarial, etc.).

Como hemos visto, la necesidad de establecer instituciones encargadas de escribir la historia nacional, existió desde el siglo XIX, y se atendió en la medida de las posibilidades de los distintos gobiernos. El Estado postrevolucionario tenía la misma necesidad de centralización e integración bajo su mando de distintos sectores que podrían desestabilizarlo, como la Iglesia, los militares, los líderes campesinos y obreros, y en última instancia, la ciudadanía en general. Entre las medidas que adoptó el grupo dominante para consolidar su status de gobierno legítimo e inapelable, fue la creación del partido único, para controlar y canalizar las ambiciones políticas de los revolucionarios; logró un “modus vivendi” con la iglesia católica, que permitió un ambiente de mutua tolerancia; y emprendió un efectivo programa de educación pública, a través del cual, pudo formar a mediano plazo, los ciudadanos que quería, con sus valores cívicos y, por supuesto, su versión de la historia.⁵⁵

Ahora bien, ¿qué tiene que ver con lo anterior la creación de instituciones de investigación histórica? Debo decir que algunos de los textos consultados al respecto relacionan la creación de instituciones especializadas con el fenómeno de la profesionalización de la historia, pero no lo hacen con la formación y consolidación del Estado postrevolucionario. En otras palabras, ven la institucionalización en los años cuarenta del siglo XX como el momento en que los historiadores tienen que apegarse a los criterios científicos para realizar su trabajo; pero no definen la relación entre este proceso y el desempeño de una función pública por parte de los historiadores.

Por ejemplo, Enrique Florescano en El Nuevo Pasado Mexicano, describió así el fenómeno:

En las décadas de 1940 y 1950 ocurrió el gran cambio que modificó la producción, la orientación y el desarrollo de los estudios históricos en nuestro país. En esos años se fundaron los institutos, los centros de investigación y las escuelas que convirtieron el estudio, la enseñanza y la difusión de la historia en actividades profesionales, en un quehacer regido por

⁵⁵A. Matute, 1974, p.13.

instituciones académicas que se sentían abocadas a cumplir una tarea de utilidad pública y de interés nacional.⁵⁶

Florescano menciona el impulso del Estado a la construcción de estas instituciones, pero no explica en qué consistía esa “utilidad pública” y ese “interés nacional”. En cambio, profundiza en el papel de la institucionalización con respecto a la misma producción histórica:

A partir de entonces estas instituciones promueven la mayor parte de la producción histórica; forman a las sucesivas generaciones de historiadores; definen los criterios bajo los cuales se desarrolla la investigación y la enseñanza de la historia; impulsan los congresos y las reuniones donde los historiadores someten a sus colegas el resultado de sus investigaciones; y- a través de sus bibliotecas, archivos, centros de documentación y publicaciones especializadas, acumulan, ordenan y reproducen los conocimientos históricos. Así, al concentrar y ejercer estas variadas funciones, la institución académica se convirtió en el eje de la producción y difusión de los conocimientos y en el factor que dotó de estabilidad, continuidad, competitividad y rigor a los estudios históricos.⁵⁷

Por otro lado, Álvaro Matute sólo habla de la relación entre la historia y la consolidación del Estado mexicano, cuando se refiere a la transmisión de la versión revolucionaria a través de la educación pública; pero adopta una estrategia explicativa similar a la de Florescano para abordar el asunto de la profesionalización. En primer lugar recorre rápidamente los antecedentes decimonónicos y pre-cardenistas: el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía; la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, que es muy antigua, pero es una sociedad, no un lugar de investigación; la Escuela Nacional de Altos Estudios, fundada por justo Sierra en 1910, que vio su desempeño interrumpido por la lucha armada, pero fue el primer lugar donde se formaron historiadores profesionales, aunque eran más bien abogados con otras inquietudes; y más adelante, el Archivo General de la Nación, que contribuyó también, primero con la publicación de catálogos documentales, y a partir de la década de 1930, con su Boletín periódico.⁵⁸

⁵⁶ E. Florescano, 1991, p.11.

⁵⁷ E. Florescano, 1991, p.11.

⁵⁸ A. Matute, 1974, pp.14, 15.

Matute no se detiene en la necesidad de un discurso histórico profesional para el nuevo Estado ni siquiera cuando relata los esfuerzos de algunas secretarías por reunir documentos y formar archivos:

La presencia de don Genaro Estrada en la Secretaría de Relaciones Exteriores permitió que se impulsara la edición de documentos de la historia diplomática y la edición de monografías bibliográficas mexicanas. Otras secretarías de Estado, como Guerra y Marina, llegaron a tener departamentos de historia o archivos históricos, como el actual de la Defensa Nacional, o bien, la Secretaría de Economía, hoy de Industria y Comercio, la de Hacienda y otras más, han patrocinado ediciones de obras históricas y bibliográficas.⁵⁹

En su lugar, pasa directamente a los hechos. Ve lo dicho como “antecedentes” que propiciaron que en el sexenio cardenista se establecieran nuevos centros de interés para la investigación histórica:

Algunos se debieron “al patrocinio oficial y otros aprovecharon el clima existente, propicio para el desarrollo de la institucionalización académica.”⁶⁰

Ese “clima propicio para la institucionalización académica” al que se refiere el autor es la generalización que designa varios factores: primero, que los grupos en el poder habían manifestado su buena disposición para financiar la investigación histórica, desde unos cien años antes, pero no fue sino hasta finales del cardenismo, que cierto grupo revolucionario consiguió suficiente estabilidad, como para que sus esfuerzos lograran resultados permanentes; segundo, la Guerra Civil Española (1936-1939) desterró suficientes intelectuales preparados, como para formar una elite académica capaz de dirigir los trabajos de investigación histórica profesional, algunos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, y otros por medio del centro creado especialmente para ellos, La Casa de España en México, transformada en El Colegio de México en 1940⁶¹. Finalmente, en 1945

⁵⁹ A. Matute, 1974, p.15.

⁶⁰ A. Matute, 1974, p.16.

⁶¹ La Casa de España en México se creó en 1939 con la colaboración de Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y el gobierno de Lázaro Cárdenas. Se planeó como un espacio donde los investigadores

se fundó el Instituto de Investigaciones Históricas destinado a centralizar y organizar este tipo de estudios en la Universidad Nacional Autónoma de México.⁶²

Sin embargo, no deja de ser sorprendente la forma en que Matute describe esta interesante conjunción de hechos:

El general Cárdenas fundó el Instituto Nacional de Antropología e Historia, sobre la base del antiguo Museo. La Unión Panamericana creó el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, con sede en México. El Instituto Francés de la América Latina no sólo se dedicó a impartir la enseñanza de la lengua y la civilización francesas, sino también a estimular la discusión de temas historiográficos y la investigación dentro del ámbito universitario, Manuel Toussaint, Francisco de la Maza, Justino Fernández y otros fundaron el Laboratorio del Arte, que dio lugar al Instituto de Investigaciones Estéticas; Pablo Martínez del Río y Rafael García Granados hicieron lo propio con el Instituto de Historia. La tarea editorial, básica para el desarrollo de la investigación, en 1934 comenzó a pasar de lo artesanal a lo industrial con el Fondo de Cultura Económica, fundado por Daniel Cosío Villegas. La Universidad Nacional Autónoma creó su Imprenta Universitaria.⁶³

Larga sucesión de nombres e instituciones, que debe hablar por sí misma, a falta de mayores explicaciones del autor. El panorama se completa en el mismo estilo, con la lista de intelectuales españoles:

Una contribución fundamental para el desarrollo de las instituciones académicas mexicanas fue la incorporación a ellas de los transterrados españoles. Para sólo citar unos cuantos nombres de esos destacados representantes de la inteligencia española de su tiempo conviene recordar, en el campo de la filosofía, a José Gaos, Juan David García Bacca, Eduardo Nicol, Joaquín Xirau y Eugenio Ímaz; en el de la historia, a Ramón Iglesia, José Miranda, Wenceslao Roces y, ya en sus últimos años, a Rafael Altamira y Crevea; en el terreno de la antropología, a Juan Comas y Pedro Bosch; en el del derecho, a Niceto Alcalá Zamora y a Manuel Pedroso; en el de la sociología, a José Medina Echavarría; en el bibliográfico, a Agustín Millares Carlo; en la crítica de arte, a José Moreno Villa y Enrique Díez-Canedo [...]⁶⁴

Matute no profundiza en las aportaciones específicas de estos investigadores; pero cabe subrayar que la historiografía mexicana se benefició de ellos no sólo por medio de sus investigaciones y de sus actividades de docencia, muchos de ellos participaron en la traducción al español de incontables textos que antes

españoles pudieran continuar con su trabajo. En 1940 se disolvió y se transformó en el Colegio de México, un instituto con carácter permanente que sintetizaba actividades de investigación, docencia y difusión de ciencias sociales y humanidades, principalmente. Ver: S. Zavala, 1991, p.16 / González, "Una historia mínima de el Colegio de México", en: A. Hernández, 1991.

⁶² G. Zermeño, 2002, p.166.

⁶³ A. Matute, 1974, p.16.

⁶⁴ A. Matute, 1974, pp.16, 17.

resultaban inaccesibles para los estudiantes mexicanos que no hablaban francés o alemán. Agrega que estos personajes se sumaron al trabajo de intelectuales mexicanos, como Antonio Caso, Samuel Ramos, Alfonso Reyes y Cosío Villegas, entre otros. La desproporción entre nombres mexicanos y extranjeros, podría ser un indicio de lo poco numerosa que era la elite intelectual en nuestro país; este hecho evidentemente se vio compensado por la inmigración. La idea de la inmigración explica buena parte del subsecuente desarrollo académico, pero no lo explica todo, estos autores tienden a soslayar el papel del Estado mexicano en este proceso. Lo considero un asunto relevante porque no es posible comprender la utilidad social de la historiografía de forma independiente a las necesidades y posibilidades del gobierno.

La ocupación de cargos públicos por parte de investigadores es un elemento que puede ayudarnos a considerar la relación entre los intelectuales y el Estado. El caso de Silvio Zavala es interesante desde muchos puntos de vista, pero este viene muy a propósito. Silvio Zavala es un erudito prodigioso: el 7 de febrero de 2011 cumplió ciento dos años de vida, escribió unos sesenta libros y unos doscientos artículos. Él fue el verdadero creador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México; en realidad fue el principal promotor de la idea de recibir becarios en el COLMEX, porque en principio se había planteado como un mero centro para investigadores que serían financiados a cambio de la dedicación de tiempo completo; pero Zavala quería una institución capaz de formar investigadores jóvenes.⁶⁵ Parece claro que en su conciencia estaba el imperativo de beneficiar al país con su trabajo; y en ese concepto de “país” no parecen caber distinciones entre el gobierno y la ciudadanía. Zavala ejerció funciones diplomáticas: fue representante del gobierno mexicano ante la UNESCO entre 1956 y 1962, y embajador en Francia de 1966 a 1975; hablamos de unos quince años como diplomático; y en una de esas estancias fuera, Zavala era funcionario público, al mismo tiempo que el gobierno mexicano entraba en crisis de legitimidad al reprimir el movimiento estudiantil de 1968, de la forma que conocemos. Esto perfila cierta clase de intelectual:

⁶⁵ S. Zavala, 1991, p.26.

prolífico, versátil, apasionado, y con la capacidad de integrar las esferas política y académica en un mismo orden de prioridades. Y para la mayoría, parece adecuado y natural.⁶⁶

Sin embargo, es posible analizar la postura de Zavala sobre el papel que el conocimiento histórico podría jugar en el presente, si leemos las ideas que manifestó sobre el “tiempo del historiador”. Para Zavala el historiador habita un tiempo social, su presente, donde existen situaciones que él capta, de las cuales no puede abstraerse por completo; pero su interés está en el pasado:

...Con la salvedad de que los gustos de los historiadores actuales los conducen a veces a hacer lo que llaman historia contemporánea y se ponen a escribir sobre personas y acontecimientos muy cercanos a su tiempo. Pero, incluso en ese caso, si escogen el periodo de la Revolución Mexicana, por ejemplo, ésta tiene sus años de haber ocurrido y muchos de sus grandes hombres y mujeres ya han fallecido [...] la tarea del historiador está en la convergencia del tiempo personal y del tiempo social que le toca, con esa tercera dimensión, la del tiempo pasado que analiza para así incorporarlo a sus propias vivencias.⁶⁷

La última frase haría pensar a primera vista que Zavala afirma la existencia de una relación entre el presente, que actúa sobre el historiador, y el pasado, que el historiador traerá a su experiencia; pero podría distraernos de la idea implícita de un pasado cerrado y terminado, y por lo mismo, objeto de una dimensión distinta a la del historiador.

Esta idea subyacente en el pensamiento de Silvio Zavala fue la que Edmundo O’Gorman cuestionó en 1945.⁶⁸ En su conferencia “Consideraciones sobre la

⁶⁶ E. Florescano, 1995, pp.328-330

⁶⁷ S. Zavala, “Apreciación del historiador frente a la historia”, en: E. Florescano, 1992, p.53.

⁶⁸ En 1945 se dio una confrontación entre Edmundo O’Gorman y Silvio Zabala, por sus enfoques teórico-metodológicos, historicista y cientificista, respectivamente. El resultado fue una serie de mesas redondas a las cuales Zavala no asistió, pero sí otros representantes del cientificismo, como Rafael Altamira, además de otros intelectuales que participaron en el debate en distintos sentidos, como

verdad en la historia”, O’Gorman contrapone lo que llama la postura tradicional cientificista y la contemporánea historicista, y explica por qué la segunda es mejor. Afirma que la historia tradicional se basa en el supuesto de que el pasado humano es como cualquier otra realidad, como la realidad física, y que por lo tanto es posible aplicarle los métodos de estudio de las ciencias naturales. Perdona el lector lo prolongado de la cita, pero sigue una secuencia lógica que no conviene interrumpir.

Se verá que el pasado humano, al igual que la luna, resulta una realidad independiente de nosotros [...] Si se cree que el hombre tiene un ser fijo, estático, previo o invariable, síguese necesariamente que su pasado ni le va ni le viene [...] le es ajeno [...] Las consecuencias que resultan de este modo de pensar son tan monstruosas como obligatorias [...] La tarea del historiador queda sujeta a dos exigencias o pretensiones capitales. La primera consiste en la tradicional pretensión de la imparcialidad del historiador [...] La segunda exigencia es la de pretender conocer en su totalidad el pasado humano. En efecto, puesto que el pasado es una realidad independiente, todos y cada uno de los hechos del pasado, desde los más importantes hasta el más mínimo detalle, reclaman con idéntico derecho ser conocidos en la visión total del saber histórico. Cualquier omisión, intencional o no, es ya una selección indebida, porque equivale a permitir que intervengan las circunstancias personales del historiador, con notoria violación, inconsciente o no, de la exigencia de su estricta imparcialidad [...] Aspira, pues, la historia tradicional a lo que Ortega [Ortega y Gasset] ha llamado una “visión completa a diferencia de lo que ha calificado como “visión auténtica”. Consiste aquella en una visión del pasado humano totalmente separada de las preocupaciones y circunstancias vitales del presente [...]”⁶⁹

A continuación O’Gorman explica la postura que él prefiere y sus presupuestos.

Para la postura contemporánea, en cambio, el énfasis está en considerar que el pasado es algo nuestro [...] Porque adviértase que decir lo que le ha pasado a un hombre, es decir lo que ese hombre es [...] El pasado humano en lugar de ser una realidad ajena a nosotros es nuestra realidad [...] Podemos concluir, pues, que verdad en historia no es otra cosa sino la adecuación del pasado humano (selección) a las exigencias vitales del presente.⁷⁰

Esta idea de “verdad” es diferente a la que puede tomarse del sentido común o de la historiografía tradicional, donde ella es lo que ocurrió. Para O’gorman, la verdad es sólo aquello que importa al presente.

Alfonso Caso, Paul Kirchov, José Gaos y Ramón Iglesia. Los antecedentes y un compendio de las conferencias se encuentra en: A. Matute, 1974, pp.31-66.

⁶⁹ E. O’Gorman, “Consideraciones sobre la verdad en historia”, en: A. Matute, 1974, pp.31-33.

⁷⁰ E. O’Gorman, “Consideraciones sobre la verdad en historia”, en: A. Matute, 1974, pp.34-37.”

Otro intelectual representativo de las décadas intermedias del siglo XX es Daniel Cosío Villegas. Este economista con estudios de derecho y vuelto historiador hacia la mediana edad, tenía una relación confusa con el Estado. De acuerdo con Enrique Krauze, discípulo suyo, Cosío se formó en el ambiente de reconstrucción nacional que sobrevino en los años posteriores a la Revolución; un “renacimiento cultural y educativo” promovido por José Vasconcelos en los años veinte involucró a varios jóvenes universitarios, entre ellos Cosío Villegas. En esa época los intelectuales actuaban más de lo que escribían; se organizaron campañas de alfabetización y divulgación del arte y la cultura, se editaban clásicos, y se promovió el muralismo, los festivales de música y danza y el teatro popular. En ese momento se extendió un sentimiento de comunión nacional, de esperanza y compromiso con el presente y el futuro. Los intelectuales pensaban entonces que podían y debían dedicarse a obras de beneficio colectivo; y la vía era la colaboración con el Estado en formación. Cosío estudia Economía y se especializa en Agronomía porque deseaba contribuir a los cambios que el campo mexicano necesitaba. Pero ya para fines de los años veinte, Cosío expresa una actitud cada vez más crítica frente a los logros de la Revolución.⁷¹

En 1947 publica un ensayo⁷² que escandalizó a políticos e intelectuales del momento⁷³. “La crisis de México” se inscribe en la postguerra, cuando Estados Unidos surge como súper potencia dominante en el mundo, frente a la URSS, y cuando México parece estar en riesgo de perder definitivamente la dirección. Cosío detecta en los discursos desarrollistas e industrializadores de los gobiernos mexicanos de ese momento, la consolidación de un neoporfirismo, donde la Revolución, con lo justo y certero de sus fines, había fracasado porque los hombres que dirigían el país, no habían estado a la altura de las metas de la Revolución. A pesar de esta actitud crítica, Cosío nunca adoptó

⁷¹ E. Krauze, 1991, en especial el capítulo II.

⁷² D. Cosío, En: Krauze, 2010, pp.487-510.

⁷³ Krauze retoma las respuestas contrarias a la postura de Cosío por parte de Luis Garrido quien fuera rector de la UNAM y del ex presidente Ortiz Rubio. También retoma la respuesta más favorable de José Revueltas, quien señaló la falta de perspectiva histórica en el trabajo de Cosío y por lo tanto, una falta de profundidad en sus argumentos, sin descalificarlos. Ver: Krauze, 1991, pp.84-91.

una postura definitivamente opositora; no es su alternativa terminar con el régimen vigente, sino depurarlo en cuanto a sus hombres y sus propósitos.⁷⁴

A partir de ese ensayo y de las respuestas que recibe, Cosío Villegas desarrolla la idea de escribir una historia del México contemporáneo, que abarque la etapa entre 1910 y 1940, para comprender dónde exactamente se había perdido el camino. Sin embargo, él mismo se extravía, primero al imponerse la tarea previa de explicar el paso del Liberalismo puro de la República Restaurada (1867-1876) con sus altas aspiraciones, su respeto de la ley y el carácter honesto y preparado de sus hombres, al Porfiriato (1876-1910), con su corrupción y autoritarismo. Más de veinte años después, con varios tomos de la *Historia Moderna de México* publicados con su participación y coordinación, Cosío encuentra que la vida no le dará más tiempo para emprender lo que sería la historia contemporánea que había planeado.⁷⁵ No obstante este autor pone en entredicho las políticas puestas en práctica por los gobiernos postrevolucionarios en función de las aspiraciones históricamente definidas por la Revolución, en la realidad no llega a conectar las dimensiones del pasado y del presente; se deja llevar por los preceptos científicistas y académicos; y como resultado crea una historia erudita y completa, indispensable para la historiografía del período liberal y porfirista, pero desvinculada de los problemas nacionales vigentes en los años en que se escribió.

Por otra parte, Conrado Hernández aborda la relación entre la profesionalización de la historia y la consolidación del Estado postrevolucionario de una forma mucho más aguda. En primer lugar afirma que tal relación existió y fue fundamental, porque la historia era el marco legitimador del régimen político; y también relaciona la profesionalización con la

⁷⁴ La crítica de Cosío se inscribe en un ambiente de cuestionamiento detonado en los años cuarenta a causa de las tendencias derechistas visibles en el gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940-1946). Algunas expresiones de este momento de crisis se expresan en el conjunto de ensayos *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*, de Stanley Ross (1ª ed. 1960). Ver: D. Alvarrán, 2004, pp.57, 58.

⁷⁵ E. Krauze, 1991, en especial el capítulo VII.

función social de la historiografía. Analiza la postura teórica de Edmundo O'Gorman, vinculada con el historicismo⁷⁶ y enfrentada al Cientificismo, pero siempre crítica del uso de las formas en que el pasado se usa para los fines del presente.⁷⁷

Hernández nos explica cómo el Estado postrevolucionario conformó sus características de burocracia piramidal y centralizada, que se apoyaba en un pragmatismo político-ideológico de intereses personales y materiales. La institucionalización de la investigación histórica reflejó las circunstancias en que tomó forma. La historiografía era parte de la gesta narrativa de la legitimidad del nuevo régimen(a final de cuentas instaurado por la fuerza de las armas), pero también tenía que ser científica: nacionalista, celebratoria del pasado, centralista, pragmática, objetiva, imparcial, documentada, social y crítica, todo al mismo tiempo. El historiador profesional, ante la perspectiva de seguir una trayectoria luminosa y rentable, debió ajustarse a un conjunto de condiciones que implicaban una triple dependencia: primero, vivir exclusivamente de su especialidad; segundo, practicarla en proyectos colectivos de más o menos larga duración; y tercero, tener como consumidor final a un grupo reducido de otros especialistas, quienes con su aprobación o rechazo, pueden decidir su futuro. Este sistema dio paso a prácticas elitistas, incluso gremiales.⁷⁸

Los historiadores entre las décadas de los cuarenta y los sesenta produjeron las definiciones sobre el ser de México, de acuerdo con este contexto, y con base en una tendencia tradicional científicista predominante. El Nacionalismo

⁷⁶El Historicismo como tendencia apareció a finales de la década de 1870. Originalmente designaba varias corrientes que subrayaban el carácter histórico, cambiante del hombre. Más adelante se generalizó el término a los científicos sociales que insistían en la irrepitibilidad y especificidad de los fenómenos humanos frente a los hechos naturales. En historia se ocupa de la originalidad y multiplicidad; reconoce que existen cuestiones en común, pero no establece principios ni leyes generales. El pensamiento, la verdad, y los valores de la cultura y del espíritu, dependen de la historia. Ver: M. Cruz, 1991, pp.9, 10.

⁷⁷Ver: C. Hernández, *Edmundo O'Gorman. Idea de la Historia, Ética y Política*, Colegio de Michoacán, Zamora, 2006.

⁷⁸C. Hernández, 2006, pp.21-26.

permeó en varias disciplinas y tomó diversas formas, pero estaba en el fondo de gran parte de la historia profesional; con él se relacionan temas como la búsqueda de antecedentes gloriosos o la justificación del retraso a partir de la idea de la singularidad de México; sostuvo, por ejemplo, el indigenismo y los enfoques que observan el Liberalismo como un elemento unificador, que evolucionaba de forma continua junto con el proceso de creación del Estado. Estos discursos eran los más cultivados, difundidos y apreciados en la práctica institucional; Hernández sugiere que esto se debió a que satisfacían los fines políticos de la época; pero no era el único tipo de historia que se hacía. Según este autor, Edmundo O’Gorman, al tiempo que era crítico con sus colegas, desarrolló una historiografía enfocada en satisfacer un auténtico afán de autoconocimiento que según su forma de pensar, era la única manera de dotar al presente de las herramientas para actuar sobre el futuro.⁷⁹

La historia para Edmundo O’Gorman se hace para que el hombre pueda dirigir su presente, frente a un futuro vacío, es decir, no predeterminado, y por lo tanto, sujeto a ser elegido. Su gran crítica al Cientificismo era que, a pesar de que logra datos verificados, ellos no tienen relación con el presente; y sin embargo, podían ser utilizados para intereses prácticos, como la legitimación de un régimen político. En otras palabras, O’Gorman aceptaba que el conocimiento del pasado debía servir al presente y al futuro, era capaz de ello porque permite al hombre conocerse y entender que lo que ha sido hasta entonces, es producto de la circunstancia, pero que puede cambiar, gracias a la imaginación creadora (proceso por el cual el hombre crea la realidad que quiere tener); al mismo tiempo descalificaba a los historiadores que no se comprometían con el presente, como Silvio Zabala, por ejemplo, porque hacían parecer al régimen político establecido como un orden confiable, de modo que no sólo trabajaban para el poder, sino que impedían el cambio. Es aquí donde aparece con más claridad una dimensión ética en la teoría de la historia. La ética puede definirse de varias formas, de acuerdo con Hernández, es la valoración de las costumbres o formas de vida de los pueblos, es un discurso

⁷⁹C. Hernández, 2006, pp. 28-30. 53-55.⁷⁹

sobre la acción política, pero siempre un discurso valorativo, nunca una simple descripción de lo que ocurre o de lo que es. En este sentido, para O’Gorman, la historia cientificista evadía esta dimensión, mientras que él quería enfrentarla.⁸⁰

¿Qué nos dice esta lectura de la obra de O’Gorman sobre la función social de la historiografía en México en las décadas intermedias del siglo XX? ¿Cómo integrarla en el panorama general de institucionalización optimista? Vemos que las críticas de O’Gorman al Cientificismo no parten del cuestionamiento teórico que presentó, por ejemplo el Giro Postmoderno; es decir, no cuestionaba el hecho de que pudiera encontrar la verdad; el problema es que esa “verdad” encontrada le parecía irrelevante o incluso pernicioso para el conjunto de la sociedad, al soslayar la esencial función política y la dimensión ética del conocimiento del pasado.

Capítulo II Historiografía en el siglo XX: cambios socio-políticos y epistemológicos

⁸⁰C. Hernández, 2006, pp.53-55, 99-102, 151.

El propósito de este capítulo es profundizar en el contexto que ha generado las características de la historiografía mexicana al final del siglo. Revisaremos algunas de las principales corrientes que renovaron las formas de escribir historia, en particular el Marxismo, la Escuela de los Annales y las derivaciones del Giro Postmoderno, observadas en su propio contexto de formación;

1 Nuevas corrientes para una nueva realidad

La Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa crearon nuevas condiciones políticas y sociales que atrajeron la atención de los investigadores occidentales. Se perfila una sociedad de “masas”, descontenta por haber sido usada en la guerra y por no haber alcanzado los beneficios del sistema capitalista; las “masas” parecían amenazantes para los grupos de elite, ante todo por su número, especialmente después de la Revolución Rusa; además los movimientos obreros proliferaron en Inglaterra, Francia e Italia, y el Partido Comunista comenzó a tomar mucha fuerza en Alemania. Entre tanto la mayoría de los historiadores seguían interesados en la investigación de los acontecimientos políticos, los individuos y la alta cultura, en un esquema donde los movimientos de “masas” eran accidentes en el correcto devenir; desde este enfoque eran incapaces de comprender los problemas de su tiempo, y quienes se percataron de ello, intentaron desarrollar enfoques alternativos.⁸¹

Desde principios del siglo XX hubo trabajos que ya no seguían los lineamientos de la Historia Científica, por considerar sus métodos y enfoques insuficientes para abordar los problemas de su momento. Por ejemplo, el socialista Jean Jaurès, en 1894 sostuvo que las fuerzas económicas impulsaban el “cambio histórico”, pero éste era dirigido por la “aspiración durable del hombre a la justicia”, lo cual explica el “progreso” en un sentido que no se limita al

⁸¹J. Fontana, 2002, pp.10, 11.

crecimiento económico. Otro socialista, François Simiand, en su conferencia “Método histórico y ciencia social” de 1903, se oponía a la historia de los acontecimientos puntuales; y señalaba que era necesario buscar las causas sociales subyacentes.⁸²

Simultáneamente surgieron cuestionamientos sobre la naturaleza, la utilidad y los alcances del saber histórico, pero vienen en principio de otros campos, sobre todo de la sociología y la filosofía. Algunos historiadores, en especial los que cultivaban la filosofía de la historia, se interesaron por los nuevos planteamientos, como Benedetto Croce (1866-1952) y Robin G. Collingwood (1889-1943). El primero pensaba que sólo existe la historia contemporánea, porque se escribe para satisfacer las necesidades del presente; y no creían la causalidad, sólo en los hechos vivenciales. El segundo afirmaba que era necesario entender lo que los hombres del pasado pensaban, para poder comprender sus acciones desde su punto de vista, y no del nuestro; sostenía que el historiador debía basarse en los documentos, pero reconocía la necesidad de emplear “imaginación histórica”, que es un proceso de conjetura.⁸³ Ambos discuten la validez universal de la historia científica.

(a)El Materialismo Histórico

Por otra parte, la historiografía marxista, fundamentada en la teoría del Materialismo Histórico, contribuyó a la caída de los ideales de ciencia pura por estar políticamente comprometida. No se limita a narrar hechos, se propone trazar una línea general de argumentación que explique el trayecto de las sociedades por los diferentes estadios de los modos de producción y los resultados de la lucha de clases. También fue la primera en desarrollar la economía como tema central, en lugar de la política preferida por el

⁸²J. Fontana, 2002, pp.28, 29.

⁸³J. Fontana, 2002, pp.15, 16.

Positivismo, porque son los cambios en los modos de producción y las luchas de clases lo que altera las sociedades, no los cambios de gobernantes.⁸⁴

Fue en Gran Bretaña donde la teoría marxista fundamentó la escuela más sólida. El Partido Comunista Británico vinculó un grupo de historiadores caracterizados por un alto grado de rigor, creatividad e independencia. La llamada Escuela Social Británica o Escuela Marxista Británica agrupa autores importantes como Christopher Hill, Eric J. Hobsbawm, George Rudé o E. P. Thompson, entre otros. La época más prolífica de este grupo puede situarse entre principios de los cincuenta y finales de los setenta, pero algunos, como Thompson siguieron activos hasta principios de los noventa. Estos autores no limitaron las estrategias explicativas del Marxismo a los problemas económicos, pensaban en un enfoque social más amplio y complejo, y eso los llevó a profundizar en temas culturales. Hacia mediados de los cincuenta se separaron del Partido Comunista, pero conservaron sus posturas de izquierda. Es importante subrayar que la militancia de izquierda en este caso no implicaba necesariamente ser pro soviético, más bien se trataba de comprometerse con posiciones progresistas y humanistas; ellos investigaban el sufrimiento de los campesinos y de la clase obrera durante la Revolución Industrial, en lugar de limitarse a reconstruir la historia lineal del desarrollo económico y tecnológico, por ejemplo.⁸⁵

Esta tradición se opone al Marxismo dogmático, entendido como aquel que parte de un conjunto de conceptos rígidos y estáticos, que forman una teoría abstracta, y sólo buscan en la realidad los ejemplos que confirmen la teoría. En cambio insisten en la necesidad de observar los hechos empíricos y luego explicarlos. Las preguntas adecuadas para interrogar los datos, según este enfoque, no pueden ser constantes de acuerdo con la lógica filosófica, sino particulares a cada objeto de estudio; y los datos habrán de ser interrogados

⁸⁴C. Carbonell, 1986, pp.124-135.

⁸⁵J. Fontana, 2005, pp. 75-79.

siempre a partir de hipótesis, entendidas como la organización conceptual de los datos empíricos destinadas a explicar episodios particulares de causa y relación. Son las hipótesis y los conceptos analíticos particulares (explotación, clase social, lucha de clases, hegemonía, modos de producción, etc.), lo que define al Materialismo Histórico y lo separa de otras estrategias interpretativas; pero la teoría sólo puede auxiliar al investigador en el análisis de los datos, no puede separarlo de ellos.⁸⁶

El marxista británico E. P. Thompson acepta que el conocimiento histórico es, por su naturaleza, provisional e incompleto y selectivo, pero no por ello falso, y está limitado y definido por las preguntas formuladas a los datos empíricos y por los conceptos que soportan tales preguntas; sólo puede considerarse verdadero dentro de estos límites, pero verdadero al fin, aunque sea diferente de otros tipos de conocimiento. Cuando las hipótesis son confirmadas, siempre será en un nivel de aproximación; no pueden formularse leyes, siempre hay lugar para la contingencia en la historia; pero este no es un problema, la historia se ocupa de saber por qué determinado proceso sucedió de tal manera, no del por qué tenía que ser así. Insiste también en que el proceso histórico real es un conjunto unitario de comportamientos humanos; el historiador puede delimitar su campo, pero el proceso histórico será uno solo, donde cada aspecto se relaciona de alguna manera con los otros, y no puede entenderse como la suma de diferentes historias. Además, sostiene que los procesos históricos ocurrieron en términos ontológicos, y la historia puede falsearlos o puede proponer nuevas preguntas de acuerdo con las necesidades de cada época, pero no modificarlos.⁸⁷

Para E.P. Thompson las preguntas formuladas a los datos expresan inevitablemente un contenido normativo, una elección de valores. Sin embargo, eso no resta objetividad al conocimiento, porque existe una

⁸⁶E. P. Thomson, 1981, pp.65-85.

⁸⁷ E. P. Thompson, 1981, pp. 69-73.

disciplina, una lógica basada en la confrontación de hipótesis y datos, que permite exponer tendencias encubiertas o impropias. Thompson incluso afirma que, una vez recuperada la secuencia causal del proceso histórico, el historiador queda en libertad de expresar sus propios juicios de valor; al pronunciarse a favor de ciertos valores y no de otros, no cambia el pasado, pero trabaja por su presente al hacer explícitos los valores que quiere sostener o desterrar.⁸⁸

En esta misma línea, el marxista catalán Josep Fontana en 1992 lanzaba una fuerte llamada de atención al mundo académico, sobre la urgencia de emprender una historiografía crítica que funcionara para el presente. En *La Historia después del fin de la Historia* explica los graves conflictos que ya podían observarse y los que se veían venir, como la creciente desigualdad entre clases sociales y entre regiones y los riesgos de la política internacional de libre mercado. A su juicio los historiadores no estaban asumiendo el compromiso que su presente les reclamaba. Propone entonces una recuperación de los elementos característicos de una historiografía crítica: la globalización y la politización. La primera se refiere a la necesidad de explicar lo humano como un todo. La segunda se refiere a la necesidad de aceptar que *detrás de toda interpretación histórica hay una política; y al imperativo de dejar de hablar sólo a otros especialistas para dirigir la historia a un público amplio, lo cual implica hablar de aquello que puede importar a los más, de problemas reales de la sociedad y del hombre, y hacerlo de forma comprensible. Más aún, llama a los académicos a anteponer el interés de la sociedad a la proyección de sus carreras; llama también a renovar profundamente los métodos y las teorías, a abandonar los enfoques lineales (incluyendo la linealidad marxista) y la noción de "progreso", y a abrirse a posibilidades distintas.*⁸⁹

⁸⁸E. P. Thompson, 1981, pp.73-76.

⁸⁹J. Fontana, 1992, en especial pp.116-146.

Los planteamientos donde se da primacía a los datos empíricos frente a la teoría abstracta fueron desarrollados previamente por el marxista italiano Antonio Gramsci (1891- 1937), en los años treinta del siglo XX, aunque se publicaron tras la Segunda Guerra Mundial. No creía que el Materialismo Histórico fuera un cuerpo teórico preparado para interpretar directamente la realidad; pensaba que el investigador no puede ir a la realidad buscando especímenes puros que encajen en su teoría, porque la realidad ofrece combinaciones infinitas; es esta realidad la que debe ser traducida a lenguaje teórico. Este autor desarrolló también una idea muy refinada del concepto de “hegemonía”; mostró cómo una clase puede ejercer dominación sobre las otras no sólo a través de la coerción, sino también por el consenso, al transformar su ideología de grupo en un conjunto de verdades que se suponen universalmente válidas, las clases subalternas las aceptan hasta el momento en que las condiciones cambian, las clases subalternas toman conciencia de sus propios intereses y de las contradicciones que las enfrentan a los grupos que dominan el aparato del Estado, formulan nuevos principios, y dan lugar a una nueva situación de hegemonía y a nuevas relaciones de producción.⁹⁰

El pensamiento de Gramsci tuvo una expansión importante en América Latina, en especial en los años setenta y ochenta, cuando en Europa ya había empezado a abandonarse. La Revolución Cubana (1959) y la sucesión de golpes militares en América Latina, llevaron a los sectores de izquierda en la región a buscar fundamentos teóricos; en los sesenta fue más seguida la filosofía de Althusser, que presentaba un modelo marxista científico muy abstracto, justo el tipo de enfoque desdeñado por la Escuela Social Británica; pero hacia mediados de los setenta el althusserianismo comenzó a decaer en favor de teorías más adecuadas para estudiar realidades particulares. El pensamiento de Gramsci alcanzó una influencia importante en algunos centros de investigación histórica en México, e incluso dentro de movimientos políticos de izquierda desde finales de los setenta. Sus categorías analíticas fueron apropiadas para analizar situaciones nacionales específicas, en lugar de

⁹⁰ J. Fontana, 2002, pp.71-74.

ofrecer marcos rígidos y absolutos. Sus construcciones teóricas han funcionado para abordar problemas como la “nación”, entendida no como concepto abstracto, sino como un conjunto indivisible de componentes culturales e históricos, las “clases subalternas” en un marco de capitalismo tardío impuesto desde el aparato estatal, como en América Latina o Italia, o el papel de los intelectuales como parte fundamental de la trama de relaciones entre gobernantes y gobernados, como transmisores de las ideas hegemónicas.⁹¹

El Materialismo Histórico en general es objeto de dos tipos de crítica. Uno parte de sus propios seguidores, autores como Josep Fontana, Jean Chesneaux o los británicos, quienes se ven preocupados por la aplicación dogmática de los principios del Materialismo Histórico; ven este problema relacionado directamente con la simplificación, la vulgarización y la intervención de los aparatos estatales en la escritura de la historia, a la manera soviética. El otro pone en entredicho la posibilidad de construir conocimiento válido con un marco ideológico que está políticamente comprometido; veremos en el capítulo final algunas posiciones en este sentido por parte de historiadores mexicanos, como Enrique Florescano y Luis González y González.

(b)La Escuela de los Annales

La Historia Económica y Social Francesa fue la réplica más efectiva contra el Positivismo. Tomó algunos de sus conceptos clave, como “estructura”, “coyuntura” y “duración” del lenguaje de la historiografía marxista, además del interés por los problemas económicos. Pero la Historia Económica y Social se desarrolló por rutas diferentes.⁹²

⁹¹J. Aricó, 2005, pp. 343-349, 366-368, 379, 380, 386-390.

⁹²C. Carbonell, 1986, p.134.

El origen de este paradigma se asocia con la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, nacida en 1929 y dirigida por Los dos profesores de la Universidad de Estrasburgo, Lucien Febvre (1878-1956) y Marc Bloch (1886-1944). Bloch fue asesinado durante la Segunda Guerra Mundial, pero Febvre encabezó la historia académica en Francia durante los años de la postguerra.⁹³

La Escuela de los Annales tomó forma a partir de 1947, cuando el comité de la revista se instaló en la Ecole Pratique des Hautes Etudes, (transformada en 1975 en Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales). Para 1948 participan en la École: Febvre, Morazé, Lahrousse, Braudel, Leroi-Gourhan, Lefebvre y Lévi-Strauss; y se irán integrando Raymond Aron, Barthes, Derrida, Le Goff, Le Roy Ladurie, Pierre Vilar, etc.⁹⁴

También en la época en que Febvre estuvo a la cabeza, se definieron los principios de la Escuela de los Annales: se condena la erudición estéril y la historia estrictamente política, que fundamenta el conocimiento del pasado a partir de documentos. En cambio Define la historia como el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos; designa la calificación de “científicos” a los métodos de la historia, no a sus resultados; busca una visión integral, que no privilegie ningún aspecto específico del pasado, ni siquiera lo económico y social, pero menos lo político; y propone la integración de las herramientas de otras disciplinas a la investigación histórica.⁹⁵

⁹³J. Fontana, 2002, p.29.

⁹⁴ Algunos de los integrantes de esta corriente provenían de una clara tradición marxista, Pierre Vilar, por ejemplo, trabajó con una síntesis de los fundamentos de ambas tendencias; pero sus métodos no tuvieron gran impacto en el desarrollo posterior de Annales. Ver: J. Fontana, 2002, p.30, 74, 75.

⁹⁵J. Fontana, 2002, pp.33, 34.

Desde el primer momento, las aportaciones de *Annales*, en cada una de sus generaciones, representaron una importante renovación en la investigación histórica; pero para su segunda etapa se desarrollaron dos elementos que darían a la escuela la posición hegemónica que mantendría por lo menos hasta los años ochenta: primero, la sistematización matemática que daría idea de rigor científico a la historia económica, propuesta por Labrousse; y segundo, la teoría de los distintos tiempos históricos de Fernand Braudel⁹⁶, que logró proyectar los *Annales* hacia el ámbito internacional, y ayudó a la universalización de la escuela.⁹⁷

El problema con los fundamentos de *Annales*, desde el primer momento, es una falta general de definición: a pesar de contar con algunas nociones metodológicas, no hay una teoría clara. Los críticos de Braudel señalan que su teoría no puede integrar el análisis de los distintos tiempos en una explicación coherente.⁹⁸

La sistematización cuantitativa de la historia económica, que consistía en el análisis de series de información de tipo económico y social, como precios o curvas demográficas, también fue profundamente criticada. Los temas que puede abordar son limitados, pues sólo sirve para los tiempos y lugares donde hay documentos con información estadística. También sufre de limitaciones de verosimilitud, porque los datos en sí son poco confiables; y el análisis estadístico, aún para nuestros tiempos, sólo ofrece aproximaciones en el mejor de los casos, nunca certezas. Finalmente, la naturaleza de la información que

⁹⁶ La teoría de los distintos tiempos históricos de Braudel propone una historia de “muy larga duración” del marco geográfico; una historia de “larga duración” de los grandes procesos; y una “historia corta” de los acontecimientos. Ver: J. Fontana, 2002, p.35.

⁹⁷C. Carbonell, 1986, pp.143-147 / J. Fontana, 2002, pp.34, 35.

⁹⁸J. Fontana, 2002, pp.34-37.

aporta, no permite hacer generalizaciones innovadoras sobre los procesos históricos, y termina usándose como complemento de otros enfoques.⁹⁹

Para las décadas de los setenta y ochenta se perfiló lo que se conoce como “la tercera etapa” o “tercera generación” de Annales, cuando floreció la llamada “nueva historia”. Esta surgió de la renovación del grupo y de la crítica a las deficiencias del proyecto anterior, pero sucedió en un contexto mucho más amplio, que explicaremos más adelante.

Esta “Nueva Historia” se caracteriza por abordar temas originales, no investigados antes, a través de fuentes poco convencionales, como el testimonio oral o la imagen, no sólo el documento escrito; y por lo mismo, recurre a la interdisciplinariedad para comprender estas nuevas fuentes y las realidades humanas que son objeto de otras disciplinas en el presente, como la psicología, la economía o la antropología. La historia económica ya no sólo trata de producción, sino también de la moneda, de los ciclos, de los hábitos de consumo... La historia social no se limita a las clases, también se ocupa de los grupos y su interacción, y privilegia el estudio de lo cotidiano. La historia demográfica comenzó interesada en datos cuantitativos, luego se hizo más cualitativa, de los números a la experiencia cultural: de la mortandad a la muerte, de la natalidad a la sexualidad, la maternidad, la infancia... Mientras que la historia cultural abrió su mirada a casi cualquier cosa: el amor, el miedo y otros sentimientos colectivos, Los sueños, la enfermedad, los gestos; incluso cuando hace historia del arte ya no se concentra sólo en las obras, la producción, difusión y recepción del todo compartido es su nuevo objeto.¹⁰⁰

⁹⁹C. Carbonell, 1986, p.147.

¹⁰⁰ Los planteamientos generales de la Nueva Historia pueden verse en: J. Le Goff, *Hacer la Historia*, Laia, Barcelona, 1985.

Para François Dosse la “nueva historia” ve su mayor debilidad en su completa falta de definición que raya en la anarquía, y en la tendencia a fragmentar el conocimiento: hace historia de cualquier asunto; utiliza cualquier cosa como fuente; absorbe nociones y conceptos de otras disciplinas sin cuestionarse seriamente si funcionan; y no se preocupa por construir visiones generales, sólo trabaja pequeñas parcelas súper especializadas. Estos argumentos comenzaron a hacerse explícitos a finales de los años ochenta.¹⁰¹

La segunda y la tercera etapa de Annales tuvieron un impacto importante en la historiografía mexicana, al ofrecer un marco de renovación para los temas y métodos. Buena parte de los historiadores de renombre en la segunda mitad del siglo XX cursó estudios de postgrado en Francia en los años cincuenta, sesenta y setenta; a su regreso buscaron aplicar y difundir los enfoques aprendidos. Un ejemplo de esto fue Luis González y González, que cursó materias de postgrado en la Sorbona en 1952. Un caso significativo fue el de Enrique Florescano, que aprendió este paradigma durante sus estudios de posgrado en la École Pratique des Hautes Études de la Universidad de París en los años sesenta; más adelante, al ocupar cargos directivos en el Instituto Nacional de Antropología e Historia desde los setenta, reorganizó los seminarios de investigación con base en los modelos franceses, veremos en qué consistió esta reestructuración más adelante.¹⁰²

2 Rupturas epistemológicas: Postmodernidad y Multiculturalismo

La “Nueva Historia” francesa de los años sesenta y setenta se desarrolló de manera simultánea a otros enfoques más radicales que ponían en entredicho la validez de la historiografía tradicional, en un contexto de valoración del

¹⁰¹ F. Dosse, 2006, pp.62-67.

¹⁰² La información sobre la trayectoria de Florescano proviene de: www.enriqueflorescano.com (consultada 6 de mayo de 2012)

“multiculturalismo” y el cuestionamiento de los métodos y posibilidades de la ciencia moderna.

En los años sesenta del siglo XX algunas promesas de postguerra no se habían concretado, ni llegarían a hacerlo. El descubrimiento de la energía atómica había generado expectativas de un desarrollo económico tan espectacular, que compensaría los riesgos, pero tal desarrollo no llegaba. El nuevo orden mundial basado en la división bipolar del planeta había prometido igualdad, libertad y democracia en el mundo capitalista, e igualdad, desarrollo y prosperidad en el socialista. Pero a pesar del crecimiento industrial y de los avances tecnológicos, grandes porciones de Asia, África y América Latina continuaban en el atraso y la pobreza; peor aún, alimentaban la prosperidad, incompleta y mal distribuida de las naciones más desarrolladas. Se dio un movimiento con rasgos de protesta generacional, vanguardista y provocadora entre los jóvenes de Estados Unidos, algunos países de América Latina y Europa, sobre todo en el occidente, pero también en algunas regiones dominadas por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Este movimiento pretendía cambiar la sociedad y el “orden establecido”, que había comenzado a percibirse como tiránico y caduco.¹⁰³

En Estados Unidos se había mantenido un consenso bastante generalizado entre los historiadores tras la Segunda Guerra Mundial, basado en la defensa de los principios nacionalistas¹⁰⁴. La sobrentendida derrota sufrida por Estados Unidos durante la Guerra de Vietnam (1964-1974) terminó con esto en los años sesenta. Los jóvenes blancos comienzan a rechazar el imperialismo y el racismo, y florece un movimiento de derechos civiles. El espíritu contestatario y contracultural alcanza los medios académicos: se elaboran historias “desde

¹⁰³ J. Fontana, 2002, p.118.

¹⁰⁴ Con la Guerra Fría el gobierno estadounidense se ocupó de controlar la historiografía: revisión de libros de texto, despido de historiadores subversivos y financiamiento para los investigadores complacientes. Se logró un discurso unificado: tesis del Excepcionalismo Norteamericano y del Destino Manifiesto, y claro anticomunismo. Ver: J. Fontana, 2002, pp.90-95.

abajo” e historias diplomáticas que criticaban la tendencia imperialista estadounidense. Algunos historiadores incluso cultivaron la Historia Social al estilo de E. P. Thompson, sobre todo los del grupo de *Radical History Review*, aunque los marxistas más radicales permanecieron aislados. Otros abandonaron la Historia Social y se dedicaron a la Historia Cultural.¹⁰⁵

Es claro que este ambiente era todo menos apolítico. Sin embargo, el llamado “Giro postmoderno”¹⁰⁶ que acompañó el movimiento crítico hacia lo establecido, y algunas formas de Historia Cultural, podrían llevar a los historiadores que los practican, a una postura neutra, o incluso elitista. Veamos esto con cuidado.

El Postmodernismo surgió como un conjunto de anti valores, es decir, representa la negación de lo establecido, pero su lógica le impide proponer una alternativa definida. La idea central en este modelo es la negación de la posibilidad de encontrar verdades universales: no acepta la relación causa-efecto ni la existencia de leyes generales. El argumento que soporta esta posición señala que la ciencia no es otra cosa que un discurso construido en determinado momento, para satisfacer las necesidades inmediatas del grupo que lo crea; de manera que cuando tales necesidades cambien, el discurso también lo hará. El lenguaje, cualquier tipo de lenguaje (entendido como un conjunto de convenciones generalmente aceptadas), incluyendo el científico, no se considera un “reflejo” de la realidad, es decir algo diferente de ésta que la expresa, sino parte del inventario total de la realidad, del mismo modo que lo son los objetos de la naturaleza que intenta reflejar. La ciencia (moderna) y su lenguaje, no son entonces herramientas para obtener y transmitir conocimiento sobre la realidad, sino parte de la realidad y como tal, un objeto de estudio en

¹⁰⁵ J. Fontana, 2002, pp.131, 132.

¹⁰⁶ La categoría de postmodernidad es polémica y difícil de definir. El Postmodernismo surgió alrededor de los años cuarenta del siglo XX, en principio en el arte y la literatura, como un movimiento que, entre otras cosas, cuestionaba las nociones de progreso lineal propias del Modernismo, entendido como movimiento artístico. En la filosofía y las ciencias sociales se retomó este rasgo particular, para formular una epistemología que cuestiona los valores modernos del progreso lineal, aplicados a la sociedad, la política y la ciencia; en consecuencia cuestiona la posibilidad de establecer verdades universales. Es en este sentido en que se usan los términos de Postmodernismo y Postmodernidad en el presente trabajo.

sí mismo; hasta podría decirse que son el principal objeto de estudio de este modelo.¹⁰⁷

El impacto de este enfoque sobre la historiografía es difícil de determinar. Pensemos por un instante en qué necesitaría un libro de historiografía para considerarse postmodernista: un historiador modernista lee las fuentes como evidencia de la realidad del pasado, y lo reconstruye a través de ellas; el postmodernista no puede hacer eso, porque sus fuentes no reflejan la realidad, no son más que interpretaciones que deben ser estudiadas en sí mismas. La cuestión se complica al considerar que esta hipotética obra historiográfica, tampoco puede considerarse un reflejo de la realidad, sino sólo otra interpretación, que debe ser interpretada, y la interpretación que resulte deberá serlo también...¹⁰⁸

De este modo, una hipotética obra historiográfica postmodernista no podría hacer afirmaciones sobre el pasado (y en términos lógicos tampoco sobre ningún otro asunto) sin correr el riesgo de que su propia epistemología las invalide. Las implicaciones son tan graves que, de hecho, no podríamos encontrar ningún texto que se apegue completamente al modelo postmodernista, sin violarlo al mismo tiempo con su mera existencia, a menos que pudiera contener todas las interpretaciones imaginables sobre algo; lo cual, por cierto, de ser posible, sería muy poco provechoso, pues conocer todas las posibles interpretaciones sobre algo, sin otorgar preeminencia a ninguna, es igual que no saber nada en absoluto. Estas implicaciones son las que motivan las críticas más sangrientas a la viabilidad del modelo postmoderno para la historiografía.

¹⁰⁷E. R. Ankersmit 2005, pp. 54-57.

¹⁰⁸E. R. Ankersmit, 2005, pp.59-61.

Keith Windschuttle señala las consecuencias que se derivarían de validar todas las interpretaciones posibles sobre un problema dado. Parte de La gran paradoja postmoderna sobre su auto negación, que ya describimos, pero observa otros errores. La imposibilidad de discriminar interpretaciones nocivas, por ejemplo. Cuestiona la médula de la crítica postmoderna, discusión sobre la posibilidad o imposibilidad de que la investigación histórica llegue a la Verdad. Según su argumentación, la historia “tradicional” nunca ha pretendido encontrar la Verdad absoluta, pero sí encuentra hechos verdaderos bajo parámetros bien establecidos. Admite que el conjunto de una argumentación podría estar sesgado por la subjetividad del autor, pero otros historiadores lo notarían y podrían decidir si aceptan la información presentada o no. Por otra parte, resalta una característica ideológica poco reconocida: a pesar de que epistemológicamente todas las “verdades” deberían reconocerse como válidas por igual, los postmodernistas prefieren las “verdades de izquierda”, y tachan las demás como burguesas y defensoras del orden establecido, así que no sólo hay inclinaciones ideológicas en los postmodernistas, además son hipócritas.¹⁰⁹

Sin embargo, desde una interpretación menos purista, sí es posible encontrar textos que recuperan dos de los rasgos centrales del postmodernismo: el rechazo de las verdades universales, por una parte; y el estudio del lenguaje y las representaciones culturales como fenómeno en sí, por otra. El primero se relaciona con los fundamentos del multiculturalismo, donde se reconoce la legitimidad de otras formas de vida diferentes a la occidental, y junto con esto, la posibilidad de escribir historias sobre estas formas de vida, y hacerlo de manera alternativa a la marcada por los lineamientos académicos de los países occidentales. Esta posibilidad se ha expresado de muchas formas diferentes, en tendencias como el Poscolonialismo o los Estudios Subalternos, o en una ampliación de los enfoques y los temas, como el Regionalismo que intenta disolver las explicaciones centradas en el Estado nacional para enfatizar la

¹⁰⁹Keith Windschuttle, 2005, pp.257-277.

diversidad social, étnica y/o geográfica que puede contener una entidad política en sus procesos históricos. Veamos esto con más detalle.

El multiculturalismo en sentido amplio, también incluye el reconocimiento de la existencia de grupos no hegemónicos en la sociedad occidental, de los cuales tampoco se habla en la historiografía tradicional. Sin embargo, este sí es un tema propio de la Historia Social, a la que se oponen las tendencias postmodernistas y la Historia Cultural; no se trata de una contradicción, es diferente tratar el tema de los grupos no hegemónicos desde la Historia Social, en cualquiera de sus estilos, que hacerlo desde el multiculturalismo. Más aún, la crítica del postmodernismo sobre la Historia Social, no tiene que ver con sus temas, sino con la forma de abordarlos.

El postmodernismo identifica la Modernidad como un “proyecto normativo”, y la Historia Social sería parte de él; es decir, cuestiona todo el conjunto de las instituciones y el poder que han creado. A partir de este principio se cuestiona el conocimiento derivado de la Historia Social, así como de cualquier otro formulado en la etapa “moderna”. La crítica supone que los fundamentos de la Historia Social (conceptos como “lo material”, “lo social”, “la clase”) fueron impuestos como determinantes de todo lo demás; lo grave, según este argumento, es que los fundamentos teóricos y la realidad se construyeron al mismo tiempo, no con los unos explicando la otra, sino de hecho elaborándola. Además, tales fundamentos resultan inútiles para explicar la realidad contemporánea, porque ni siquiera podían explicar la de su momento. Por último, se critica la tendencia a imponer sus tesis, y a estancarse en las mismas definiciones. Según esta lógica, la Historia Social debería evolucionar hacia las nuevas propuestas de análisis de discursos y representaciones, para detectar los mecanismos de imposición del poder.¹¹⁰

¹¹⁰Joyce, pp.25-27, 38.

El Postcolonialismo se originó en Estados Unidos a partir de cierta forma de crítica literaria. El profesor de literatura comparada, Edward Said se considera el precursor: en su libro *Orientalism*, publicado en 1978, denunciaba la construcción del discurso occidental que representaba el Oriente como algo en esencia distinto, con lo cual se legitima el imperialismo. Según Fontana, es indiscutible el papel de esta obra al llamar la atención sobre el problema que aborda; pero el texto tiene problemas metodológicos descritos como “contradicciones”, “rechazo de la especialización”, “reivindicación del crítico como aficionado”, “desconocimiento del trabajo de los estudiosos de las lenguas, las culturas y la historia de Oriente, que suele confundir con los pintores y escritores orientalistas...”.¹¹¹

Pero el Postcolonialismo podría tener un lado mucho más oscuro:

«La retirada de las verdades universales en nombre de una nueva multiplicidad por parte de los teóricos del postcolonialismo —ha dicho Jacoby— lleva a una incapacidad para analizar y juzgar.» Sus denuncias acaban en meros gestos sin utilidad, y sin ninguna propuesta útil. Salman Rushdie había explicado en 1982 que multiculturalismo quería decir, en las escuelas británicas, enseñar a los niños a tocar el bongo o a vestir el sari y convencerles, de paso, de que los negros son «culturalmente tan diferentes» que por fuerza han de crear problemas de convivencia. Arif Dirlik ha señalado que el postcolonialismo «ha ofrecido un refugio a los radicales que se retiraban del marxismo y del socialismo en vista de la decadencia global o del abandono de las alternativas socialistas de los ochenta y que han encontrado alivio desplazando su radicalismo político y social al reino de la cultura». De sus orígenes han conservado elementos de respuesta progresista en la lucha por los valores de lo «políticamente correcto» y del «multiculturalismo»; pero en su lado negativo hay que apuntar que su concentración en el estudio de las representaciones los aleja de los problemas reales y los hace cómplices del inmovilismo por el hecho mismo de que parten del principio de que los colonizados no se pueden expresar por sí mismos, sino que necesitan de la voz del científico social «postcolonialista» para hacerlo.¹¹²

Lo que establece Fontana al presentar estos testimonios, es que todo enfoque analítico basado en el estudio de representaciones sin criterios de verdad claros, implica una colaboración con el sistema de poder establecido, a pesar de que en apariencia busque lo contrario. Veamos el caso específico de los “Estudios Subalternos”.

¹¹¹ J. Fontana, 2002, p.169.

¹¹² J. Fontana, 2002, p.171.

Los “Estudios Subalternos” es una corriente originada en Inglaterra a finales de los años setenta. El proyecto fue encabezado por el marxista Ranajit Guha, profesor de Historia en la Universidad de Sussex; agrupó un conjunto de historiadores radicales originarios del Sudeste asiático.¹¹³

Apareció en el mismo contexto favorable al multiculturalismo, pero se distingue del Postcolonialismo en general, en que su principal objeto de estudio no son las representaciones culturales, sino los hechos históricos. Los “Estudios Subalternos” se plantearon como una forma historiográfica opuesta a la nacionalista construida después de la descolonización. El problema con esta última, era que no reconocía la contribución del “pueblo” indio (masas de trabajadores y sectores intermedios rurales y urbanos) por sí mismo, es decir, independientemente de las acciones de la elite; de manera que no lograba explicar la política colonial más allá de las autoridades coloniales y de los grupos dominantes de la sociedad local.¹¹⁴

El enfoque de los “Estudios Subalternos” buscaba enfrentar la exclusión social y el eurocentrismo, para construir una historiografía capaz de analizar la ideología, las formas de movilidad social y la política de los grupos subalternos; de manera que son reconocidos como “agentes” activos, en lugar de considerarse objetos pasivos.¹¹⁵

El fin último es comprender por qué, a pesar de la importancia de las revueltas populares, no habían logrado coordinar una lucha de “liberación nacional”. Se trata de una corriente que declara de forma abierta su intención de escribir la

¹¹³ S. Dube, 1999, p.17.

¹¹⁴ J. Fontana, 2002, p.173.

¹¹⁵ S. Dube, 1999, pp.21, 27.

historia de la insurgencia, y dar con ello elementos al insurgente vivo para actuar en su presente.

De acuerdo con Fontana, los “Estudios Subalternos” se comenzaron a difundir en Occidente como un modelo aplicable a todo el llamado “Tercer Mundo”, y cobraron una franca presencia en las discusiones académicas; sin embargo, esto no sucedió sino hasta mediados de los años ochenta, después de que una parte del grupo original migró hacia un enfoque postcolonial más tradicional, basado en el análisis de representaciones, al tiempo que adoptaba una actitud de elitismo académico.¹¹⁶ Dube, en la Introducción a *Pasados Postcoloniales*, confirma la integración de los “Estudios Subalternos” dentro de una estrategia argumentativa que se apoya mucho más en el análisis discursivo y de las representaciones:

Estos nuevos énfasis son propios de estos tiempos. Señalan y promueven un proceso más amplio de cuestionamiento que está en marcha en los medios académicos, que involucra críticas a esquemas teleológicos, narraciones maestras e historias fundacionales que a menudo siguen articuladas por las complejas herencias de la expansión europea (colonial) y las genealogías amalgamadas de la dominación (epistémica) de Occidente. La base de tal interrogación descansa en dos tendencias traslapadas, en particular desde mediados de los años ochenta. En primer lugar, la producción de agudos análisis de las construcciones espaciales, categóricas y políticas de lo no occidental debidas a los proyectos imperiales occidentales, hechas al calor de la marcha de la modernidad, análisis que articulan un desafío más amplio a los cánones eurocéntricos dentro de los medios académicos. En segundo lugar, la vuelta a la teoría crítica dentro de las humanidades que ha tomado la forma de intensos encuentros con la filosofía continental —alguna vez terrenos exclusivos de los departamentos de literatura europea en la academia anglosajona— en los campos de la crítica literaria y los estudios culturales y las disciplinas de la historia y la antropología. Juntos, elaborando un clima más amplio de multiculturalismo, estos desarrollos estrechamente relacionados apuntalan el surgimiento reciente de amplias variedades de escritura y crítica poscolonial en la academia, en contextos tanto occidentales como no occidentales.¹¹⁷

En cuanto al análisis de las representaciones y del lenguaje, hemos visto cómo corresponde a un tipo de trabajo que no se ocupa de la reconstrucción de hechos históricos, sino del análisis de otras interpretaciones; lo que resulta en obras de naturaleza fundamentalmente teórica. A este grupo corresponden los trabajos relacionados con el Postcolonialismo, que ya comentamos, y con el

¹¹⁶ J. Fontana, 2002 pp.173-175.

¹¹⁷ Dube, p.34.

Giro Lingüístico. Este último se inició en Estados Unidos, también por los años sesenta.¹¹⁸

Ahora bien, el hecho de que la producción historiográfica afiliada a estas tendencias sea escasa y posea profundas contradicciones, no significa que sea irrelevante. Hasta el mordaz Josep Fontana, firme anti postmoderno, reconoce que el “Giro” fue importante para desarrollar una conciencia crítica en los historiadores, de manera que la lectura del pasado sea menos inocente; pero sus fundamentos también son útiles para analizar los “discursos legitimadores”, empezando por la propia historiografía¹¹⁹.

Entonces ¿por qué una posición que podría ser tan revolucionaria, se convierte en pilar del poder establecido? Es posible comprender cómo un extremo agnosticismo lleve a la parálisis: si no hay posibilidad de encontrar certezas, tampoco hay forma de saber qué es lo correcto, así que dará lo mismo qué se diga o qué se haga.

Estos nuevos enfoques tuvieron un impacto en México evidente. El viraje hacia la Historia Cultural puede constatarse, por ejemplo, en los seminarios de investigación de varios centros académicos. Puede detectarse también un cierto enfoque multiculturalista que atraviesa el Revisionismo de los años setenta, que se expresa en el Regionalismo con en el abandono de las visiones

¹¹⁸Haiden White es el autor más representativo del análisis textual del Giro Lingüístico. Su teoría “tropológica” combina elementos literarios e históricos; propone la existencia de una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa, que al margen de los datos que contenga, tiene un componente profundo poético y lingüístico, “infraestructura metahistórica”, que integra el paradigma precriticamente aceptado de la interpretación. Esto implica que el historiador selecciona información, no por la congruencia con los hechos verificables, sino con la de la interpretación que quiere construir. Ver: H. White, *El contenido de la forma*, Paidós, México, 194-219.

¹¹⁹J. Fontana, 2002, pp.138, 139.

nacionales y centralistas. La epistemología postmoderna propiamente hablando no ha tenido una difusión tan clara, pero sí puede verse una amplia aceptación sobre la relatividad en el conocimiento histórico.

Capítulo III México al final del siglo XX

Este capítulo se propone reconstruir un panorama general de la época contemporánea, dentro y fuera de México. Esto es necesario porque se relaciona con las condiciones de producción historiográfica de finales del siglo XX, pero también responde al interés de reflexionar sobre los problemas actuales y el lugar de los historiadores con respecto a ellos.

1. El 68 en México: la crisis y sus repercusiones en las políticas culturales

Al interpretar los acontecimientos de fin de siglo, es imposible pasar por alto la crisis política, social y cultural de finales de los años sesenta, del siglo XX, sintetizada en el movimiento estudiantil de 1968, el cual tuvo consecuencias significativas a mediano plazo en varios ámbitos. A continuación revisaremos los hechos más relevantes y sus repercusiones en el caso mexicano.

El partido de gobierno formado tras la Revolución Mexicana logró crear una organización corporativa que permitió integrar las principales fuerzas emanadas del movimiento armado (líderes campesinos, dirigentes sindicales y militares, en principio) al proyecto nacional, lo cual les ofreció un espacio de participación política. Esto permitió reducir los brotes de descontento al mínimo y controlarlos oportunamente una vez que aparecían, de modo que no se convirtieran en movimientos insurgentes. La única época de estabilidad en la vida independiente de México previa al PRI, había sido el Porfiriato, y no había tenido un buen final. Esto se dice en pocas palabras, pero no es un asunto menor, y cabe pensar que la sociedad en general lo valoraba como un elemento positivo de aquel gobierno, especialmente mientras aún vivían quienes pudieran recordar la Revolución Mexicana con todo y su millón de muertos. Sin embargo, las promesas revolucionarias fueron posponiéndose

una tras otra: democracia política, justicia social y desarrollo económico, hasta llegar al día en que dejó de hablarse de ellas. Paralelamente, fueron apareciendo grupos que no habían sido considerados en la estructura corporativa.¹²⁰

El período enmarcado entre la segunda mitad de la década de 1930 y la primera de 1970 se conoce en la historiografía como el “milagro mexicano”. No es un título por completo injustificado; veamos el motivo en términos generales. En esos años la población se triplicó, pasó de poco más de 17 millones de habitantes a cerca de 50 millones, lo cual puso mucha presión sobre los recursos (espacio, empleos, servicios, etc). No obstante, el Producto Interno Bruto (PIB, Suma de todos los bienes y servicios que genera un país) creció a un ritmo anual de entre 3% y 6%. La pobreza se redujo, y se creó una clase media amplia y con buena capacidad de compra. Se estableció un modelo económico proteccionista, donde se restringía la importación de los bienes que se producían aquí para estimular la compra de los productos nacionales. Se favoreció la industrialización; aunque no se logró alcanzar la fabricación de bienes de producción, sólo de consumo, y México permaneció tecnológicamente rezagado. Se llevó a cabo la reforma agraria para repartir tierras entre los campesinos; sin embargo, no se apoyó integralmente el desarrollo agrícola, de manera que el sector decayó a mediano plazo. Se logró un alcance masivo, aunque no universal, de la educación pública a todos los niveles y de la seguridad social para los trabajadores y sus familias. Se mejoraron las comunicaciones electrónicas, y se impulsó el turismo nacional e internacional. Por otra parte, no se conservaron las líneas ferroviarias, las ciudades crecieron rápida y desordenadamente, y se consolidó una elite política y empresarial que acaparaba la mayor parte de la riqueza. Así, hubo importantes beneficios para gran parte de la población, pero existían problemas profundos relacionados con el autoritarismo, la búsqueda de beneficios

¹²⁰ El proceso de construcción del sistema corporativo del PRI y el abandono de las promesas revolucionarias es desglosado de forma brillante en: L. Meyer, *La segunda muerte de la Revolución mexicana*, Cal y Arena, México, 1992.

personales de la elite y la necesidad de sofocar las expresiones disidentes para mantener el orden.

Se trató de un proceso gradual, pero las protestas obreras desde los años treinta y hasta los cincuenta y los conflictos estudiantiles de los sesenta y sobre todo el continuo abuso de la coerción por vías no institucionales de parte del gobierno, nos hablan de que el sistema priista sí funcionaba, pero no con la sutil eficiencia que parece a primera vista. Las protestas estudiantiles del 68 y la matanza del 2 de octubre constituyeron el punto culminante de una época de confrontación entre la sociedad y el gobierno; pero también fue el punto de partida de una nueva estrategia de control. Al mismo tiempo, más allá de las fronteras se multiplicaban las amenazas contra la estabilidad del régimen mexicano. De hecho, si los jóvenes se consideraron con derecho a protestar públicamente contra el gobierno, también fue por los cambios culturales representados por la liberación femenina, el rechazo de la Guerra de Vietnam, el reconocimiento de igualdad de los grupos minoritarios o la resonancia de la Revolución Cubana que enfrentó el dominio estadounidense; y la premura del gobierno por imponer orden puede relacionarse con la Guerra Fría, el clima anticomunista y los múltiples golpes de Estado en América Latina. Si no se entiende la magnitud de esta crisis cultural, social y política, tampoco se puede comprender lo que siguió, por eso es necesario revisar los puntos más importantes.¹²¹

Frente a los procesos del siglo XX, 1968 fue una coyuntura en donde los jóvenes expresan en voz alta su desacuerdo con lo establecido y, más importante aún, se muestran dispuestos a sostener su posición. Pero además el movimiento trasciende porque expresa el malestar de una clase media urbana formada por profesionistas, burócratas y pequeños comerciantes, aquellos capaces de dar a los hijos educación universitaria. Este sector de alguna manera ha recibido los beneficios sociales, aunque limitados, de la modernización posterior a la Segunda Guerra Mundial; pero carece de

¹²¹Una buena crónica de las manifestaciones de descontento popular en esos años puede verse en: Elena Poniatowska, *Fuerte es el silencio*, Era, México, 1968, pp. 34-77.

espacios para la participación política al margen del control gubernamental y del Partido de Estado, el PRI. Al respecto Soledad Loaeza escribió:

1968 es una ruptura con el pasado porque significó el ingreso a la vida política independiente y con plenos derechos de las clases medias que hasta entonces habían jugado un papel meramente pasivo, de símbolos de la modernidad y que después de aquella fecha accedieron al liderazgo político que desde entonces se disputan con el Estado.¹²²

Los estudiantes en 68 no tenían claras demandas en torno a un proyecto de nación alternativo o un Estado de corte socialista; más bien hubo un reclamo de “libertad” que cuestionaba el estado de cosas y exigía explorar otras posibilidades, principalmente de organización social y de participación política. Es cierto que el pensamiento marxista tenía mayor influencia en las universidades y en el ámbito académico, y surgieron nuevas ideas que fundamentaron desde las ciencias sociales y las humanidades una crítica al capitalismo y el pensamiento conservador y autoritario de los grupos con poder económico. En este ambiente los jóvenes se identificaron con los llamados a la oposición y a una rebeldía general. No obstante pocos eran militantes activos de organizaciones políticas de izquierda, como el Partido Comunista Mexicano (creado en 1919 y extinguido en 1981). Esto significa que en realidad era poco probable que representaran una amenaza efectiva al régimen vigente. Sin embargo, es de todos conocida la extrema violencia que el gobierno exhibió. Y fue la reacción gubernamental lo que desencadenó una ruptura en el orden existente y la necesidad de establecer uno nuevo.¹²³

El movimiento estudiantil de 1968 puede verse como la culminación de los desajustes en el régimen postrevolucionario, y la evidencia más clara de la

¹²²S. Loaeza, 1990, p. 536.

¹²³ Existen muchos trabajos que dan cuenta de los acontecimientos de 1968. Pueden consultarse al respecto, entre otros: V. Leñero, *Los periodistas*, Joaquín Mortiz, México, 1994. / S. Zermeño, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI, México, 1978.

incomprensión del gobierno hacia la sociedad; aunque en el fondo es parte de una serie de conflictos análogos, según Lorenzo Méyer:

La poderosa presidencia de la posrevolución mexicana tuvo su primer gran tropiezo dramático en 1968, cuando no encontró mejor forma de responder a la exigencia de democracia planteada por un sector de la clase media, que la matanza del 2 de octubre de ese año y la del 10 de junio de 1971.¹²⁴

El gobierno mexicano con el desarrollo capitalista, el crecimiento de las ciudades y el impulso de las comunicaciones y de la educación pública masiva, dio lugar a dos fenómenos: la profundización de la desigualdad, y una elevada conciencia de ello; el problema era que no estaba preparado para ninguno de los dos, en especial para el segundo, hubo revueltas sociales y la represión fue la consecuencia lógica.¹²⁵

Otra visión sobre las causas de la crisis, más complementaria que contradictoria, plantea que el movimiento estudiantil fue la respuesta de la clase media urbana, instruida y económicamente fuerte, ante la falta de capacidad para decidir sobre los problemas que la involucraban. Es decir, que este sector, al percatarse de la irrealidad de la democracia mexicana buscaba espacios genuinos de participación política; dicho de otro modo, requería una forma efectiva de intervenir en las decisiones de interés público, porque el sistema político vigente no la proporcionaba. 1968 representa una ruptura con el pasado, porque marcó el ingreso, activo y con plenos derechos de las clases medias a la vida política, que hasta entonces habían sido pasivas.¹²⁶

Hasta aquí, las interpretaciones sobre el origen del movimiento estudiantil coinciden en verlo como una crisis del proceso de “modernización”. Pero cuando se analiza la crisis desde la perspectiva de las instituciones de la autoridad, la ruptura fue a la vez, el inicio del reformismo y el fin de la

¹²⁴L. Meyer, 1995, p.27.

¹²⁵L. Aboites Aguilar, 2004, pp.280-300.

¹²⁶, S. Loaeza, 1990, pp. 529-539 / C. Vadillo, 2006, pp.174-175.

impunidad gubernamental. La sociedad mexicana se había caracterizado por una clara pasividad, tal vez por el recuerdo de la violencia de la Revolución, o porque la no participación se asumía como el costo de la estabilidad. En este sentido, con el movimiento estudiantil de 1968, terminó una etapa de la vida política mexicana. El cambio se expresa en el desmantelamiento progresivo de un régimen que garantizaba el ejercicio impune del poder. Y, mucho más importante, el fin del monopolio estatal sobre la organización política. Lo cual no significa que estos espacios de participación política hayan sido abiertos realmente a la sociedad; pero las formas sí cambiaron.

La reacción violenta de Díaz Ordaz ante el movimiento estudiantil puede explicarse, no tanto como un anticomunismo básico, sino como el rechazo de cualquier limitación a la autonomía del Estado. Este concepto define al Estado como el único representante de los intereses colectivos, situado por encima de todo gremio. Es decir, el Estado se ocupa de salvaguardar los intereses de la mayoría. Los estudiantes son vistos como un grupo con intereses particulares, incompatibles con el bienestar común. Sin embargo, en su informe de gobierno de 1969, Díaz Ordaz se esfuerza en justificar las decisiones del año anterior: si el Estado es autónomo y sólo actúa por el bien común, ¿cuál es la necesidad de justificarse? Este gesto implica el reconocimiento del peso de la “opinión pública”, en contraste con la naturaleza autoritaria del argumento justificador tejido sobre la idea de un Estado autónomo que se ha negado a ceder a las inadmisibles presiones de un pequeño grupo social.¹²⁷

El movimiento estudiantil de 1968 evidenció un profundo distanciamiento entre el gobierno y la sociedad, pero la matanza del dos de octubre generó una ruptura que para algunos sectores resultó definitiva. Gran parte de la sociedad desarrolló un profundo resentimiento a partir de aquel suceso. Más adelante veremos qué influencia tuvo esto en la historiografía. El régimen fue consciente

¹²⁷El sistema político mexicano se basaba en un partido oficial, que, de acuerdo con la tradición fundada por Plutarco Elías Calles, era el único medio de expresión y participación política, al tiempo que se atribuía la facultad de regular las relaciones sociales. La autonomía del Estado significa que éste, por medio de sus mecanismos regulatorios, podría intervenir en cualquier asunto, pero organizaciones con poder paralelo al suyo no podrían imponerle sus intereses particulares, en teoría. Ver: S. Loaeza, 1990, pp.533-537.

y emprendió una serie de medidas para resarcir el daño, ya fuera por culpa, o porque pensó que una sociedad resentida podría ser peligrosa.

Lo mejor del régimen priísta desde Lázaro Cárdenas hasta Gustavo Díaz Ordaz, fue un grado razonable de estabilidad política y desarrollo económico mal distribuido, pero constante.¹²⁸ Más adelante profundizaremos en las razones del colapso económico posterior, lo importante en este punto son las medidas adoptadas por el régimen para recuperar la estabilidad política. Cuando Echeverría obtiene la presidencia, el modelo político y económico responsable de estos beneficios se había vuelto inoperante: la estabilidad había dejado de existir, o al menos había dejado de ser evidente; y para que el régimen siguiera en pie era indispensable restaurarla. Echeverría concentró gran parte de sus esfuerzos en conseguirlo.

El objetivo del gobierno de Luis Echeverría a este respecto, fue la reconquista del sector intelectual, el principal ofendido por la violencia del 68; esto motivó la mayoría de sus políticas culturales. Hizo grandes concesiones a los críticos del régimen que quisieran aliarse con él: aumentó los subsidios federales para las universidades públicas del 23.5% en 1970, al 52.4% en 1976, aunque el dinero se concentró en las instituciones de la Ciudad de México, y apenas compensaba la inflación. Creó nuevos centros de educación superior, como la Universidad Autónoma Metropolitana en 1974; también el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) en diciembre de 1970, con el fin de promover la investigación en universidades públicas y privadas, llevar a cabo un programa nacional de becas y de intercambio con otros países, y publicar los resultados de las investigaciones en ciencia y tecnología hechas por mexicanos y extranjeros residentes en el país. Además de esto, se autorizaron financiamientos extraordinarios para proyectos especiales de investigación en las instituciones ya existentes.¹²⁹

¹²⁸ Cotéjese: L. Aboites, 2004, pp.280-300 / L. Meyer, 1992, pp.85-90.

¹²⁹ F. Escalante, 2010, p.339. / L. Meyer, 2004, pp.881-945./ Claudio Vadillo, 2006, p.186.

También se tomaron algunas medidas para favorecer las Instituciones de estudio e investigación, que fueron continuadas en las administraciones siguientes, aunque no con el mismo vigor. Los historiadores fueron beneficiados con la apertura y reestructuración de numerosos archivos; empezando por el Archivo General de la Nación, instalado en su ubicación actual en 1979; además de archivos estatales, municipales y archivos históricos de dependencias de gobierno, abiertos o ampliados entre 1975 y 1985; también se creó la Hemeroteca Nacional en 1986. Fue relevante la fundación del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), en 1984, el cual, a fines del año siguiente contaba con 2242 entre investigadores nacionales y candidatos, distribuidos en todo el país; se fundó como un mecanismo de apoyo financiero y de estímulo a la investigación científica, proporciona fondos a los investigadores de acuerdo con su grado y productividad.¹³⁰

En el aspecto político, el gobierno de Echeverría procuró integrar a los disidentes. Hubo amnistías para algunos presos políticos; se promovieron reformas electorales para el acceso de los partidos minoritarios al Congreso Legislativo a través del sistema de representación proporcional; al tiempo que se reprimió todo movimiento social que no quisiera colaborar con el régimen, en general por medio de grupos paramilitares. Sin embargo, las reformas de Echeverría se enfocaron principalmente en satisfacer las demandas de la clase media; la evidencia más clara es el privilegio de la educación pública superior, por encima de la educación básica.¹³¹

En síntesis, las reformas políticas y culturales posteriores a la crisis de 1968 se encaminaron a restaurar la estabilidad social. Mientras el hecho fue reciente y el sector afectado parecía peligroso, el régimen se concentró en tranquilizarlo;

¹³⁰ C. Vadillo, 2006, pp.28, 29, 186.

¹³¹ L. Meyer, 2004, pp.881-945. Un análisis profundo de las reformas electorales de este periodo, sus causas y sus consecuencias puede verse en: J. Peschard, 2010, pp.361-373.

después se ocupó de atender las causas más profundas de la crisis. Se crearon formas de participación independiente, a través de partidos políticos, centros de enseñanza superior y medios de comunicación. En otras palabras, en los años setenta y ochenta aparecen organismos de representación y participación que parecían accesibles a la sociedad en general. Y sobre todo, se fortaleció la opinión pública, que, al menos en un nivel de discurso, ha logrado acotar la actuación del Estado. Este reformismo no afectó al Partido Revolucionario Institucional, que conservó su estructura autoritaria; aunque se abrieron espacios en la administración pública para los jóvenes. De acuerdo con Soledad Loaeza, la idea era cambiar las personas para dejar intactas las estructuras.¹³²

2. La era del Capitalismo Flexible: un contexto internacional

Hacia finales de la década de 1970 comenzó a difundirse alrededor del mundo, un nuevo modelo económico conocido como Neoliberalismo, Capitalismo Global o Capitalismo Flexible. Aquí se utiliza esta última forma porque describe de manera gráfica la dinámica económica que han desplegado las grandes empresas transnacionales, basada en la posibilidad de mover capitales y productos de un país a otro en muy poco tiempo, y prácticamente sin restricciones. Fue a partir de este modelo que se estructuraron las políticas económicas internacionales en las décadas siguientes, y es el que nos rige en este momento. Veremos sus principales características en este apartado.

El Capitalismo Flexible se distingue en muchos aspectos del modelo capitalista industrial de la postguerra. Las tres décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial tienden a ser consideradas como un período de expansión económica a nivel global. Muchas regiones del mundo experimentaron conflictos, destrucción y miseria; pero otras, incluyendo algunos países

¹³²S. Loaeza, 1990, pp. 536-538.

latinoamericanos, lograron un crecimiento en su PIB en una proporción mayor al índice de crecimiento demográfico. En términos reales, lo anterior significó un efectivo incremento en el ingreso mediano de la población; lo cual permitió un mejor nivel de vida y mayor capacidad de consumo.¹³³

Sin embargo, desde mediados de los años setenta, esta expansión económica sostenida ha enfrentado una crisis generalizada. A finales de los años setenta comenzó a consolidarse una nueva estructura empresarial, que sería la base del Capitalismo flexible o Neoliberalismo. Las nuevas tecnologías de información y comunicación electrónica, concretamente las computadoras y el internet, permitieron una movilidad de los capitales y de la fuerza laboral nunca antes vista.

Las empresas adoptaron una nueva forma de funcionar. Perdieron su estructura jerarquizada y se convirtieron en multinacionales flexibles; es decir, que aún cuando los principales inversionistas sean originarios de determinado país y residan en él, existen otros inversionistas que pueden estar en cualquier parte. Las empresas de este tipo también pueden ofrecer sus productos o servicios en varios países. También son capaces de ubicar el trabajo técnico y administrativo, y la producción en cualquier lugar del mundo donde resultaran menos costosos; a esta práctica se le conoce como outsourcing. El ahorro puede venir de ventajas fiscales por reducción de impuestos o por una normatividad laboral conveniente, donde no hay salario mínimo o es muy bajo, donde no se requiere pagar prestaciones (seguro médico, pensión de retiro, vacaciones, etc.) y donde es fácil despedir a los empleados sin pagar liquidación. En los países desarrollados, con sus garantías sociales de Estado de bienestar, como Estados Unidos, esto elevó el desempleo. En otros menos desarrollados, como China y la India, se aprovechó la posibilidad de captar

¹³³ Cotéjese: J. Suárez, 2011, pp.34, 35/ L. Meyer, 2004, pp.889-899 / L. Meyer, 1992, p.8.

capitales con la oferta de mano de obra barata, que no necesariamente elevaron el nivel de vida.¹³⁴

La pérdida de la seguridad laboral es una tendencia más o menos explícita en la gran mayoría de los países, sin importar su nivel de desarrollo económico; y se deriva de la implacable competencia por los empleos, abierta literalmente a todo el mundo. La ruta normal hacia el ascenso casi ha desaparecido, los trabajadores lo consiguen a través de la movilidad horizontal entre empresas; ya no se crea antigüedad, pero tampoco importa mucho porque se han ido eliminando las prestaciones que venían con ésta. Ante tales condiciones, los trabajos temporales, el autoempleo y el aprovechamiento de mano de obra gratuita bajo el pretexto de los programas de formación o capacitación, se volvieron las únicas alternativas del mercado laboral, con ventaja de los empresarios, pero perjuicio de los trabajadores.¹³⁵

El desarrollo capitalista de postguerra (1946-1976) se hizo cada vez más dependiente de los avances científicos y tecnológicos, lo cual requería mano de obra más preparada; de manera que en los países más desarrollados se expandió el sistema educativo superior para satisfacer esta necesidad. Los jóvenes universitarios eran más que los no universitarios en las décadas de los cincuenta y sesenta. Al mismo tiempo, las condiciones económicas hacían que quienes estudiaran una carrera pudieran aspirar con bastante certeza, a una movilidad social hacia arriba. Pero a partir de los años ochenta, la falta de seguridad laboral se convirtió en la realidad cotidiana, incluso para los sectores con altos niveles educativos.¹³⁶

La pérdida de la seguridad laboral y la reducción de las prestaciones se han acompañado de cierta reducción en la generación de riqueza, y sobre todo, de

¹³⁴ J. Suárez, 2011, pp.77-79.

¹³⁵ W. Sewell, 2011, p.99.

¹³⁶ W. Sewell, 2011, p.99.

una clara profundización de la desigualdad social. En Estados Unidos, por ejemplo, el ingreso promedio siguió aumentando durante los últimos treinta años, pero la mayor parte del crecimiento económico (58 centavos de cada dólar) fue a parar al 1% más rico de la población; en 1976 este 1% recibía el 8.9% de los ingresos totales anuales, ya bastante desproporcionado, pero para 2007 concentraba el 23%. En México en el año 2000 existían menos de veinte familias con fortunas superiores a los 1000 millones de dólares, pero el 40% de la población sólo recibía el 10% de los ingresos totales.¹³⁷

Es importante la distinción entre los conceptos de ingreso mediano e ingreso promedio: el primero se refiere a lo que gana el sector que se encuentra a la mitad entre el más alto y el más bajo; mientras que el promedio suma todos los ingresos y luego divide el total entre el número de habitantes. En el primer caso, la determinación del índice de ingreso mediano no se vería afectada por una gran acumulación de riqueza en los sectores altos; a diferencia del índice de ingreso promedio, que puede ser engañoso al asumir que una población se enriquece en términos generales, cuando es sólo un sector el que lo hace.¹³⁸

Si se considera la inflación, en el caso estadounidense, subió el ingreso promedio, pero no el mediano. Esto causó la disminución del poder adquisitivo de la mayoría de la gente. No obstante, para el sistema económico vigente (entonces y hoy) es indispensable que la población mantenga su capacidad de compra. Parte de la caída relativa del ingreso se compensó con la entrada masiva de las mujeres al mundo laboral durante los años setenta, que permitió el doble ingreso y menos hijos, en la mayor parte de las familias; aunque se recurrió también a un alto nivel de endeudamiento.¹³⁹

¹³⁷ J. Suárez, 2011, p.16.

¹³⁸ J. Suárez, 2011, p.34.

¹³⁹ L. Suárez, 2011, p.30, 35.

En los países menos desarrollados, como México, la disminución de la riqueza fue mucho más evidente. Después de mantener un crecimiento económico de en promedio 6% anual, entre 1946 y 1976, para 1982 el país se declaró en bancarrota, incapaz de pagar su deuda externa; y a partir de ese momento, el crecimiento fue negativo, el PIB se contrajo en promedio 0.8% anual entre 1983 y 1999. Se calcula que el salario mínimo mexicano ha perdido más de un 80% de su poder de compra desde 1982 hasta mediados de la década pasada. También se aumentó el desempleo y los empleos informales (por no decir ilegales).¹⁴⁰

Hay más, quienes se sorprenden y preocupan por esta realidad, son tachados de perezosos y arcaizantes, porque no se dan cuenta de que el Estado de bienestar nunca fue viable, que eso de proteger el trabajo reduce la productividad, que pagar pensiones de retiro estaba bien cuando la esperanza de vida era de 63 años, pero ahora que es de 78, pues ya no alcanza. El nuevo ideal neoliberal exalta valores como la “responsabilidad personal”, el “espíritu empresarial”, la competitividad, la productividad, la privatización, la liberalización y la globalización. Para los adeptos a este sistema, la razón de que haya desempleo, inestabilidad y crisis, es que las reformas políticas encaminadas a flexibilizar la economía, no se hacen lo bastante rápida y profundamente; y no consideran el hecho de que el sistema económico descansa, cada vez en mayor medida, en la acaparación de dinero virtual por parte de una minúscula oligarquía.¹⁴¹

Ahora bien, el Capitalismo Flexible nació y comenzó a implementarse en un mundo que aún se encontraba dentro de un régimen bipolar, con una parte siguiendo los lineamientos capitalistas que partían desde Estados Unidos, pero

¹⁴⁰ Cotéjese: L. Aboites, 2004, pp.280-300 / C. Elizondo, 2010, p.161. / L. Meyer, 1992, pp.85-90.

¹⁴¹ Jorge Suárez Vélez ofrece con su libro *La próxima gran caída de la economía mundial*, 2011, un buen ejemplo de esta visión, con frases como: “Tenemos que entender, de una vez por todas, que mientras más difícil hagamos los procesos para despedir trabajadores, será menos probable que se les contrate y la economía informal seguirá creciendo”. P.253.

otra adscrita al socialismo del sistema soviético. Dicho de otro modo, el entorno necesario para la operación de las grandes transnacionales, con políticas de libre comercio y desregulación de las operaciones mercantiles y de las garantías laborales, no existía en una importante fracción del planeta. En el Socialismo el único propietario verdadero de todo es el Estado, y la planificación económica es su ideal, que es exactamente lo contrario a los ideales liberales. Durante casi toda la Guerra Fría, el bloque socialista ejerció cierto contrapeso a la expansión del Capitalismo, por dos razones: la URSS era una potencia militar equiparable con Estados Unidos; pero aún más importante, la coexistencia de dos modelos distintos, demostraba que podía haber más de una forma de organizar las sociedades.¹⁴²

No obstante, a principios de los años ochenta ya se había marcado una distancia entre el poder económico del bloque capitalista y el del comunista. Aún cuando los soviéticos tenían una sorprendente capacidad industrial, se habían enfocado en el desarrollo armamentístico; técnicamente, el Estado producía y se compraba a sí mismo, pagaba los salarios de los trabajadores y les vendía casi todo lo que necesitaban. Con el tiempo, este sistema económico centralizado y planificado, dificultó la inversión en nuevas tecnologías y limitó el crecimiento. Por su parte, los capitalistas, Estados Unidos en particular (aunque no era el único) desarrollaron tecnología de vida cotidiana a partir de los avances en el sector militar; las empresas producían una gran variedad de adminículos para el consumo de la población, que compraba a crédito todo lo que podía; de forma que había más circulación monetaria, más inversión, más productos, más consumo, y el círculo continuaba. De esta forma, a pesar del genuino deterioro en los ingresos de la mayoría de la gente y el aumento de la desigualdad, el sistema económico capitalista continuaba, y continúa, funcionando.

¹⁴² Para un excelente estudio de la Guerra Fría y de la reorganización del mundo a partir de 1991, Ver: P. Kennedy, 1994, pp.618-760.

Por 1987, el presidente de la URSS, Mijaíl Gorbachov inició un conjunto de reformas económicas para modernizar el sistema socialista. El gobierno había controlado rígidamente todos los sectores económicos, ahora buscaba que cada uno se administrara a sí mismo; que las empresas, aún siendo de propiedad estatal, tomaran decisiones por su cuenta; y se abrió la posibilidad de empresas privadas. También se desregularon los salarios y los precios para fomentar el crecimiento de las empresas. Se permitió, incluso se fomentó la inversión de capital extranjero. En resumen, se adoptaron medidas de corte capitalista liberal. Las reformas, conocidas en su conjunto con el término ruso de Perestroika, trajeron una reducción inmediata del nivel de vida de los trabajadores y una polarización en la riqueza, según qué actividad se desempeñara y dónde se habitara: las regiones pobres se empobrecieron cada vez más, y un 20% de la población más rica recibía el 50% de los ingresos. Esta situación generó inestabilidad social dentro de la URSS.

Al mismo tiempo, Gorbachov inició una apertura democrática, dio mayor libertad de expresión y permitió la participación política de los grupos opositores. Se reconocieron los derechos humanos (individuales) lo que terminaba con el sistema marxista que había privilegiado oficialmente a la comunidad sobre el individuo. La política exterior de la URSS también cambió: ya no estaba tan interesada en fomentar el desarrollo de los países socialistas más pobres. También se inició un movimiento de desarme y de conciliación con el mundo capitalista. Estas medidas dejaron descontentos a todos, tanto a los reformistas que pensaban que no se aplicaban lo bastante rápido como a los socialistas que no querían cambiar el sistema.

En 1989 fue derribado el Muro de Berlín, símbolo de la separación bipolar del mundo. Poco después, a fines de 1991 hubo un golpe de Estado contra Gorbachov, y aunque fracasó, el presidente renunció tres días después. Entonces, varias repúblicas de Europa del Este que formaban parte de la Unión Soviética, declararon su independencia. La URSS se disolvió el 25 de diciembre de 1991. El sucesor de Gorbachov, Boris Yeltsin se convirtió en

presidente de la Federación Rusa, donde se adoptó el Capitalismo neoliberal desde entonces. De esta manera, el Socialismo Real quedó casi extinto; aún cuando unos pocos países como Cuba, China y Corea del Norte, conservaron este modelo con diferencias locales, no representaban un contrapeso efectivo a la expansión capitalista. Más aún, la caída de la URSS pareció demostrar, al menos por un momento, que el sistema capitalista siempre había sido superior, que era el único viable a largo plazo y que todos aquellos que dudaban de él estaban en un error. En los apartados siguientes consideraremos las repercusiones de este entorno sobre la política, la economía y la cultura en México, y en última instancia, sobre la producción historiográfica.

3. La crisis económica mexicana y las nuevas condiciones políticas: 1970-2000

En este contexto, podemos considerar factores internos y externos que llevaron al colapso del sistema económico mexicano proteccionista basado en la sustitución de importaciones en los años setenta, y la adopción del modelo neoliberal en los ochenta y noventa.

En primer lugar, la producción agropecuaria de México había decaído constantemente desde los años cuarenta; para los setenta, la importación de productos básicos ya provocaba un grave déficit en la balanza comercial; no es que éste fuera nuevo, pero nunca había sido tan alto. Al mismo tiempo quedó claro que el modelo de industrialización basado en el cierre de las fronteras a los productos importados para fomentar los propios, no había sido exitoso: la industria no había logrado desarrollarse lo suficiente, sólo generaba bienes de consumo pero no de capital, así que seguía dependiendo de la importación de tecnología, la cual era costosa y obsoleta comparada con la utilizada en los

países desarrollados; esto se reflejaba en la baja calidad y alto precio de los productos nacionales.¹⁴³

La dependencia de las importaciones de productos básicos agravada en el sexenio de Echeverría (1970-1976), junto con una baja rentabilidad en el sector industrial, dieron como resultado una caída en el ahorro interno y en la recaudación fiscal; es decir, en los principales medios que tiene un gobierno para financiarse; así que se recurrió a la contratación de deuda externa para sostener e incluso aumentar el gasto público.

Paralelamente, Echeverría tuvo un choque frontal con los grandes empresarios por un intento de subir los impuestos a los grupos de ingresos altos. El sector privado respondió con una fuga de capitales; en consecuencia se dio un aumento notable del déficit en el intercambio con el exterior; la deuda externa siguió creciendo; y en septiembre de 1976 ocurrió una devaluación del 40%, la primera desde 1954.¹⁴⁴

El gobierno de José López Portillo (1976-1982) enfrentó estos problemas con dos instrumentos: la exportación de petróleo y la deuda externa. La lógica era teóricamente correcta, pero las circunstancias jugaron en su contra. Recientemente se habían descubierto yacimientos enormes; México nadaba en petróleo, el petróleo había multiplicado sus precios a nivel internacional, se necesitaba dinero para sacarlo, las tasas de interés del FMI eran accesibles, endeudarse para invertir en la industria petrolera resultaba más que sensato. Pero todo salió mal: primero los precios del petróleo cayeron en picada desde mediados de 1981, al mismo tiempo que se elevaban las tasas de interés; al haber cada vez menos ingresos y más gastos por la deuda, las finanzas públicas mexicanas quebraron, y a mediados de 1982 se declaró la suspensión de pagos a los acreedores extranjeros, y poco después se nacionalizó la banca. El cuadro se completó con el pánico de los especuladores y de los

¹⁴³ L. Meyer, 2004, p.896.

¹⁴⁴ L. Meyer, 2004, p.897.

ahorradores que cambiaron su dinero a dólares y lo sacaron del país, esto elevó el precio del dólar de 26 a 70 pesos. Para reestructurar la deuda, el gobierno mexicano debió implementar una política de administración impuesta por el Fondo Monetario Internacional durante el sexenio siguiente; entonces se pasó del ideal de un Estado de bienestar al de un Estado ligero¹⁴⁵, con el menor nivel de gasto posible.¹⁴⁶

Tras la quiebra de la economía mexicana, Miguel de la Madrid (1982-1988) abandonó el sistema de sustitución de importaciones e implementó todas las indicaciones internacionales enfocadas a la apertura de México al mercado mundial: redujo el gasto corriente del gobierno y comenzó la venta de cientos de empresas paraestatales. El gobierno de su sucesor, Carlos Salinas (1988-1994) coincidió con la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, cuando se rompió lo que quedaba de la oposición Socialismo-Capitalismo. El modelo capitalista triunfante, encabezado por Estados Unidos e Inglaterra, marcó el camino para los países subdesarrollados; en este sentido, el neoliberalismo aplicado por Salinas ya no era tanto una forma de congraciarse con el FMI, como el de la Madrid, sino lo correcto, justo y necesario para el paso del tercer al primer mundo. Las medidas neoliberales recomendadas por la nueva hegemonía internacional eran la disminución del gasto público, la liberalización del comercio internacional, el impulso a la inversión privada y el respeto a las reglas del mercado, y Salinas cumplió con todo esto. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (en vigor desde 1994), firmado con EUA y Canadá fue el punto culminante del sexenio; por un

¹⁴⁵ En un Estado de Bienestar, independientemente del modelo económico (capitalista o socialista) que se aplique, el gobierno gasta en mejorar el nivel de vida de la población, asume costos de salud y educación, e invierte en obra pública y en empresas de beneficio colectivo, tanto para que la sociedad disfrute de ellas como para generar empleos. El Neoliberalismo exige la no intervención del Estado en la economía, de modo que las empresas deben ser particulares, y la reducción del gasto público, que implica reducir la burocracia y privatizar la mayor cantidad de sectores posible. Un Estado ligero tiene pocos gastos y pocas dependencias.

¹⁴⁶ Con todo, el auge del gasto público en los setentas tuvo ciertos resultados positivos: crecimiento del Producto Interno Bruto mayor al 7% anual, un aumento sostenido de los salarios reales —al menos hasta 1976— y el mayor gasto en salud, educación e infraestructura desde 1929. A decir de los expertos la desigualdad social y regional disminuyó de manera sensible a lo largo de la década. Ver: L. Aboites, 2004, pp. 191, 192. / L. Meyer, 2004, p.899.

momento hasta se pensó que ahora sí México se despediría del atraso y la miseria.¹⁴⁷

Pero la realidad era otra. Las políticas de los presidentes de la Madrid y Salinas tuvieron consecuencias económicas y políticas graves. El desempleo se disparó de manera dramática. La gente tomó opciones como el autoempleo o la emigración. Como la inflación se dio en medio de una política de control salarial, la capacidad de compra cayó un 40% sólo en el sexenio de de la Madrid. Ni siquiera los índices macroeconómicos daban buenas noticias: el Producto Interno Bruto decrecía y la inflación era imparable. Hubo cierta estabilidad en los últimos años del sexenio salinista, pero en diciembre de 1994 se dio un nuevo ciclo de devaluación, inflación y recesión.¹⁴⁸

El desastre económico desencadenado por la quiebra de la economía mexicana en 1982 y la incapacidad gubernamental para detener el ciclo de empobrecimiento de la población, hicieron que muchos pusieran en duda la capacidad del grupo en el poder para administrar el país. Las manifestaciones de descontento llegaron a extremos insólitos, y ya no sólo eran protagonizadas por las masas hambrientas, también por empresarios y gente de clase media urbana y agraria. La oposición política representada por el Partido Acción Nacional despegó como una fuerza amenazante a mediados de los años ochenta. La población comenzó a tomar en serio las elecciones y el PRI fue perdiendo municipios de importancia. Incluso hubo manifestaciones de descontento dentro del grupo en el poder. En 1987 un grupo constituido por algunos de los mejores cuadros del PRI se separó y formó un organismo de oposición (luego el Partido de la Revolución Democrática PRD), que postuló a Cuauhtémoc Cárdenas como candidato a la presidencia el año siguiente, para

¹⁴⁷ L. Meyer, 2004, pp.899-910.

¹⁴⁸ La inflación pasó de 27.93% en 1981 a 57.49% en 1982 y llegó a 125.43% en 1988; para 1989 comenzó a estabilizarse, con 20.32% y subió un poco más el año siguiente, al 26.54%; hacia finales de la década de los noventa se redujeron las tasas a menos de 10%. El crecimiento del PIB por otro lado, fue del 8.8% en 1981 a 0.6% en 1982 y -4.2% en 1983; el PIB mexicano ha mantenido un crecimiento mediocre, incluso negativo, desde entonces. Ver: C. Elizondo, 2010, pp.173-175.

competir con Salinas. El líder sindical de PEMEX, Joaquín Hernández Galicia apoyó la candidatura de Cárdenas, y aunque luego fue castigado, el hecho evidenció una merma en el control corporativo del PRI.¹⁴⁹

En 1988 se dio el primer gran señalamiento de fraude electoral en un proceso federal: la competencia había sido cerrada entre el priista Carlos Salinas, el candidato del PAN Manuel J. Cloutier y Cuauhtémoc Cárdenas postulado por una coalición de partidos de izquierda. Cuando se estaban contando los votos hubo una supuesta falla en el sistema informático. La “caída del sistema” puso en entredicho la legitimidad del triunfo priista, que muchos afirmaban le había sido arrebatado a Cárdenas. Dado que las boletas electorales fueron quemadas poco después sin permitirse un recuento, la verdad no se sabrá nunca, pero en cualquier caso, el sexenio salinista se inició con una sombra de ilegitimidad. Hubo dos reformas electorales en esa administración, propiciadas por la presión que ejercían las fuerzas políticas opositoras. Por un momento parecía que el país estaba entrando a una era de modernidad y apertura política.¹⁵⁰

En eso estábamos cuando se desencadenó una nueva crisis política: se levantó en armas el Ejército Zapatista de Liberación Nacional el 1º de enero de 1994, y Luis Donaldo Colosio, el candidato del PRI a la presidencia fue asesinado el 6 de marzo. Sin embargo, su reemplazo, Ernesto Zedillo triunfó en unas elecciones libres de cuestionamientos; lo cual no se tradujo en un buen comienzo, pues unos días después de tomar posesión explotó otra gran crisis económica. En adelante puede hablarse de un régimen pluripartidista. En 1996 se logró una nueva reforma electoral; en las elecciones del siguiente año se sometió a voto popular por primera vez el cargo de jefe de gobierno del Distrito Federal, y el triunfador fue Cuauhtémoc Cárdenas por el PRD, la recién creada Asamblea Legislativa del D.F. también se formó con mayoría perredista;

¹⁴⁹ L. Aboites, 2004, pp.292-294 / L. Meyer, 2004, pp.899-910.

¹⁵⁰ El cambio en el sistema electoral de esos años más relevante podría ser la creación del Instituto Federal Electoral (IFE) en 1990; organismo en teoría independiente del gobierno, aunque al principio estaba encabezado por el Secretario de Gobernación, y fue sólo hasta 1996 que se independizó por completo. Ver: J. Peschard, 2010, pp.377-382.

el PRI también perdió la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, en favor del PAN y en menor medida del PRD. En el año 2000 las elecciones presidenciales favorecieron a Vicente Fox, empresario convertido en político, al ser postulado por el PAN.¹⁵¹

De esta forma es posible hablar de un proceso de pluralización política efectiva iniciada a mediados de los años ochenta, que siguió una curva ascendente hasta nuestros días. Algunos autores ven en ello la realización de los ideales democráticos mexicanos; personalmente considero que la democracia es mucho más que elecciones limpias, e incluso esto ha sido un logro parcial, no exento de errores profundos. Sin embargo, desde la perspectiva de la democracia electoral, no es trivial que ya no exista un solo grupo a cargo de la administración pública.

Ahora bien, resulta pertinente explorar la relación de estas circunstancias con la producción historiográfica. Recordemos que fue en 1984 cuando se creó el Sistema Nacional de Investigadores. Este organismo se creó para estimular la investigación científica, incluyendo la historia, por medio de incentivos económicos; sus beneficiarios reciben determinada suma de dinero de acuerdo con el nivel que tienen dentro del SNI. Tomemos en cuenta que 1984 era un momento de crisis económica, cuando la disminución general del poder adquisitivo afectaba significativamente a las clases medias, la ubicación socio-económica habitual de los investigadores; consideremos también que las condiciones no han mejorado; entonces, un ingreso suplementario puede ser importante, incluso imprescindible, para permanecer en el ámbito académico, que jamás se ha distinguido por ser el más redituable. Sin embargo, esta institución de apoyo y financiamiento, funciona también para estratificar a los investigadores: quienes logran ingresar no sólo reciben ingresos suplementarios, también obtienen prestigio; el resto debe conformarse, en el mejor de los casos, con el salario de alguna universidad.

¹⁵¹L. Aboites, 2004, pp.292-294 / L. Meyer, 2004, pp.899-910.

¿Qué se necesita para pertenecer al SNI? Desafortunadamente no fue posible acceder a las convocatorias antiguas para observar los cambios en este aspecto; por tal motivo, la información proviene de la convocatoria correspondiente al 2012, abierta entre el 1º de octubre y el 1º de noviembre de ese año. Los criterios de selección varían ligeramente según el área (Ciencias Naturales, Medicina, Ciencias Sociales, etc.), y de acuerdo al nivel al que se aspira. Las Ciencias Sociales y las Humanidades siguen criterios muy parecidos. El SNI toma en cuenta el grado académico: para el nivel de “Candidato a investigador” el aspirante requiere al menos una maestría; para ser “Investigador Nacional nivel 1”, necesita el doctorado o poseer una publicación equiparable o superior a una tesis doctoral, también debe ser investigador independiente; para el “nivel 2” debe ser un investigador consolidado, y debe haber mantenido un ritmo constante de publicaciones en medios internacionales de alto impacto, y sus publicaciones en medios nacionales deberán contar con una calidad y originalidad reconocidas por otros investigadores; para el “nivel 3”, un aspirante debe cumplir con las condiciones del “nivel 2” y contar con amplio reconocimiento internacional.¹⁵²

En todos los casos se valora el número de publicaciones, pero éstas deben aparecer en medios arbitrados, es decir, donde sea necesario pasar por un proceso de selección ejecutado por especialistas en el área; lo cual es propio de las revistas académicas, las editoriales universitarias o las editoriales comerciales de prestigio. También se toma en cuenta la actividad formativa, la dirección de tesis de postgrado y la publicación en coautoría con investigadores jóvenes. Finalmente el SIN aprecia la actividad institucional: las contribuciones al desarrollo institucional académico, la promoción de instancias de cooperación interinstitucional e interdisciplinaria; particularmente la participación en instancias internacionales, y la formación de redes que vinculen al medio académico local con las comunidades académicas

¹⁵² www.sni.org.uy

internacionales y con organismos públicos y privados que participen en el ámbito científico.¹⁵³

Los criterios de selección señalados en esta convocatoria dan una idea del perfil de un historiador profesional óptimo. El SNI valora diferentes tipos de publicaciones, siempre y cuando los medios estén insertos en la comunidad académica; pero no toma en cuenta los trabajos de divulgación, aquellos dirigidos al público en general. Esto significa que el principal organismo de apoyo y evaluación del ámbito científico, propicia el intercambio de ideas dentro de los círculos especializados, pero desalienta el diálogo con el resto de la sociedad; lo desalienta simplemente al no recompensarlo, pues los investigadores darán prioridad a las actividades que sí tienen valor curricular. En mi opinión, este puede ser un factor relevante para que la investigación histórica sería quede fuera del alcance de cualquiera que no habite en la comunidad académica, y por lo tanto, para un alejamiento de los historiadores con respecto a la sociedad.

4. La pluralidad en los medios de comunicación masiva y la proyección pública de los intelectuales

Un factor clave en este proceso fue el cambio en la relación entre medios de comunicación y régimen político. Se trata de un tema relevante para nuestro objetivo, porque los medios de comunicación masiva, la televisión particularmente, se han convertido en una pieza clave de la dinámica social, hoy más que nunca; y es conveniente explorar de qué manera los cambios en ese sector han afectado el vínculo entre los intelectuales (entre los que se cuentan los historiadores) y la sociedad en general. Desde su nacimiento, el régimen postrevolucionario basó su relación con los medios de comunicación en un intercambio de mutua conveniencia, similar a la que sostenía con otras corporaciones (agrupaciones obreras y campesinas, la Iglesia, el ejército, etc.). El gobierno daba apoyo económico a la elite propietaria de los medios de

¹⁵³ www.sni.org.uy

comunicación (sobresueldos o pagos directos a los periodistas, publicidad oficial, subsidio a los insumos, etc.)Y ésta evitaba tocar los asuntos públicos incómodos y proyectaba una imagen positiva del presidente en turno o de los gobernadores en el caso de los medios locales.¹⁵⁴

La disminución de ingresos del gobierno a partir de los años ochenta dificultó que mantuviera la profundidad de sus relaciones corporativas con los medios; en otras palabras, la cantidad de dinero que destinaba a conservar buenas relaciones con los medios disminuyó. Al mismo tiempo, la población preocupada por la crisis económica se hizo más receptiva a la crítica antigubernamental. La prensa y la radio se abrieron a ciertos temas antes considerados tabú: narcotráfico, corrupción, crisis económica o fraude electoral, por ejemplo. El terremoto de 1985 detonó la popularidad de los programas de radio hablados, los noticiarios de una hora o más, con largos comentarios editoriales, reportajes y entrevistas en tono anti oficial, ganaron audiencia, y las cadenas radiofónicas adoptaron el modelo porque resultaba atractivo para las empresas que compraban publicidad; el cambio no tenía afanes democratizadores en principio, pero la depresión económica había reducido la inversión en publicidad de las empresas privadas, y las cadenas radiofónicas tenían que ser competitivas en un mercado deprimido. La tolerancia gubernamental no era ilimitada, cuando los cuestionamientos eran demasiado agresivos las cadenas recibían llamadas de atención, a veces los periodistas/locutores eran despedidos, pero en general esto les hacía ganar prestigio ante la opinión pública y podían colocarse de nuevo en alguna otra estación.¹⁵⁵

¹⁵⁴ El gobierno poseía mecanismos de control en cuanto a los medios, pero la censura sólo era aplicada por el régimen postrevolucionario sobre el cine; los demás, la televisión, la prensa y la radio, conocían sus límites y se autocensuraban con tal de mantener buena relación con el gobierno. Salvo casos excepcionales, como el de Excélsior en 1976, las elites propietarias de los medios procuraban resguardar sus intereses económicos, e incluso coincidían legítimamente con la elite política. Ver: M. A. Guerrero, 2010, pp.233-236.

¹⁵⁵ Los noticiarios en las décadas anteriores no eran más que breves lecturas de boletines oficiales descontextualizados. A mediados de los setenta Monitor, de Radioprogramas de México inauguró el formato de una hora o más, donde se comentaban las noticias; pero no se generalizó sino hasta mediados de los ochenta. M. A. Guerrero, 2010, pp.256-263. {{que sigue de esto}}????

La televisión es el medio de comunicación masivo por excelencia; los otros proporcionan foros de expresión, y ocasionalmente de información para determinados grupos selectos; pero la televisión norma el pensamiento y la conducta de su multitudinario auditorio de maneras aún no comprendidas por completo. La televisión mexicana se conformó desde su origen en los años cincuenta del siglo XX, como un negocio rentable para una elite diminuta y profundamente vinculada con la cúpula política. Televisa nació como un monopolio de tendencia francamente priista; y evitó la discusión de asuntos públicos en términos generales, así como la presentación de los puntos de vista opositores al gobierno hasta mediados de los noventa.¹⁵⁶

Las reformas electorales posteriores a 1988 plantearon la necesidad de equilibrar los tiempos de aparición de los distintos candidatos y partidos políticos en tiempos de elecciones, para favorecer contiendas más equitativas. Recientemente, en la reforma de 2007 se estableció que el IFE sería el encargado de contratar los tiempos de publicidad para los partidos y los medios no pueden negarlo. Pero por más de quince años el IFE sólo otorgó los fondos, los partidos buscaban sus tiempos de publicidad y los medios estaban en libertad de venderlos o no. Sin embargo, en esa época de competencia creciente (TV Azteca apareció en 1992 y se expandió rápidamente) los directivos de las empresas televisoras no podían darse el lujo de perder los ingresos provenientes de la venta de tiempo para los partidos de oposición, sin importar cuáles fueran sus preferencias políticas. Así fue como la televisión mexicana se abrió a cierto pluripartidismo. También aparecieron a principios de los noventa, y ganaron popularidad, los programas de debate político, con intelectuales que comentaban los asuntos públicos. Algunos de estos intelectuales eran historiadores que dirigieron su labor hacia nuevos objetivos en un contexto cambiante, que vale la pena analizar con cuidado.¹⁵⁷

En 1976 Elena Poniatowska se refirió a ciertos cambios que advertía en la relación entre los intelectuales, el poder político y los medios de comunicación.

¹⁵⁶ M. A. Guerrero, 2010, pp.442-33, 44, 45.

¹⁵⁷ A. Guerrero, 2010, pp.267-273.

Durante una conferencia dictada en la Casa del Lago, resaltó como un hecho significativo en la vida política y cultural del sexenio que terminaba, la capacidad mostrada por Luis Echeverría para seducir a los intelectuales; lo dijo así:

[...]Muchos de los más destacados intelectuales críticos se han identificado plenamente, y sin duda con honradez, con un régimen que no hubieran soportado en los sesenta. Ante la superación del pecado pasado, en los setenta se han presentado dilemas contundentes: o Echeverría o el fascismo, o la esperanza de Muñoz Ledo como nuevo y democrático guía del PRI o el Apocalipsis. Cuando surge a la palestra el nuevo candidato a la Presidencia, su énfasis fundamental está en aclarar que es un intelectual, un maestro universitario. En realidad, los intelectuales rebeldes de los sesenta han llegado al poder y el poder abarca desde la Presidencia de la República pasando por la Cámara de Senadores y Diputados, la Suprema Corte de Justicia, el Servicio Exterior, las gubernaturas de los estados y las delegaciones en que se subdivide el Distrito Federal con todo y sus comisarías policíacas. Los setenta representan un cambio fundamental para la vida de los que han hecho y hacen gran parte de la cultura de nuestra época. Viéndolo bien, la universidad está en el gobierno, los universitarios están en los periódicos, en la caja idiota, en la radio. ¿Cuánto tiempo van a durar dentro?, ¿será para bien? [...] ¹⁵⁸

Vemos que Poniatowska asocia el “poder” tanto con la ocupación de puestos públicos como con la presencia en los medios de comunicación. Cuando se pregunta “¿Será para bien?” deja vislumbrar una sospecha, tal vez sea posible que el fenómeno descrito no obedezca a un cambio en las estructuras del poder, sino a un cambio en los intelectuales. En la misma cita puede agregarse otra forma de relación entre los intelectuales y el poder público, caracterizada por la dependencia económica:

Es difícil que un mexicano destacado no haya trabajado en algún momento de su vida para el gobierno: Cosío Villegas lo hizo en el Servicio Exterior; Octavio Paz también; Gastón García Cantú viajó a Roma como parte de la comitiva; Monsiváis no ha podido evitar una asomadita, así de pasadita, a Los Pinos; Heberto Castillo acudió a un desayuno en Antropología a los Premios Nacionales incluso después de la paliza; y José Revueltas vive ahora con los 5 mil pesos mensuales que le da Cinematografía por su trabajo en el cine[...] ¹⁵⁹

Poniatowska describe de este modo una interesante realidad, la forma en que algunos de los más severos críticos del sistema priista trabajaban para él, recibían sus dádivas y aceptaban sus reconocimientos. Durante la mayor parte del siglo XX, la inclusión de intelectuales en el servicio público, sobre todo en actividades diplomáticas o culturales, mucho más que de gobernación, tuvo

¹⁵⁸Citada en: C. Vadillo, 2006, pp.176, 177.

¹⁵⁹Citada en: C. Vadillo, 2006, p.177.

una función entre legitimadora y ornamental para los distintos regímenes. A los mencionados por Poniatowska pueden sumarse, si se amplía el marco temporal, a José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet y Carlos Fuentes, todos célebres, y por supuesto a Alfonso Reyes y Silvio Zabala, el primero cofundador del Colegio de México y el segundo clave para la formación del Centro de Estudios Históricos de la misma institución, la más prestigiosa en cuanto a la investigación histórica desde los años cuarenta hasta el día de hoy. A partir de los setenta, con Echeverría y la “apertura”, el régimen político fomentó la proyección pública de los intelectuales a través de los medios de comunicación, fundamentalmente en la prensa escrita en esos tiempos, aunque ya habían comenzado a conquistar los medios electrónicos. La crítica por parte de estas figuras provistas de autoridad moral, daba la imagen de democratización que el gobierno requería.¹⁶⁰

Hacia la década de 1990 se perfiló un fenómeno nuevo. Por una parte, aquel tipo de individuo que puede ser identificado como “intelectual”, un académico, un escritor, incluso cierta clase de periodista, alcanzó una presencia cotidiana en la radio y la televisión. En esta época proliferaron los programas de discusión política; por ejemplo, la revista *Nexos*, un acreditado foro de análisis político y de reflexión histórica, tenía su propia versión televisiva, y comenzaron a transmitirse los documentales históricos de Enrique Krauze *Biografías del Poder y México Siglo XX*. Entonces algunos intelectuales que habían permanecido en la oscuridad universitaria y de la prensa cultural, se convirtieron en las celebridades de una nueva industria del espectáculo. Algunos de estos, por su imagen de honestidad y de capacidad de raciocinio, fueron seleccionados para encabezar organismos públicos autónomos, como el Instituto Federal Electoral o la Comisión Nacional de Derechos Humanos, creados en los tiempos de Carlos Salinas.¹⁶¹

Pero la estrategia seguida por las televisoras trajo consecuencias alarmantes. En primer lugar, los intelectuales proyectados de este modo, incluso los más

¹⁶⁰ F. Escalante, 2010, p.339.

¹⁶¹ F. Escalante, 2010, pp.340, 341.

serios, no eran identificados por el público en general a causa de sus obras o de su trayectoria académica, que podría indicar el grado de autoridad de sus opiniones; en lugar de esto se les ubicaba en el mismo nivel que cualquier otra figura mediática. Esto tal vez era inevitable, pero no fue trivial, porque al mismo tiempo, el repertorio de participantes en los programas televisivos de debate y análisis político, se amplió para incluir a otras figuras mediáticas que, por el hecho de ocupar esos espacios, comenzaron a ser identificadas como “intelectuales”, aunque no fueran más que presentadores de noticiarios, actores, publicistas o incluso deportistas; y la opinión de estos sujetos gozaba (y goza) de la misma credibilidad que la de sociólogos, politólogos, economistas o historiadores.¹⁶²

Además, entre estos últimos se ha marcado una diferencia cada vez más clara entre los académicos profesionales y los intelectuales mediáticos. Los primeros, en su inmensa mayoría no se involucran en actividades de divulgación; y sólo unos cuantos (cada vez menos) mantienen una presencia discreta en los medios de comunicación masiva; se mantienen en sus círculos especializados porque la divulgación tiene escaso valor curricular y porque la mayoría de nuestros medios de comunicación son negocios particulares dedicados al lucro por medio de la venta de entretenimiento, y un discurso que obligue al auditorio a pensar no es pertinente. Los segundos por su parte, dominan las discusiones en el espacio público, y han hecho de la presencia en los medios electrónicos, especialmente la televisión, su modo de vida; la gente sigue sus opiniones sin tener la menor idea de las bases que poseen para expresarla; lo peor es que los pocos que podrían considerarse capacitados para intervenir en esos foros, se han adaptado a las reglas impuestas por la industria del espectáculo. De este modo, la discusión académica en los medios masivos tiene un lugar marginal cuando mucho; restringida a cadenas de radio y televisión públicas y universitarias, que en comparación con las privadas, tienen una audiencia selecta y exigua.¹⁶³

¹⁶² F. Escalante, 2010, p.341.

¹⁶³ F. Escalante, 2010, p.344.

Es difícil demostrar en términos positivos que la nueva dinámica de medios de comunicación masiva ha alterado la investigación histórica o la relación de los historiadores con la sociedad. Sin embargo, existen pistas que nos permiten no desechar tal afirmación. Luis González en el testimonio que presta para *Los historiadores mexicanos del siglo XX*, coordinado por Enrique Florescano, afirma: "...A través de la televisión los historiadores pueden llegar a un público cientos de veces más vasto que a través de periódicos y libros [...] aunque es más costosa [...] y todavía en los académicos da la idea de ser menos objetiva que la historia que se ofrece en libros y artículos [...] pero sólo a través de ella se alcanzará el ideal de una historia para todos"¹⁶⁴. Han pasado casi veinte años desde aquella entrevista, y la producción historiográfica televisiva sigue sin ser respetada en el ámbito académico.

Sin embargo, en el mismo testimonio González ofrece una muestra de su vida cotidiana a través de su agenda personal con sus planes de las siguientes dos semanas a partir del 26 de agosto de 1993: menciona dos días dedicados a la preparación y presentación de un debate televisivo para *Vuelta*, moderado por Enrique Krause, una entrevista para algún periódico, tres o cuatro días dedicados a actividades académicas y de investigación, pero varios más a viajes, conferencias inaugurales, cocteles y asistencia a la "cuarta semana de Solidaridad en Oaxaca".¹⁶⁵ De acuerdo con esta muestra, González pasaría más tiempo en esas dos semanas en asuntos relacionados con los medios de comunicación masiva y en relaciones públicas, que haciendo historia. Y este historiador no es conocido particularmente por su proyección mediática.

Podemos acercarnos a uno que sí lo es, por dirigir Clío Televisión, una empresa dedicada a la producción de documentales históricos que se transmiten en Televisa; también ha prestado sus servicios a Televisa en programas políticos y literarios. Enrique Krause reconoce su legado izquierdista de los setenta, pero explica que estos "prejuicios" fueron "desterrados" por sus estudios en el Colegio de México; esto significa que al

¹⁶⁴ Luis González y González, en: E. Florescano, 1995p.380.

¹⁶⁵ Luis González y González, en: E. Florescano, 1995, pp.381, 382.

haberse acercado a la historia profesional en la dicha institución, aprendió el valor de la imparcialidad y la cientificidad, lo cual le hizo abandonar su ideología de izquierda. En su testimonio para el mismo texto de Enrique Florescano, afirma que no reconoce ninguna obra de la historia reciente que haya permeado la sociedad o moldeado su consciencia "...los historiadores, por fortuna, no tenemos esa encomienda ni esa influencia [...] no creo que la historia y el historiador genuino deban tener, y en general no tienen, una función política"¹⁶⁶. Y sostiene que toda intención de usar políticamente la historia se relaciona con los regímenes totalitarios, Comunismo, Fascismo y Nazismo; "la historia con h minúscula, puede cumplir con otra función además de la de integrar, instruir y orientar, la sana función de divertir."¹⁶⁷.

Esta es la historia que se transmite por televisión, la "historia para todos" a decir de Luis González, una que divierte, como cualquier otro producto mediático. Krauze sin duda es honesto al afirmar que perdió su ideología de izquierda, pero al afirmar que la historia no tiene una función política soslaya el hecho de que su producción historiográfica televisiva contiene un discurso político, y que además es una de las pocas que tienen una amplia difusión. La serie de documentales *Biografías del Poder*, por ejemplo, critica a los presidentes mexicanos, pero al mismo tiempo resalta su humanidad, los proyecta como algo comprensible y próximo al espectador. El trabajo de Krauze se vincula con la sociedad en general, pero él no asume ninguna responsabilidad al respecto.

Entre tanto, los historiadores académicos que pudieran tener otra perspectiva, están alejados de la divulgación. Desde luego que el bajo o nulo valor curricular de este tipo de trabajo es un factor relevante, pero no es el único. Si pensamos en el alcance de la televisión en comparación con el de los libros, la prensa o incluso la radio, no cabe duda que puede ser una herramienta privilegiada para la difusión de conocimiento; pero Luis González tiene razón al señalar que su producción es costosa, de hecho es prohibitiva para un

¹⁶⁶ Enrique Krauze, en: E. Florescano, 1995, p.533.

¹⁶⁷ Enrique Krauze, en: E. Florescano, 1995, p.535.

particular cualquiera. La televisión es un mercado, y para exhibir un producto atractivo, que logre altos niveles de audiencia y consiga patrocinadores, no basta con sentar a tres eruditos ante un micrófono como se hizo en el ciclo de debates *Discutamos México*; no es suficiente llevar la historia a la televisión, tiene que adaptarse a las características de ese medio. Los propios documentales de Krauze se han ido apartando del gusto del público.

La dificultad tal vez se basa en el hecho de que la televisión comercial es la única con recursos para elaborar grandes producciones y ofrecerlas a un público masivo, pero en general no invierte en productos de alta calidad; y la televisión cultural, que podría presentar programas complejos y con un contenido crítico, tiene poco presupuesto. Es posible que en 1993 hayan existido mejores condiciones que en el 2013 para la divulgación histórica, por aquel ambiente de agitación política donde la sociedad parecía buscar respuestas y soluciones para su presente; pero no logró alcanzar el nivel superior que el de mero entretenimiento.

5 El desarrollo de nuevas estructuras de argumentación historiográfica a partir de 1970

La historiografía, como otras manifestaciones culturales, se transformó radicalmente desde finales de los años sesenta. En este apartado veremos cómo y por qué, con la intención de proporcionar un último marco contextual al análisis desarrollado en el capítulo siguiente.

Ya hemos explicado las características de la crisis de 1968. Este momento fue un punto de ruptura entre la sociedad y su gobierno, donde algunos sectores, particularmente el estudiantil y el académico, pusieron en entredicho la legitimidad del sistema vigente. En consecuencia, los argumentos históricos que respaldaban esta legitimidad, centrados en el triunfo de una revolución que

había desterrado la tiranía porfiriana para instaurar un gobierno del pueblo, se derrumbaron. Es cierto que mucho antes, al menos desde los años cuarenta, habían aparecido críticas, no exactamente iguales, pero sí en un tono similar, como las expresadas por Cosío Villegas (ver capítulo I). Pero es claro que a partir del 68 se vivió un ambiente cultural y político ideal para la crítica.

Alan Knight señaló en 1989 la aparición de una historiografía con características revisionistas¹⁶⁸ hacia finales de los años sesenta. Según este autor, el Revisionismo afectó la historiografía política, en especial la que se ocupa de la Revolución Mexicana. Las obras agrupadas bajo este modelo, independientemente de los fundamentos teóricos y las estrategias metodológicas que siguen, se caracterizan por su postura ideológica, al contraponerse con las tesis historiográficas anteriores, que veían la Revolución como un hecho popular, agrario y nacionalista, que da legitimidad al Estado derivado de ella. En cambio la historiografía revisionista comienza a considerar la Revolución como un conflicto conducido por los sectores medios y altos, de acuerdo con sus propios fines. Esta variación de enfoque implica que la Revolución sólo dio lugar a un cambio de elites, pero no alteró las estructuras profundas de la organización social; la facción triunfadora de la Revolución Mexicana (el grupo “Sonora”, dirigido por Calles y Obregón) habría procurado integrar los movimientos campesinos y obreros al gobierno, no tanto para garantizar la participación política de tales grupos, sino para mantenerlos controlados y fomentar así la inversión extranjera y la industria nacional.¹⁶⁹

Pero los cambios en la historiografía no sólo se limitan al cuestionamiento de las tesis previas sobre la Revolución, también implicaron giros en los

¹⁶⁸ El término “Revisionismo” se refiere en términos generales a la actitud de reconsideración de un conjunto de postulados previos, y no implica en principio una ruptura completa con ellos. Pero Knight lo aplicó como una categoría que designa específicamente a la historiografía que rompe con las tesis consideradas tradicionales acerca de la Revolución Mexicana. Para una crítica puntual del enfoque de Knight ver: D. Alvarrán, 2004, en especial pp.126-130.

¹⁶⁹ A. Knight, “Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana”, en: *Secuencia*, No. 13, enero-abril, 1989, pp.23-31.

fundamentos teórico-metodológicos. Esto se debió a las aportaciones del Marxismo y la Escuela de los Annales.

Una de las estructuras de argumentación predominantes en la historiografía mexicana en el último tercio del siglo XX fue la relacionada con la Escuela de los Annales¹⁷⁰. Ya hemos visto los cambios que Annales experimentó en sus sucesivas generaciones; pero pueden identificarse algunos rasgos constantes: una tendencia a restar importancia a los temas políticos, el diálogo con otras ciencias sociales (economía, sociología y psicología primero, luego geografía y demografía, y antropología al final), mayor interés por los procesos que por los acontecimientos y fuerte atracción por la novedad. Algunos historiadores mexicanos, como Enrique Florescano, cursaron estudios de postgrado en Francia en los años setenta, y trajeron consigo de regreso estas nuevas posibilidades para la disciplina histórica. De este modo, algunos trabajos que dan prioridad a la larga duración, de historia cuantitativa o de historia de las mentalidades,¹⁷¹ pueden identificarse como compatibles con la estructura de argumentación dada por la Escuela de los Annales.¹⁷²

La Dirección de Estudios Históricos (DEH) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) se reorganizó en 1971, cuando Enrique Florescano ocupó su dirección, de acuerdo con el esquema multidisciplinario de los Annales. En los quince años previos que tenía de existencia, La DEH había estado organizada de acuerdo con un esquema tradicional que incluía las secciones de Historia Prehispánica, Virreinal y del México Independiente; después se fundaron los seminarios de Historia de la Agricultura, Historia de

¹⁷⁰ Entre los autores con mayor influencia sobre los historiadores mexicanos se cuentan Marc Bloch, Lucien Febvre, Fernand Braudel, Georges Duby y Jaques Le Goff.

¹⁷¹ Entre las obras más representativas de esta tendencia están: Antonio García de León, *Resistencia y Utopía; memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, Era, México, 1985. / François-Xavier Guerra, *Del Antiguo Régimen a la Revolución, Siglo XXI*, México, 1991 (1ª ed. 1985). / Franco Savarino, *Pueblos y Nacionalismo. Del régimen oligárquico a la sociedad de masas en Yucatán 1884-1925*, INEHRM, México, 1997.

¹⁷² C. Vadillo, 2006, pp.240-259.

las Mentalidades y de la Religión en México, Demografía Histórica, Historia de la Cultura Nacional, Estructuras y Movimientos Sociales, Movimientos Campesinos, Historia del México Contemporáneo, entre otros. El seminario de Historia Económica y Social dio el marco para la redacción de *México en el Siglo XIX*, obra colectiva de orientación marxista coordinada por Ciro Cardoso. En 1983, mientras Florescano era director del INAH, se organizó el Segundo Simposio de Historia de las Mentalidades, donde participaron investigadores de los principales centros de investigación en México, Francia y Estados Unidos.¹⁷³

Entre 1972 y 1977 Ciro Cardoso se encargó de la redacción de un manual para la investigación histórica que introdujera los nuevos paradigmas, en particular las herramientas analíticas proporcionadas por la Escuela de los Annales, la historia demográfica, la cuantitativa y la interdisciplinaria. Su intención era derrumbar el Positivismo que, según su enfoque, sólo continuaba vigente en América Latina por su histórico atraso cultural. Dedicó también espacio al análisis del Marxismo y sus posibilidades. En este texto también habla de los límites de estas nuevas formas de hacer historia¹⁷⁴.

Como parte del mismo proyecto de renovación historiográfica que Florescano intentaba impulsar, en 1982, la DEH lanzó la revista *Historias*. Este era un ambicioso proyecto que intentaba reunir el trabajo de especialistas serios y reconocidos, en un medio que trascendiera los círculos académicos y llegara al público en general. Al observar los primeros números puede distinguirse un contenido de muy alta calidad académica, pero con un estilo relativamente accesible y con un bajo nivel de abstracción; los enunciados son claros y breves, se usan pocas palabras inusuales y, sobre todo, se ofrece mucha de la información necesaria para la comprensión de los textos, no se da por supuesto que el lector conoce de antemano los temas de los que se habla. Pero con el tiempo, el tono de la revista cambia: tiende a tocar temas mucho más especializados, que difícilmente podrían interesar al público ajeno a los círculos académicos; también se eleva el nivel de abstracción, de modo que los textos se vuelven ininteligibles para cualquiera que no cuente con un amplio conocimiento previo, no sólo de los procesos históricos en general, sino de los problemas específicos que se desarrollan.

En un artículo de Marcelo Carmagnani publicado en el No. 1 de *Historias*, podemos observar un ejemplo de lo anterior. El trabajo se titula "La política en el Estado oligárquico latinoamericano"; comienza explicando la relación entre el fortalecimiento de las instituciones oligárquicas entre 1850 y 1880 y la posterior estabilidad en América Latina. Dice, por ejemplo: "...a diferencia de los modelos europeo y americano, las constituciones latinoamericanas dieron una interpretación restrictiva del cuerpo electoral, instituyendo en un primer momento el sufragio censatario y en un segundo momento el sufragio universal; pero éste estaba limitado a la población masculina adulta y alfabeta, en un momento en que la tasa de analfabetismo oscilaba

¹⁷³ C. Vadillo, 2006, pp.206-208.

¹⁷⁴ Ciro Cardoso, *Los Métodos de la Historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social*, Grijalbo, México, 1981 (1ª ed. 1977).

aproximadamente entre el 80 y 90%, consagrando, de este modo, como única clase política a la oligarquía.”.

Podemos contrastar este fragmento con otro del No.44, de Pablo Yankelevich, “México desde afuera. Una aproximación a los estudios sobre la Revolución Mexicana en América Latina”; tras un primer balance historiográfico, señala la escasa conexión entre los distintos países latinoamericanos y el limitado conocimiento de sus respectivas realidades; utiliza estos términos: “Hasta principios de este siglo y en un universo signado por la fragmentación, la ausencia de comunicaciones y un receloso desconocimiento de realidades vecinas, las sociedades latinoamericanas tuvieron al viejo mundo como espacio privilegiado de referencias y validación de conductas y modelos sociales”. En ese contexto explica cómo llamó la atención la Revolución Mexicana:

“...quedaba claro que aquella revuelta perseguía más que un simple cambio de gobierno. Todo un orden social se derrumbaba bajo un reclamo popular expresado por la vía de las armas, de suerte que el desmoronamiento de la alabada y muy difundida fortaleza del régimen porfirista pasó desapercibido en momentos que en gran parte de la región se hacían presentes demandas similares a las enarboladas en México. La Revolución estalla entonces en un universo cargado de tensiones. Los viejos regímenes, en lento proceso de resquebrajamiento, mostraban dificultades para contener una conflictiva situación gestada al amparo de privilegios y exclusiones.”

Puede notarse la diferencia entre el fragmento de 1982 y los de 1999. El primero se dirige a un público culto y atento, pero no necesariamente especializado; el segundo requiere que el lector cuente con un conocimiento previo muy específico, propio de los historiadores. De acuerdo con un rumor no verificado, *Historias* abandonó su forma de revista de divulgación para cumplir con los requerimientos del SNI, de forma que los artículos tuvieran valor curricular para sus autores. No encontré pruebas que respaldaran este dato, pero es un hecho que el sentido de la revista se modificó.

El Marxismo por otra parte, encajó bien en el ambiente de crítica habitado por los intelectuales y el sector estudiantil en los años sesenta y setenta. Ésta era una tendencia favorable al cuestionamiento de la Revolución y su régimen. La estructura de argumentación marxista tiene diversas vertientes dentro de un marco general donde se articulan categorías de análisis como “lucha de clases”, “fuerzas productivas”, “relaciones de producción”, “capital”, “ideología”, “hegemonía” y “relaciones de dominio”. Atribuye el impulso del devenir histórico a las fuerzas sociales y económicas, no al individuo.¹⁷⁵. La metodología marxista propone un esquema hipotético de evolución de las sociedades, donde la noción de “modo de producción” funciona como un

¹⁷⁵ C. Carbonell, 1986, pp.128-130.

modelo teórico que permite observar el desarrollo de sus posibilidades e impotencias internas; pero también se exige probar la validez de los esquemas hipotéticos a nivel de la historia concreta. Estos rasgos pueden observarse en los marxistas de la Escuela Social Británica, especialmente en la obra de Eric Hobsbawm y E. P. Thompson.¹⁷⁶

El marxismo ofrecía un marco ideológico que permitía adoptar y argumentar posturas críticas frente al sistema político; y en México cobró impulso desde los años sesenta. Hacia los setenta se presentaron dos factores que contribuyeron al vigor de este modelo: en primer lugar, la necesidad por parte de algunos investigadores de distanciarse del Estado; y en segundo lugar, los golpes militares en Sudamérica provocaron el exilio hacia nuestro país de numerosos intelectuales de orientación izquierdista; ellos trajeron consigo su ideología que aportó nuevas perspectivas de análisis para la historia y la vida política de México.¹⁷⁷

Aunque el clima de crítica y agitación del momento era compartido por historiadores de todas las tendencias, es necesario subrayar que esto no se observa de forma específica en la mayoría de las obras. Son contados los autores que se apegaron de forma evidente a alguna forma de Marxismo. Entre los más relevantes están Adolfo Gilly, Enrique Semo y Carlos Pereyra.

Adolfo Gilly escribió en 1971 *La Revolución Interrumpida*, cuya tesis central es que la Revolución Mexicana hubiera podido convertirse en una revolución socialista, porque fue un movimiento de masas anticapitalista; pero esto no fue posible porque los intereses de las masas y del Estado que se iba formando a partir de la Revolución, se distanciaron cada vez más, lo cual parece obvio por la continuación de las revueltas

¹⁷⁶ C. Cardoso y H. Brignoli, 1977, pp.74-76.

¹⁷⁷ C. Vadillo, 2006, pp.129-131.

populares posteriores a 1917, cuando ya se ha logrado instaurar un marco político y jurídico para el nuevo régimen, así que gran parte de la población no se sentía representada por el nuevo gobierno; de este modo, el gobierno interrumpe el proceso revolucionario, aparta a las masas de su programa y la Revolución se convierte en un recurso propagandístico¹⁷⁸. Además de la obra de Gilliy la historiografía marxista también cuenta con el texto de carácter teórico de Carlos Pereyra *El Sujeto de la Historia*, que analiza el problema de quién hace la historia, entendida como proceso histórico; es decir, el papel de las masas y del individuo en el acontecer¹⁷⁹. Otro trabajo relevante es la obra colectiva coordinada por Enrique Semo *México un Pueblo en la Historia* (1989) síntesis que recorre desde los primeros pobladores hasta finales del siglo XX, y que explícitamente se asume como una obra de interpretación marxista¹⁸⁰.

Además de los enfoques marxistas, aparecen nuevas perspectivas que se ocuparon de temas y problemas novedosos, como la historia de las mujeres o el papel de la Iglesia católica, por ejemplo. El cuestionamiento general al sistema político permitió poner en entredicho el éxito de la integración de las distintas regiones y los diferentes grupos sociales al proyecto de Estado postrevolucionario; así cobraron importancia las investigaciones que se ocupaban más de lo local que de lo nacional, y otras que daban cuenta de los grupos marginados por el sistema político. El Regionalismo se conformó como una tendencia alternativa. Aunque este tipo de historia fue particularmente favorecido por un factor diferente, relacionado con el impulso a las instituciones y recursos de investigación histórica durante los años setenta; en esta época comenzaron a sistematizarse y organizarse muchos archivos municipales, que facilitaban la investigación de temas locales. También fue relevante la incorporación de otras ciencias sociales, como la antropología, para el análisis de nuevos tipos de fuente, como los testimonios orales. Sin duda esto se relacionó también con el clima propicio al Multiculturalismo del que ya hemos

¹⁷⁸ Adolfo Gilly, *La Revolución Interrumpida. México, 1910-1914: una guerra campesina por la tierra y el poder*, El Caballito, México, 1971.

¹⁷⁹ Carlos Pereyra, *El Sujeto de la Historia*, Alianza, Madrid, 1984.

¹⁸⁰ Enrique Semo, *México un Pueblo en la Historia*, Alianza, México, 1989.

hablado, y que en México se presentaba como una forma más de apartarse de los discursos tradicionales.

Algunos de los ejemplos más representativos de las nuevas opciones historiográficas son *Pueblo en Vilo* (1968) de Luis González y González y *La Cristiada* (1971) de Jean Meyer. El primero relata la microhistoria de San José de Gracia, un pequeño pueblo de Michoacán, desde sus orígenes hasta su declinación¹⁸¹. Por su parte Jean Meyer, con apego a la Escuela de los Annales, estudió un sector casi olvidado por la historiografía, el pueblo católico de los años veinte del siglo XX; analizó el tema de la Guerra Cristera y buscó rebasar el enfoque aplicado hasta ese momento, de un movimiento contrarrevolucionario, organizado por el clero y fanáticos religiosos, para comprenderlo desde el punto de vista de la gente que participó. Meyer rebate la idea de que la Cristiada fue contrarrevolucionaria simplemente al negar que el gobierno de Calles fuera revolucionario; utiliza un enfoque antropológico, usa testimonios orales como fuente, y les da el mismo crédito que a los documentos escritos, y privilegia los motivos religiosos por encima de los políticos¹⁸².

También podemos apreciar dentro de esta historiografía renovada obras como *La Frontera Nómada* de Héctor Aguilar Camín y *La Ideología de la Revolución Mexicana* de Arnaldo Córdova, ambas compatibles con la designación de Revisionismo planteado por Knight, a pesar de sus profundas diferencias tanto en sus objetivos como en sus interpretaciones. En la obra de Aguilar Camín se intenta comprender la instauración del nuevo régimen revolucionario por la facción triunfante, el grupo sonoreense, que impuso sus valores de laicidad y modernidad, con sus actitudes violentas y pragmáticas, al México tradicional, el del centro y el sur, católico y agrario, organizado por vínculos arcaicos, casi coloniales; aspira a contar una historia que no se había contado aún, a pesar

¹⁸¹ Luis González, *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, El Colegio de México, México, 1968.

¹⁸² Jean Meyer, *La Cristiada, Siglo XXI*, México, 1993 (1ª ed. 1973).

de ser la de los vencedores¹⁸³. La obra de Córdova busca explicar la ideología vigente durante el Porfiriato, y la que acompañaba a los principales revolucionarios, tanto en los políticos e intelectuales, como Francisco I. Madero y Andrés Molina Enríquez, como entre los líderes campesinos y entre quienes formaron el grupo de gobierno; cuenta la historia de la Revolución desde otro ángulo, las ideas que subyacían a las acciones; plantea como tesis central que existió una continuidad básica entre el Porfiriato y el régimen postrevolucionario, basada en la ideología del desarrollo del capitalismo¹⁸⁴. Su punto en común es el cuestionamiento a la idea de la Revolución como un movimiento popular, agrarista y nacionalista, así como del carácter revolucionario del régimen priista.

En la etapa revisionista de los setenta cobraron importancia las discusiones sobre la relación entre las dimensiones cognitiva y política de la historia. El motivo fue, desde luego, el ambiente de cuestionamiento al régimen establecido en que se estaba desarrollando el trabajo de investigación. Se planteó que la historia no tenía por qué servir sólo al mundo de la ciencia, sino que estaba obligada a cumplir con un compromiso social.¹⁸⁵ Para Guillermo Zermeño, estas tensiones se expresan en la obra *Historia ¿para qué?* que abrió nuevas polémicas: la imparcialidad o parcialidad de la historia, la posibilidad de encontrar la verdad y el papel social del historiador. El dilema de fondo es si el historiador se debe a la sociedad y al Estado, o a la ciencia, que es una entidad independiente. ¿El tratamiento del pasado contiene una dimensión política? Y en ese caso, ¿cómo se relaciona el relato del pasado con los proyectos políticos presentes?¹⁸⁶

Este problema se ejemplifica de manera práctica en *La Segunda Muerte de la Revolución Mexicana*, de Lorenzo Meyer, publicado en 1992. El autor afirma abiertamente que el científico social está obligado a asumir una actitud crítica hacia el

¹⁸³ Héctor Aguilar Camín, *La Frontera Nómada*, Siglo XXI, México, 1977.

¹⁸⁴ Arnaldo Córdova, *La Ideología de la Revolución Mexicana*, Era, México, 1973.

¹⁸⁵ G. Zermeño, 1990, pp.27-29.

¹⁸⁶ G. Zermeño, 1990, p.29

poder político. La idea central que sostiene es que la Revolución ha muerto, es decir, que las instituciones y políticas nacidas de ella evolucionaron en una dirección que no tiene que ver con la idea original; esto no significa restar fuerza moral al movimiento iniciado en 1910, sino comprender a dónde ha llevado. Se sitúa en el momento en que escribe, a finales de los años ochenta, cuando el sistema político, la economía y las relaciones exteriores de México, se basaban en la lógica marcada por la expansión del sistema capitalista mundial, triunfante para entonces sobre el socialismo. El hilo conductor es el análisis de las distintas crisis del modelo político y económico postrevolucionario, consolidado en los años cuarenta, y basado en la industrialización sustitutiva de importaciones con el apoyo y participación directa del Estado, que implicó también la limitación de la libertad política y la democracia por el ejercicio autoritario de un partido oficial; al agotarse el modelo, a principios de los años ochenta, la respuesta fue renunciar a todos los ideales de la Revolución, que se habían conservado hasta entonces al menos en forma de discurso.¹⁸⁷

Recapitulemos. El último tercio del siglo pasado fue una época de crisis recurrente, si no es que persistente. México fue un país severamente golpeado por las demandas de la integración a un mercado mundial donde no era competitivo. De forma paralela experimentó un conjunto de cambios políticos que dio la imagen de apertura democrática; sin embargo esto se dio en un marco de intereses empresariales de la elite propietaria de los medios de comunicación masiva; en combinación con un largo periodo de descenso económico que impidió cualquier mejora en la calidad real de vida de la mayoría de la población, en su lugar se profundizó la desigualdad, con un salario mínimo que ha perdido al menos el 80% de su poder adquisitivo, mientras uno de los hombres más ricos del mundo es mexicano.

Los historiadores reaccionaron a las nuevas situaciones. En los años setenta, cuando la ruptura entre la sociedad y el sistema de poder aún se recordaba con claridad, los historiadores, gran parte de ellos al menos, se dedicaron a buscar respuestas a una pregunta sobre el error, sobre el punto donde la Revolución

¹⁸⁷ Lorenzo Meyer, *La Segunda Muerte de la Revolución Mexicana*, Cal y Arena, México, 1992.

había dejado de cumplir sus promesas. La historia en ese momento tenía un sentido social relativamente claro, se interesaba por el presente y buscaba entender y deslegitimar los discursos de la cúpula política. En este contexto la investigación histórica profesional continuó su proceso de institucionalización en los espacios y con los medios que el Estado le proporcionaba. Esto dio lugar a dos fenómenos simultáneos: en primer lugar, los académicos se aislaron del resto de la sociedad; en segundo lugar, algunos historiadores con proyección pública (léase Enrique Krauze o Héctor Aguilar Camín) se convirtieron en figuras públicas por su constante presencia en los medios masivos de comunicación. En el siguiente capítulo profundizaremos sobre el sentido social de la historia a partir de 1980, con el fin de comprender la forma en que los historiadores se adaptaron a los nuevos tiempos.

Capítulo IV El sentido social de la historia entre 1980 y 2000

Partamos de una posibilidad, de un objetivo teóricamente factible. Josep Fontana escribió en el año 2000:

Uno de los mayores retos con que se enfrentan hoy los historiadores es el de volver a implicarse en los problemas de nuestro tiempo como lo hicieron en el pasado aquellos de sus antecesores que ayudaron con su trabajo a mejorar, poco o mucho, el mundo en que vivían.

A nosotros nos corresponde el gran desafío de encontrar las causas de los dos grandes fracasos del siglo XX: explicar la barbarie que lo ha caracterizado, con el fin de evitar que se reproduzca en el futuro, y la naturaleza de los mecanismos que han engendrado una mayor desigualdad, desmintiendo las promesas del proyecto de desarrollo que pretendía extender los beneficios del progreso económico a todos los países subdesarrollados del mundo.¹⁸⁸

No existe ambigüedad alguna en estas palabras: el historiador tiene que involucrarse en los problemas de su tiempo y contribuir con su trabajo a mejorar su mundo; debe hacerlo por medio de la comprensión de las causas de los grandes problemas existentes y de la exhibición de los engaños. La cita continúa:

Sería triste que tuviésemos que repetir la queja que Marc Bloch formulaba en nombre de los historiadores de su tiempo: «No nos hemos atrevido a ser en la plaza pública la voz que clama en el desierto [...] Hemos preferido encerrarnos en la quietud de nuestros talleres [...] No nos queda, a la mayor parte, más que el derecho a decir que fuimos buenos.»

En momentos amargos de la derrota francesa Bloch reivindicaba esta capacidad del historiador para cambiar las cosas. Una conciencia colectiva, decía, está formada por «una multitud de conciencias individuales que se influyen incesantemente entre sí». Por ello, «formarse una idea clara de las necesidades sociales y esforzarse en difundirla significa introducir un grano de levadura en la mentalidad común; darse una oportunidad de modificarla un poco y, como consecuencia de ello de inclinar de algún modo el curso de los acontecimientos que están regidos, en última instancia, por la psicología de los hombres».¹⁸⁹

¹⁸⁸ J. Fontana, 2002, p.187.

¹⁸⁹ J. Fontana, 2002, pp.187, 188.

Fontana toma como referencia un texto de Bloch escrito en los años cuarenta; un texto de alta carga moral, por cierto, no tanto por sus dichos como por los hechos de su autor, que no se conformó con escribir historia, se unió a la Resistencia Francesa durante la Segunda Guerra Mundial y murió a manos del enemigo. Ya para el siglo que corre, Fontana no hace llamados para que los historiadores tomen las armas, pero sí afirma la obligación social de, al menos comprometerse con los problemas de nuestro tiempo, no sólo para contemplarlos, sino para buscar su solución ¿Qué historiador con dos gramos de decencia podría decir que por lo que a él concierne, no tiene más obligación social que escribir el número de cuartillas anuales que le exige la institución donde trabaja? Y sin embargo, casi ninguno va más allá, ni siquiera en el universo de los propósitos. La pregunta es ¿por qué?

Hemos hecho un recorrido por los modelos de interpretación que dominaron la escena historiográfica en las últimas décadas del siglo XX; y hemos considerado sus fundamentos originales y las distintas formas que han ido adoptando. También hemos observado las condiciones académicas que han rodeado la producción historiográfica en México, desde los tiempos en que la historia debía funcionar como un factor de consolidación del Estado nacional, hasta su inclusión en la industria del espectáculo, pasando por su profesionalización. A partir de estos elementos podremos leer las reflexiones sobre el sentido de la historia.

Comencemos con el establecimiento de un punto de referencia: el trabajo del francés Jean Chesneaux, que presenta un punto de vista radical, de fines de los setenta.¹⁹⁰ Chesneaux no dice nombres, pero manifestó explícitamente una crítica hacia sus colegas, por considerar que los historiadores profesionales cometen una insuficiencia ética al desentenderse de las “luchas sociales” de su

¹⁹⁰ Jean Chesneaux nació en 1922 en París, Francia y murió en 2007. Historiador, especialista en historia de China y Vietnam. Profesor en la Universidad Paris Diderot y École des hautes études en Sciences Sociales). Miembro del Partido Comunista Francés hasta 1969; presidente de Green Pace de Francia entre 1997 y 2004.

presente. Él dice que el conocimiento histórico es un factor activo en la sociedad, es lo que “se ventila en las luchas políticas e ideológicas”, que jamás es neutral y que puede actuar tanto en favor del conservatismo social como de las luchas populares.¹⁹¹ Por lo tanto, los historiadores deben comprometerse de manera consciente con el cambio o la preservación del presente, en favor de un futuro más justo.¹⁹² Para Chesneaux, la división entre la “historia que se hace” (el devenir) y la “historia que se escribe” (el estudio del pasado) es una ingeniosa invención de los historiadores, que ya parece natural y es aceptada por todos; sin embargo, al tener el conocimiento histórico un impacto directo en el presente que se vive, los historiadores están obligados a reflexionar sobre el papel de su trabajo; en concreto acerca de quién se beneficia con sus investigaciones, con los temas que abordan y la manera en que los presentan.¹⁹³

Chesneaux no dice que sea necesario que el historiador participe en su realidad política de una manera diferente a la escritura de la historia; desde ese espacio hace su política, para bien o para mal. Más aún, en su propuesta de una historia al servicio de las luchas sociales, se cuenta la búsqueda de la verdad como un elemento indispensable: “El rigor científico no es una exigencia intelectual abstracta, sino una de las condiciones para un análisis político coherente. Quien entrega al pueblo falsas leyendas revolucionarias, quien lo entretiene con historias melodiosas, es tan criminal como el geógrafo que levantara mapas mendaces para los navegantes”.¹⁹⁴ Para este autor, el objetivo esencial de encontrar la verdad sobre el pasado, no está en función de satisfacer las pautas de la ciencia, sino de ofrecer un recurso realmente útil para quienes buscan cambiar el presente.

Si vamos más allá de la postura del autor, podemos preguntarnos ¿a quién se dirige? Parece que su destinatario es el grupo de historiadores que están

¹⁹¹ J. Chesneaux, 1981, p.25.

¹⁹² J. Chesneaux, 1981, p.26

¹⁹³ Jean Chesneaux, 1981, p.28.

¹⁹⁴ J. Chesneaux, 1981, p.51.

cultivando en Francia justo el tipo de historia ajena a lo que él considera las necesidades sociales. Estos tipos de historiografía son la Nueva Historia, promovida por Jacques Le Goff y Pierre Nora, y la “historia universitaria marxista”, ejemplificada por el hoy multi-desacreditado Althusser. La primera se ganó la atención de los especialistas y del público en general, resultaba atractiva por la diversidad de sus temas y enfoques; la segunda se situó en los espacios académicos (facultades, revistas especializadas, coloquios, etc.) gracias a las posiciones ganadas por el Partido Comunista después de 1968. Con todo y que Chesneaux se declara abiertamente como marxista, deplora este “marxismo universitario” tanto como la Nueva Historia francesa. La Nueva Historia sostiene la idea de la “larga duración” puesta de moda por Braudel; y el “marxismo universitario” toma como eje la noción del lento empuje de las fuerzas productivas; de este modo, ambos coinciden en excluir a las masas sociales de la explicación histórica, al poner en duda su capacidad para intervenir activamente en el devenir; porque el cambio, que sólo se sucede muy lentamente, es atribuido a factores abstractos.¹⁹⁵

1. Análisis de los textos de 1980

Poco después de la publicación de esta obra de Chesneaux, Alejandra Moreno Toscano coordinó el conjunto de ensayos *Historia ¿para qué?* (1980). A continuación revisaremos algunos de los trabajos que contiene. El libro consta de diez ensayos, pero aquí sólo recuperamos tres. La selección, que puede ser cuestionable, se basó principalmente en criterios de confrontación: autores que no fueran tan distintos que no pudieran compararse, ni tan iguales que la comparación fuera irrelevante.

Veamos en primer lugar el trabajo de Luis González titulado “De la múltiple utilización de la historia”. Comienza presentando su propia búsqueda sobre la utilidad de la historia, más para tener qué contestar a sus amigos cuando le preguntaban “¿para qué sirve lo que estudias?”, que por una necesidad

¹⁹⁵ J. Chesneaux, 1981, pp.29, 30.

personal. Al cabo de docena y media de citas, llega a una afirmación irrefutable: “cada especie del género histórico es útil a su manera”.¹⁹⁶ Con su fluidez habitual, defiende la legitimidad de la “historia anticuaria”¹⁹⁷, también definida como “anecdótica, arqueológica, pre científica, narrativa y romántica”; de la cual reconoce que los practicantes de otros tipos de historia, ven como inútil, paralizante y contrarrevolucionaria; pero él asegura que tiene su razón de ser: “Si se cree que no todo es destruir o construir, si se acepta el derecho al placer, si se estima que no hay nada negativo en la toma de vacaciones, se pueden encontrar virtudes, un para qué positivo en la escritura y el consumo de textos de historia anticuaria.”¹⁹⁸.

Es innegable que si habla de sus propios textos, acierta, porque son deliciosos, aunque, en mi opinión, no toda la “historia anticuaria”, ni de la otra, está tan bien escrita como para justificar esta defensa. En seguida aborda otra posibilidad en la historia:

Otra especie del género histórico “trata de darse cuenta de cuán injusta es la existencia de una Cosa, por ejemplo de un privilegio, de una casta, de una dinastía; y entonces se considera, según Nietzsche, el pretérito de esta cosa bajo el ángulo crítico, se atacan sus raíces con el cuchillo, se atropellan despiadadamente todos los respetos”. Si la historia anticuaria se asemeja a romances y corridos, la historia crítica parece medio hermana de la novela policial; descubre cadáveres y persigue delincuentes.¹⁹⁹

Resalta que también esta es una historia emocional, pero en lugar de divertir al público, pretende sembrar rencor.

La historia crítica podría llamarse con toda Justicia conocimiento activo del pasado, saber que se traduce muy fácilmente en acción destructora [...] La historia aguafiestas es un saber de liberación, no de dominio como la de bronce. Denuncia los recursos de opresión de opulentos y gobernantes; en vez de legitimar la autoridad la socava [...] ²⁰⁰

Parece que González reconoce cierta capacidad de acción social derivada de la “historia aguafiestas”, porque se traduce en acción, destructora, pero acción al fin. Pero claro, al ser una “historia emocional”, tal vez no sea muy científica,

¹⁹⁶ L. González, 1980, p.56.

¹⁹⁷ Este tipo de historia corresponde al modelo tradicional, narrativo, generalmente de tema político, con énfasis en los individuos y enriquecida con detalles.

¹⁹⁸ L. González, 1980, p.58

¹⁹⁹ L. González, 1980, p.59.

²⁰⁰ L. González, 1980, p.63.

aunque esto no lo dice él. Lo llamativo aquí es que cada “uso” de la historia le parece igual de legítimo. Luego sigue la “historia didáctica”, más pragmática que la anterior, “la historia pragmática por excelencia”. Aquí el tono de sarcasmo que se adivina en los párrafos concernientes a la historia “crítica”, se hace evidente:

[...] Se usó como una especie de predicación moral, y para promover el espíritu patriótico de los mexicanos [...] Nadie puso en duda en el siglo xix lo provechoso de la historia de bronce. El acuerdo sobre su eficacia para promover la imitación de las buenas obras fue unánime. Una gran dosis de estatuaría podía hacer del peor de los niños un niño héroe como los que murieron en Chapultepec “bajo las balas del invasor”.²⁰¹

Y a pesar de esto, y aunque no dice que sea tan válida como la “historia anticuaria” o tan efectiva como la “crítica”, sí la toma como un género más que se sigue cultivando, porque es un instrumento del poder perfectamente vigente.

Por otra parte está la “historia científica”, cuya utilidad, según Luis González, sería indiscutible “si lo fuera la científicidad de la historia”²⁰². No es poca cosa lo que dice, de entrada valida la ciencia por la ciencia, pero no le da a la historia tanto crédito, porque su idea de “historia científica” es la historia cuantitativa, que aún llama él “nueva historia”, (es interesante que todavía no tiene en su mente la “nueva historia” de la tercera generación de los Annales.). Resalta las elevadas expectativas que tienen los practicantes de este género referente al grado de objetividad que hay en ella, pero sobre todo, a propósito de la eventual posibilidad de predecir a partir de la sintetización de regularidades. Descalifica en pocos enunciados la posibilidad de que tales pretensiones sean viables, y como la historia cuantitativa no cumple sus objetivos, no puede legitimar este tipo de historia, ni siquiera evitar ridiculizarla.²⁰³

En sus párrafos de conclusiones reivindica lo favorable, razonable, justo, y en última instancia, útil de los diferentes tipos de historia: proporcionar placer, denunciar lo malo para mejorar, evidenciar lo mejor para sacarnos de nuestra

²⁰¹L. González, 1980, pp.64, 65.

²⁰²L. González, 1980, pp.66.

²⁰³L. González, 1980, pp.67-69.

mediocridad, y... nunca es desdeñable el rigor científico... entendido como el conjunto de métodos y técnicas que ayuda a llegar a la verdad. Pero es falso que reconozca la utilidad de todas por igual, su trabajo en realidad sale en defensa de una forma de escribir historia que siente amenazada. Su último párrafo resume perfectamente la actitud general que adopta durante todo el ensayo:

Quizá como todas las vocaciones auténticas, el gusto por descubrir acciones humanas del pasado se satisface sin conciencia de sus efectos prácticos, sin parar mientes en lo que pueda acarrear de justo o injusto, de aburrimiento o de placer, de oscuridad o de luz. La búsqueda de lo histórico ha sido repetidas veces un deporte irresponsable, no una actitud profesional y menos una misión apostólica. Con todo, cada vez pierde más su carácter deportivo. Quizá ya lo perdió del todo en las naciones con gobiernos totalitarios. Quizá la tendencia general de los gobiernos de hoy en día es la de influir en la forma de presentar el pasado con estímulos para las historias que legitimen la autoridad establecida y con malas caras para los saberes históricos placenteros o desestabilizadores o sin segunda intención, sin otro propósito que el de saber y comunicar lo averiguado.²⁰⁴

En síntesis, para Luis González, la persecución de un objetivo cien por ciento lúdico (en principio para el historiador) es perfectamente válida. Y al mismo tiempo lamenta que “gobiernos totalitarios” cuarten esta posibilidad dando a la historia una intención política. Estamos en 1980, con diez años de Revisionismo en la historiografía mexicana, cuando la historia había tomado un carácter crítico tras un momento de ruptura entre el sistema político postrevolucionario y la sociedad. Pero en su opinión, la intención política desvirtúa el trabajo del historiador; lo interesante es que en su interpretación, la intención política habrá de venir del gobierno, no de los historiadores. Cabe preguntarse también cuáles son los regímenes “totalitarios” que tenía en mente, si sólo estaría refiriéndose a los sistemas socialistas, vivos en ese momento aunque un tanto decadentes y sin duda “totalitarios”, o si habría considerado también al mexicano cuyos mecanismos de control eran mucho más sutiles.

¿Quién es Luis González y González? Nació en 1925; comenzó estudios de derecho, y en 1946 ingresó al Centro de Estudios Históricos de el Colegio de México; también cursó estudios de postgrado en la Sorbona de París en 1952.

²⁰⁴L. González, 1980, pp.73, 74.

Destaca por sus trabajos en microhistoria y algunos en teoría y método histórico. Fue director de la revista *Historia Mexicana* entre 1960 y 1964; para 1972 fue admitido en la Academia Mexicana de la Historia; y en la época en que escribía este ensayo, acababa de fundar y estaba dirigiendo el Colegio de Michoacán. Fue becario de el Colegio de México, del gobierno de Francia y de la Fundación Rockefeller; catedrático en varias universidades... Escribió este ensayo a los cincuenta y cinco años, en la cumbre de su carrera colmada de éxito. La neutralidad de su postura es comprensible: la historia era útil para él, era el trabajo que hacía y que lo cubría de gloria, cualquier aplicación práctica del conocimiento del pasado puede obviarse.²⁰⁵

Carlos Pereyra es el autor del primer ensayo “Historia ¿para qué?”. Veamos su idea sobre la utilidad de la historia. Es especialmente interesante porque discute la obra de Chesneaux a lo largo de todo su texto. En primer lugar distingue “legitimidad” del saber histórico, que se refiere a la validez del conocimiento adquirido entendida como la capacidad de encontrar la verdad, y “función social” entendida como la posibilidad de influir en la sociedad a través de este conocimiento. Descarta que el valor de la investigación histórica sea meramente cognoscitivo: “todo discurso histórico interviene (se inscribe) en una determinada realidad social donde es más o menos útil para las distintas fuerzas en pugna”²⁰⁶, pero de inmediato subraya que la legitimidad teórica de la historiografía no debe medirse en relación con su utilidad social; es decir, que puede no tener utilidad social y aún así ser legítima. Si seguimos la lógica de este razonamiento hasta sus últimas consecuencias, llegaríamos a la idea de que el conocimiento histórico sí es valioso por sí mismo y que sirve para encontrar la verdad; pero unas páginas más adelante Pereira evita que el lector llegue a esa conclusión: “El academicismo cree encontrar en la doctrina de la neutralidad ideológica un refugio para preservar el saber contra los conflictos y vicisitudes del momento y, en rigor, sólo consigue mutilar la reflexión arrancándole sus vasos comunicantes con la principal fuente de estímulo intelectual: termina, a fin de cuentas, por asumir de manera vergonzante las

²⁰⁵ E. Florescano, 1995, p.382.

²⁰⁶ C. Pereyra, 1980, p. 11.

formas ideológicas más chatas y reblandecidas”.²⁰⁷ Luego modera su actitud al confrontar explícitamente a Chesneaux:

El rechazo de la historia como mero afán de curiosidades no autoriza, sin embargo, a diluir su función cognoscitiva en la vorágine de las luchas sociales. Ya se sabe dónde suele desembocar la reflexión presidida por la idea —según la fórmula empleada por Chesneaux— de que “el estudio del pasado no es indispensable sino al servicio del presente”. Cuando se disuelve por completo la lógica propia del discurso histórico en los zigzagueos de la opción política inmediata, entonces no pueden extrañar ocultamientos, silencios y deformaciones: elementos triviales de información se vuelven tabú (el papel de Trotski en la Revolución rusa, por ejemplo), áreas enteras del proceso social se convierten en zonas prohibidas a la investigación, falsedades burdas pasan por verdades evidentes de suyo, etc.²⁰⁸

Cómo interpretar la posición de Pereyra en este ensayo, dado que su moderación le impide ser contundente. De hecho las advertencias que este autor hace sobre el mal uso ideológico de la historiografía, son formuladas de modo que evitan la discusión sobre el compromiso que el historiador debe tener con las luchas sociales de las que habla Chesneaux; parece que lo contradice directamente, lo cita y lo rebate, pero Pereyra se refiere a la manipulación que parte del poder político establecido, lo cual es justo lo que deplora Chesneaux. Así, Pereyra toma la cuestión de la historia como instrumento social en términos generales, y asume que los poseedores del poder van a utilizarlo, y por eso adopta una postura que rechaza el uso político de la historia; pero no toca la cuestión crucial del tipo de historia que los investigadores deberían escribir en caso que quisieran contribuir al cambio social. Pereyra reconoce el vínculo del presente y sus necesidades, con la investigación histórica; pero una y otra vez acota ese vínculo. En conjunto, la finalidad de la historia para él, es en última instancia, buscar la verdad; y su posible aplicación en el cambio social es más bien un riesgo.

Es una postura interesante viniendo de un comunista confeso. Carlos Pereyra nació en 1940; estudió Economía y Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde también fue profesor. Fue militante del Partido

²⁰⁷C. Pereyra, 1980, pp.16, 17.

²⁰⁸C. Pereyra, 1980, p.17.

Comunista Mexicano, de la Liga Comunista Espartaco; fundador del Movimiento de Acción Popular, grupo que reunía a dirigentes sindicales y de los movimientos universitarios, y que en 1981, se integraría al Partido Socialista Unificado de México; más tarde ingresó al Partido Mexicano Socialista. Pereyra no era un historiador, pero sí cultivó la filosofía de la historia. Podemos ver que en el momento de escribir este ensayo, se encontraba trabajando en los grupos comunistas, que ya para este momento estaban institucionalizados y no representaban mayor amenaza para el régimen establecido. Desde esta práctica institucional de izquierda es posible comprender la moderación de su postura, que puede sintetizarse en la idea de que el estudio de la historia se alimenta de las necesidades del presente, pero no debe alimentarlas.

Esta idea cobra mucho más definición al compararla con la propuesta por Enrique Florescano en su trabajo: "De la memoria del poder a la historia como explicación". Este autor enfatiza la posibilidad del uso de la historia como instrumento político, y aunque se refiere tanto al uso que hacen los grupos de poder (clase gobernante) como los subalternos, es el primero el que articula el ensayo, y es con el que inicia y concluye. Analicemos la introducción:

En tanto que la reconstrucción del pasado es una operación que se hace a partir del presente, los intereses de los hombres que deciden y gobiernan ese presente intervienen en la recuperación del pasado. Cada vez que un movimiento social triunfa e impone su dominio político sobre el resto de la sociedad, su triunfo se vuelve la medida de lo histórico: domina el presente, comienza a determinar el futuro y reordena el pasado: define el qué recuperar del inmenso y variado pasado y el para qué de la recuperación. Así, en todo tiempo y lugar la recuperación del pasado, antes que científica, ha sido primordialmente política.²⁰⁹

Estas palabras expresan, en términos muy contundentes, la influencia de las necesidades políticas sobre la construcción del discurso historiográfico; de acuerdo con esto, no son los historiadores quienes establecen el pasado, sino los gobiernos. Habla en general, pero desde aquí es claro que piensa en el

²⁰⁹E. Florescano, 1980, p.93.

discurso histórico construido por el régimen postrevolucionario mexicano, y en la página siguiente lo confirma. A lo largo del texto se refiere al valor científico de la historia como algo deseable, y en cierta forma vulnerable por la manipulación del poder político:

A partir de la pregunta sobre el sentido de los hechos históricos y de la preocupación por explicar por qué los hombres entran en relación entre sí y con la naturaleza para crear, desarrollar y transformar su medio y sus formas de organización, el qué ocurrió, cuándo, dónde y cómo ocurrió empezaron a transformarse en técnicas rigurosas para ubicar los acontecimientos históricos, establecer su autenticidad y descubrir sus relaciones y sentido profundo.²¹⁰

Cerca de la conclusión alude a las condiciones de producción del discurso historiográfico en términos generales, tal como Michel de Certeau las abordó en los años setenta. Esto se refiere al conjunto de requisitos que permite la práctica de la investigación en cualquier lugar donde exista la historia profesional: los archivos, las instituciones que apoyan la investigación, los métodos y procedimientos de análisis, la publicación de los resultados, incluso los lectores; todo esto es el sistema social que precede al historiador y condiciona su trabajo, al proporcionarle los medios para realizarlo. Luego agrega una interesante afirmación:

En nuestros días, esos medios donde tiene lugar la producción de la investigación histórica se llaman universidades, academias o institutos, y cumplen la doble función de crear las condiciones materiales para realizar la investigación y de definir las prácticas científicas que fijan los requisitos de la disciplina. Son las instituciones a las que el Estado delega la función social de crear y transmitir el conocimiento histórico. En países donde la sociedad civil es débil y el Estado fuerte, éste, como antes el Príncipe, determina el para qué de la obra histórica y hace de los historiadores un instrumento de su poder. En aquellos donde las clases y organizaciones políticas tienen fuerza propia frente al Estado, las instituciones de enseñanza e investigación adquieren la forma de “cuerpos” o estratos profesionales que gozan de cierta autonomía e imponen en esas instituciones sus intereses propios, gremiales e ideológicos.²¹¹

A propósito, ¿qué tipo de país será el nuestro? Este enfoque podría explicar por qué cuando los historiadores profesionales, como Luis González o Carlos Pereyra, piensan en el uso político de la historia, se refieren en principio al uso que pueden hacer los gobiernos para manipular a las masas populares, en lugar de pensar en el uso que éstas pueden hacer de la conciencia derivada

²¹⁰ E. Florescano, 1980, p.105.

²¹¹ E. Florescano, 1980, pp.123, 124

del conocimiento histórico, de la forma en que lo plantean Fontana o Chesneaux. El siguiente párrafo es igual de significativo:

Aun cuando estas instituciones declaran ser templos de la libertad, la objetividad y la imparcialidad científica y académica, por su composición social, administración, gobierno y formas de reclutamiento, de hecho favorecen a determinadas corrientes de pensamiento y admiten unas investigaciones y excluyen otras.²¹²

Enrique Florescano nació en 1937; lo que lo ubica en la misma generación que Pereyra. Estudió Derecho e Historia en la Universidad Veracruzana, y postgrados en Historia en el Colegio de México y en la École Pratique des Hautes Études. Sus críticas a las prácticas institucionales no son a ciegas: fue jefe del Departamento de Investigaciones Históricas (1971-1976), director de Estudios Históricos (1977-1982) y director general del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1982-1988). Vemos que en el momento de escribir este artículo estaba desempeñando labores administrativas, nada menos que en el INAH. Se trata de una posición privilegiada en la estructura académica, y resulta extraña su queja sobre las prácticas de las instituciones de investigación histórica.

Florescano adopta una postura que en el fondo, armoniza con la de Pereyra: pondera el valor científico de la historia, pero se lamenta de la influencia perniciosa de las exigencias políticas; y en su caso, extiende su denuncia a las instituciones académicas. González no está muy lejos, también expresa desagrado por el uso de la historia como instrumento político, pero él además pone en duda incluso el alcance científico de la historia; por cierto con base en una noción de ciencia con valores absolutos de objetividad y certeza, ya no del todo vigente en ese momento ni siquiera entre los científicos estudiosos de la naturaleza. A pesar de las diferentes trayectorias, las ideas de estos tres autores acerca del sentido social de la historia son fundamentalmente iguales.

2. Análisis de los textos de 1991

²¹² E. Florescano, 1980, p.125.

Doce años después, en 1992 se publicó la recopilación de las ponencias presentadas en un coloquio organizado el año anterior, con el título *El Historiador Frente a la Historia*. En el Prefacio Gisela von Wobeser destaca la relación entre los cambios políticos, económicos y sociales, y el desarrollo de otras disciplinas, con la aparición de nuevas corrientes historiográficas desde finales de los sesenta. También afirma que el motivo del libro es conocer la opinión de un grupo de historiadores acerca de qué es la historia y sobre la forma en que han vivido los cambios en su disciplina. Aún cuando el eje rector de esta obra no es la pregunta sobre el para qué de la historia, como en el caso anterior, algunos de los autores abordan directa o indirectamente el problema, de modo que su discurso puede ser analizado. Encontramos de nuevo a Enrique Florescano y a Luis González, lo que nos ofrece una oportunidad de realizar un ejercicio comparativo, entre las posturas que adoptan en 1980 y las expresadas en 1991.

Florescano en “La nueva interpretación del pasado mexicano” no se refiere explícitamente al problema del sentido social de la historia; pero al señalar los logros y retrocesos que, a su juicio ocurrieron en la disciplina en las tres décadas anteriores, podemos advertir dos conjuntos de valores, positivos y negativos, que el autor atribuye a la historia de ese momento, y a partir de ello podemos inferir el modelo que considera adecuado.

En primer lugar destaca las aportaciones de los métodos de otras ciencias sociales. También celebra que los historiadores se hubieran abierto al estudio de nuevos problemas a partir de nuevos enfoques, que hayan aparecido nuevos tipos de historia además de la política. Asimismo señala como un logro que la historia ya no sea prisionera de los “ismos”; es decir, que se privilegie el resultado de las investigaciones por encima de su filiación a determinado partido historiográfico”, con lo cual se refiere a la orientación ideológica de los

autores o al apego dogmático a una corriente, llámese Marxismo, historia cuantitativa, etc.²¹³

Entre los retrocesos incluye tres aspectos que me parecen muy relevantes. Uno se refiere al bajo aprovechamiento de los estímulos a la investigación por parte de los historiadores; afirma que si bien se han multiplicado los recursos, instituciones, fondos, archivos, bibliotecas y plazas de trabajo, esto no se ha reflejado en la calidad ni en la cantidad de las investigaciones. También afirma que la nueva estructura académica privilegia la investigación, mientras desatiende la docencia; y mucho más aún la divulgación, pues los avances (pocos o muchos) de la historia profesional no llegan a la educación básica y media, ni al público en general; esto le parece grave porque de este modo la historia no puede cumplir con su función social de entender y explicar la realidad. Otro asunto que destaca es la disminución de los antiguos niveles de rigor y exigencia académica en la investigación histórica, y su sustitución por “prácticas populistas, ideológicas y gremiales”; esto podría prestarse a una interpretación muy amplia, pero en seguida vemos que se refiere a las reformas en los programas de educación superior, donde, dice, “se le dio un lugar desmesurado al marco teórico” y “la mayor parte de estas reformas adquirió un tinte dominado por posturas izquierdistas” y que “antepusieron tales posturas ideológicas a los rigores de la investigación”.²¹⁴

Vemos entonces que Florescano juzga de manera favorable la inclusión de nuevos métodos y la interdisciplinariedad, y la apertura a problemas y enfoques diferentes; todo ello propio de la Escuela de los Annales. Por supuesto coloca como un valor fundamental el rigor académico, y reprocha a la generación posterior a la suya, el haber privilegiado la toma de posición ideológica; y lo reprocha porque para él, la toma de posición ideológica es un factor que disminuye el rigor científico y empobrece la calidad de la investigación. Esto último corresponde a una concepción particular de la historia que se revela

²¹³ E. Florescano, 1992, pp.11-13.

²¹⁴ E. Florescano, 1992, pp.13-16.

cuando retoma una cita de Silvio Zavala donde lamenta la arrogancia de los nuevos historiadores, quienes intentan imprimirle al pasado sus modelos y su lenguaje gremial, lo cual terminará por hacer que esa historiografía hable más sobre el siglo XX (cuando se escribió) que sobre los siglos pasados que pretende estudiar, aunque no especifica quiénes son estos “nuevos historiadores” ni cuándo aparecieron; recordemos que para Zavala, el sentido de la historia es conocer el pasado, nada más.²¹⁵

De esta manera, Florescano relaciona automáticamente ideología (izquierdista en particular) con falta de rigor; esto sorprende porque parece soslayar dos puntos: primero que la falta de rigor es un riesgo que corre cualquier científico, y segundo (llamativo viniendo de un estudioso de los discursos sobre el pasado) que todo trabajo histórico lleva implícita una ideología que interviene en la selección y organización de los datos. Ahora bien, eso no significa que su señalamiento sobre la falta de rigor sea inapropiado, acierta sin duda, sólo que no lo dirige a la investigación histórica en general, que incluye la normada por distintas tendencias izquierdistas, pero también por tendencias diferentes. Acierta asimismo cuando se refiere a la desconexión entre el producto de la historia profesional y la población en general. Reconoce que parte de las limitaciones en la enseñanza y en el desarrollo de los nuevos investigadores tiene que ver con la ausencia de mecanismos efectivos de intercambio de información entre los investigadores, profesores y estudiantes. Es legítimamente autocrítico cuando reprocha el abandono de la divulgación histórica por parte de los historiadores académicos; quienes no han sabido involucrarse con los medios de comunicación masiva ni crear productos atractivos para el público en general; según este texto, los investigadores han privilegiado sus intereses individuales y corporativos, por encima de los de la sociedad que financia su trabajo a través de los impuestos. Florescano reclama la necesidad de una reforma profunda de la enseñanza, la investigación y la difusión que tomara en cuenta las necesidades reales de la sociedad; pero no propone una dirección, mucho menos una estrategia

²¹⁵ E. Florescano, 1992, pp.18-21.

específica. Finalmente afirma que la función social de la historia es entender y explicar la realidad, lo cual implica investigar, comprender y comunicar lo que se encuentra.²¹⁶

Veamos el trabajo de Luis González en este mismo volumen, “La historiografía que nos rodea”. Comienza con una interesante reflexión sobre las preocupaciones que aparecieron en la década de los ochenta. Explica cómo la crisis económica y el atraso técnico llamaron la atención hacia los saberes especializados y prácticos, como designa a las disciplinas técnicas, como las ingenierías, donde en principio las ciencias sociales no tendrían que estar. Puede observarse una interesante concordancia con Florescano a propósito de las limitaciones formativas en los historiadores jóvenes debidas a la idea en algunas “universidades públicas” que no dice cuáles son, de que era más importante preparar agentes del “cambio histórico” que “historiadores para investigar”. Pero ese no era el caso de la UNAM, el Colegio de México y la UIA, especialmente, los cuales daban en ese momento una formación “humanista, con un mínimo de materias instrumentales, un máximo de panoramas históricos, ciencias sistemáticas del hombre y filosofía”; ahí sí se formaban investigadores ; en las otras, incluyendo algunas de provincia donde aún se daba Materialismo Histórico I, Materialismo Histórico II, etc., sólo se originaban profesores de educación media, algunos “militantes de la revolución por venir” y “seguramente pocos autores de textos históricos”, que tampoco dice cuáles son.²¹⁷

González no está preocupado por la falta de rigor académico, como Florescano; más aún, no está preocupado en lo absoluto porque a su parecer, la historia profesional se encuentra a buen resguardo, pues a fin de cuentas los historiadores ideológicamente de-formados estarán, por sus propias

²¹⁶ Al momento de escribir este trabajo, Enrique Florescano era Coordinador Nacional de Proyectos Históricos del Concejo Nacional para la Cultura y las Artes.

²¹⁷ L. González, 1992, pp.29-31.

limitaciones, condenados a vivir en un universo diferente. Sin embargo, esto no le impide soltar algunas líneas de sarcasmo indulgente para los marxistas, que “no renuncian a su cómodo sistema de explicación histórica, a pesar del descrédito tras la caída del Muro de Berlín, porque prefieren un cubículo y fama de revolucionarios a las incomodidades del trabajo de archivo y lo feo de ser llamados anticuarios, ratas de archivo y elitistas”.²¹⁸

Los comentarios de González sobre las discusiones teóricas del momento son fascinantes. Reflexiona que en esa época la teoría ya no se pregunta por las formas de escribir historia, sino por su utilidad. Lo atribuye a la llegada de estos tiempos cuando la eficiencia es importante y todo tiene que demostrar su poder de uso. En otros tiempos, cuando él estudiaba, la historia sólo servía para “satisfacer la curiosidad humana y construir la ciencia de la cultura”, conocer la manera en que las sociedades adquieren sus características; en cambio ahora (1991) “el historiador que se atreve a decir que la historia no sirve, que es sólo un pasatiempo agradable, es mal visto y mal tratado”. Podemos suponer que González no quiere ser mal visto ni mal tratado, ¿quién lo querría? así que no se atreve a decir que la historia no sirve; en vez de eso afirma con extrañeza nostálgica y burlona, que “casi todos los profesionales de la historia nos preguntamos si lo que hacemos puede contribuir a la salvación de México y de la humanidad”; hasta menciona como de pasada el ejercicio propiciado por Moreno Toscano más de diez años antes, *Historia ¿para qué?*, donde ya hemos visto que él concluyó, de manera implícita pero clara, que el mejor uso de la historia es pasarla bien.²¹⁹

Cerca de la conclusión destaca otro de los fenómenos en que Florescano profundiza, la desconexión entre la historia profesional y académica y el público en general, en el que incluye por cierto a los estudiantes de primaria, secundaria y preparatoria. Menciona el problema, no lo analiza como Florescano; de hecho esta es una idea que forma parte de sus reflexiones

²¹⁸ L. González, 1992, pp.31, 32.

²¹⁹ L. González, 1991, p.33.

generales sobre los avances en la cientificidad, donde la historia ha logrado la construcción de conocimiento válido. A pesar de ello, este tipo de historia no ha logrado salir del círculo académico; la historia narrativa, sobre todo la biográfica, patriótica y la que ha conquistado los medios audiovisuales sigue teniendo demanda. Pero en ningún momento se pregunta por qué los historiadores profesionales que hacen historia científica no se han ocupado de conquistar al gran público. Por lo demás, el balance de la historia profesional, científica y académica es bueno; muchas fuentes nuevas y herramientas para procesarlas, como las computadoras, y aunque el salario promedio de los investigadores bajó del equivalente a 2000 dólares al mes en 1982 al equivalente a 600 dólares en 1989, el SNI ha compensado un poco este inconveniente.²²⁰

Luis González es bastante congruente en este texto con su visión general de 1980; sostiene una tesis central donde el sentido de la historia es conocer y la tarea del historiador es comunicar lo que sabe; cualquier otra motivación es propia de quienes buscan la comodidad y los reflectores en lugar del trabajo serio. Florescano por otra parte ha dejado de ocuparse del problema potencial en el uso de la historia por parte del poder político; en cambio se concentra en los errores del propio gremio. Al observar la valoración que hace Florescano de la situación de la disciplina en 1991, vemos que sus cuestionamientos, aquello que corresponde a lo que los historiadores deberían hacer y no están haciendo, se dirigen a la falta de rigor para construir conocimiento válido y la incapacidad de transmitir el que se obtiene a cualquiera que no esté en el círculo académico; esto no es distinto a la tesis detectada en los textos de González, conocer y dar a conocer. Lo que no dice Florescano es para qué hacer esto, de lo cual puede deducirse que no hay una segunda intención; es decir, que no busca hacer nada con la generación y transmisión de conocimiento.

²²⁰ L. González, 1992, pp.30, 34-37.

Estos dos autores son los únicos que aparecen en la obra de 1980 y en la de 1992. No hay ningún marxista en la última que pueda servir como referencia; este hecho en sí daría mucho que pensar, pero sería necesario conocer la razón para que no se incluyera a ningún representante de esta corriente en esta obra en particular, y como no la sabemos, me niego a especular sobre este asunto. Sin embargo, sí existen algunos datos positivos que se relacionan con esto. En primer lugar llama la atención que tanto Florescano como González, consideran la filiación ideológica como un elemento que determina falta de rigor y disciplina en los investigadores, y además que sólo asocian el pensamiento de izquierda con una pertenencia ideológica. En *Historia ¿para qué?* No se observa esta clase de asociaciones. En 1991 está ocurriendo la crisis del sistema soviético, y la expansión del Capitalismo neoliberal; este entorno puede explicar el descrédito del Marxismo como modelo de explicación; pero en este punto no hay pruebas de ello.

El resto de *El Historiador Frente a la Historia* vale para nuestros propósitos pero sólo en conjunto, y exclusivamente para reflexionar sobre la discusión teórica en general que nos aporta. Además de los textos comentados, reunió las conferencias de autores como Silvio Zavala, Miguel León Portilla y Juan Ortega y Medina. Los tres hablan sobre la condición de cientificidad de la historia, la posibilidad de encontrar verdades, el carácter histórico del propio historiador, su relación con las fuentes, etc., temas que, aparentemente no importa cuánto se toquen, siguen abriéndose una y otra vez como asunto prioritario de la postura teórica de los historiadores. Salvo el trabajo de Ortega y Medina, expuesto con una lucidez extraordinaria, los otros dos parecen casi improvisados, van de un tema a otro sin un hilo conductor y no queda claro el punto a demostrar.

El libro sólo confirma la dificultad, evidente en ese momento y persistente a nuestros días, de hablar de la historia como un todo, en favor de la historia con apellidos: historia económica (Carlos Marichal), historia regional (Carlos Martínez Assad), historia de las mujeres (Josefina Muriel), historia cuantitativa

(Horacio Crespo), historia de las mentalidades (Sergio Ortega Noriega), historia política (Álvaro Matute). Los ensayos con esta característica son en general interesantes, algunos más que otros, porque ofrecen balances del tratamiento de determinados temas o del desarrollo de su tipo de historia; algunos, como Ortega Noriega y Crespo se obligan a conceptualizar y definir, y se preocupan por explicar los alcances, limitaciones y objetivos de la historia que practican, y esto hace de sus textos aportaciones relevantes. Pero en conjunto este libro sólo ejemplifica el problema de la fragmentación creciente de nuestra disciplina; incluso cierto desdén hacia el ejercicio teórico, se puede ver deficiencia de rigor en la edición, errores ortográficos y falta de uniformidad en la presentación de los trabajos.

3. Análisis de los textos del 2000

Vamos un poco más adelante, al año 2000, para observar otro conjunto de textos teóricos, esta vez contenidos en el NO. 15 de *Historia y Grafía*, revista de reflexión teórica e historiográfica de la UIA. Este número en particular reúne ensayos que consideran, entre sus problemas a tratar, el del sentido de la historia. En esta ocasión veremos el tratamiento del asunto desde la perspectiva del giro postmoderno. Esta perspectiva se ve reiteradamente en la línea general de la revista en los últimos años; es importante porque constituye una referencia clave en cuanto a reflexión teórica para los historiadores activos a principios del siglo actual. También es una forma de hacer historia con principios diferentes de los dados por las teorías de izquierda, la Nueva Historia o la historia tradicional.

El ensayo de Alfonso Mendiola en el No.15, "El Giro Historiográfico. La observación de observaciones del pasado" reflexiona sobre la realidad y la posibilidad del historiador para acceder a ella, y revela asimismo una concepción sobre el sentido de la historia de acuerdo con la teoría del Giro Lingüístico. Veámoslo en orden.

La tesis central de este trabajo puede resumirse en pocas proposiciones. Nosotros (los historiadores) no explicamos el pasado, explicamos observaciones sobre el pasado; más específicamente explicamos el pasado sólo en la medida en que lo hemos considerado a la luz de algún tipo de descripción o especificación verbal socialmente construida. Esto implica que el historiador se pregunte por qué dice lo que dice del pasado, y deje de creer que el pasado se expresa sin su intervención. Y dice literalmente que la realidad sólo es tal en la medida en que es observada, y no existe una realidad en sí, pues una realidad en sí sería aquella capaz de expresarse por sí misma, sin la necesidad de un observador; pero esto no es así, la observación y la comunicación de la realidad requieren de determinadas condiciones establecidas históricamente. Por este motivo, el Giro Historiográfico ofrece una teoría de la historia que parte de la propia historia, al reconocer la historicidad del observador que comunica la realidad.²²¹

Esta postura aborda directamente el papel que juega el historiador en la elaboración del discurso histórico. Ya hemos visto los fundamentos de la epistemología postmoderna, en la cual se inscribe la argumentación de Mendiola, pero es necesario hacer una aclaración antes de continuar. Mendiola no dice que la epistemología del Giro Historiográfico sea postmoderna; en cambio afirma que responde a una expresión propia de la Modernidad. El motivo de esta propuesta, tan distinta de la forma usual de considerar el Giro Historiográfico, se basa en la idea de que la disolución del orden aristócrata, jerárquico y centralizado propio del Antiguo Régimen, en un régimen multirreferencial, trajo la necesidad de introducir al observador en el análisis. La razón es que las sociedades del Antiguo Régimen aceptaban la existencia de una sola verdad, la de la aristocracia, y las sociedades modernas poseen muchos espacios donde se construyen múltiples verdades, de manera que es necesario saber quién habla para comprender a qué se refiere. Esto significa que opone el concepto de “Modernidad” al de “Antiguo Régimen”, dos etapas históricas. El lenguaje científico no es visto aquí como el propio de la

²²¹ A. Mendiola, 2000, pp.183, 184.

Modernidad, sino como uno de los muchos que habitan en ella, que además está sujeto a cambios a través del tiempo y del espacio, por eso dice que es necesario saber quién habla para entender a qué se refiere. Esta forma de argumentación, correspondiente al Giro Historiográfico es vista también como una de las múltiples posibilidades abiertas por la Modernidad, y por lo tanto inscrita en ella; pero puede ser considerada postmoderna si no se piensa en la Postmodernidad como una era o momento histórico, sino como una estrategia epistemológica.²²²

Hemos visto también que una característica de este tipo de epistemología es la creación de una paradoja: si la realidad sólo existe al ser observada y comunicada a través de convenciones históricamente determinadas, entonces esta afirmación es parte de esa realidad construida, y no implicaría una validez universal. Dicho de otro modo, una observación situada históricamente sólo puede observarse por un observador que a su vez está situado históricamente, quien es inconsciente de los condicionantes que lo hacen observar y comunicar lo que observa; para saber qué condiciona a este observador se necesita de otro, también con condicionantes inconscientes, y así sucesivamente. Es una dificultad considerable al momento de intentar hacer afirmaciones con pretensiones de validez. Mendiola de hecho reconoce que esta paradoja implícita ha dificultado la aceptación general del Giro Historiográfico por la mayoría de los historiadores. Pero ofrece una solución: sugiere que es posible resolver la paradoja que implican los enunciados autorreferenciales, simplemente al diferenciar la observación de primer orden, aquello de lo que se habla, de la observación de segundo orden, el que habla; en la primera el observador se excluye de la construcción al decir cómo es la realidad, en la segunda se incluye y se pregunta por qué ve lo que ve y no otra cosa.²²³ La dificultad podría estar en el hecho de que el observador nunca podría observarse completamente a sí mismo, aunque se lo propusiera, siempre persistiría un punto ciego, y sería indispensable que otro lo observara.

²²² Los cambios epistemológicos de las sociedades modernas con respecto a las premodernas son ampliamente tratados en: A. Mendiola, "Un nuevo reto a la interpretación de las crónicas de la Conquista", en: *Historia y Grafía*, No.20, 2003.

²²³ A. Mendiola, 2000, p.195.

No obstante, la interpretación anterior nos permite inferir, aunque Mendiola no lo dice, que una determinada construcción de la realidad puede validarse en principio, si concuerda con los parámetros del momento en que ocurre, a reserva de ser situada históricamente por un observador de segundo orden que detecte las condicionantes que la determinaron; esta segunda observación sería válida también, aunque luego tuviera que ser situada históricamente por un tercer observador, etc. Esto no restaura la noción de Verdad universal al conocimiento histórico, porque todo conocimiento sería necesariamente provisional; pero sí lo sitúa en un espacio de validez intersubjetiva, es decir que podría ser compartido y aprobado por una comunidad, donde puede ser aceptable en tanto las condiciones que determinaron su construcción permanezcan vigentes. Desde este punto de vista, la realidad existe y puede conocerse, pero es necesario ubicar al observador para saber por qué ve y dice lo que ve y dice, además de que los historiadores no podemos olvidar que en nuestra construcción de la realidad hay condicionantes que provienen de nuestra cultura, de los que no podemos prescindir y de los que no somos conscientes. Este enfoque debería evitar la parálisis derivada de la imposibilidad de alcanzar verdades universales y permitir la investigación histórica, al mismo tiempo que se conservan los presupuestos reflexivos que favorecen la crítica del quehacer historiográfico.

A esta altura es posible preguntarnos cuál es el sentido social de este tipo de historiografía. Mendiola dice textualmente:

Los sistemas funcionales que conforman a la sociedad moderna (economía, política, arte, ciencia, religión, etcétera) plantean relaciones con los horizontes de la temporalidad de manera diferenciada. Por ejemplo, a través de su *función* social se vinculan con *el presente*; por medio de las *prestaciones* que pueden ofrecer a los otros subsistemas de la sociedad, con el *futuro*, y, como ya adelantábamos, su *auto reflexión* los orienta hacia su pasado. *La historiografía* vincula a la historia con *su pasado*, esto es, con la historia de la historia; *la investigación histórica* con *el futuro* y, por último, la construcción de *identidades colectivas* que realiza la relacionan con *el presente* de la sociedad.²²⁴

²²⁴A. Mendiola, 2000, 196, 197.

La conclusión es simple y directa: la historia sirve en su presente para crear identidades colectivas, esa es su función social. En términos prácticos suena a una gran responsabilidad para el historiador. Aquí la historia no sólo busca conocimiento para transmitirlo, crea “identidades colectivas”. Este texto de Mendiola no permite ir más allá, pero podemos continuar la reflexión a través de otro trabajo publicado en el mismo número de *Historia y Grafía* “Ética, historia y postmodernidad” de Luis Vergara, donde el autor estudia específicamente la función social de la historia de acuerdo con la teoría de los sistemas sociales del sociólogo alemán Niklas Luhmann (1925-1998)²²⁵, quien es el autor principal en el marco teórico de la obra de Mendiola, pues la mayor parte de sus fundamentos provienen de su trabajo.

Luhmann desarrolló un modelo estructuralista-funcional, donde el sistema social se compone de “sistemas de sentido”; éstos se caracterizan por constituir unidades que son fundamentalmente independientes, pero se interrelacionan de maneras específicas: el conjunto de los “sistemas de sentido” forman el “entorno” de cada uno de ellos. Todos basan su funcionamiento en pura comunicación. Hay diferentes clases de sistemas; entre los sistemas “sociales” propiamente dichos se encuentran los llamados “sistemas societales” donde se ubican el político, el económico, el jurídico, el científico, etc. Cada uno de ellos se encuentra cerrado; esto es, las operaciones comunicativas que constituyen a cualquiera de ellos se realizan en términos de un código bivalente distinto de los otros; por ejemplo, el sistema jurídico opera a partir del código legal/ilegal, mientras que el científico tiene el de verdadero/falso. Lo interesante es que, de acuerdo con este modelo, aunque los sistemas interactúen, nunca pierden sus códigos rectores; es decir, el sistema jurídico actúa dirimiendo conflictos en otros sistemas, pero en realidad el código legal/ilegal sólo es normativo para él; y del mismo modo que en lo jurídico no importa si algo es bueno o malo, sino sólo si es legal o ilegal, a la ciencia sólo le importa si algo es verdadero o falso.²²⁶

De acuerdo con este modelo, la idea de que el conocimiento histórico pueda tener impacto en el presente o en el futuro, es

²²⁵ Luhmann fue discípulo de Talcott Parsons, uno de los principales teóricos del Funcionalismo. No hizo aportaciones directas al campo de la historia, pero el alto grado de abstracción de su teoría de Sistemas, ha permitido que se aplique al estudio del pasado.

²²⁶ L. Vergara, 2000, pp.86-89.

improbable. La historia se inscribe en el sistema científico, y por lo tanto opera bajo el código verdadero/falso; de manera que su función es encontrar la verdad sobre el pasado. Para que la historia pudiera utilizarse con fines de cambio social, tendría que comunicarse en un código moral, bueno/malo. Según este modelo la moral no forma un sistema social específico, sino que afecta algunos aspectos de las relaciones sociales; y teóricamente, no podría reemplazar el código rector de ningún sistema.²²⁷

Otra característica de los sistemas, es que su funcionamiento es inconsciente para los individuos. Suponiendo que el modelo de Luhmann esté en lo cierto, los historiadores profesionales operan bajo el código verdadero/falso, y no importa cuánto quieran apegarse a un código moral, su sistema no es capaz de aceptarlo. Así resulta que cualquier pretensión de escribir historia con base en un código moral permanecería en el ámbito de las “buenas intenciones”; incluso si ciertos individuos tomaran la decisión de hacerlo, su trabajo no sería académicamente aceptado.²²⁸

Esto implica que, aún cuando es factible que la historia sea capaz de crear “identidades colectivas”, el historiador no podría controlar el proceso, no podría recurrir a la ética para seleccionar la información que comunica, pues ésta será determinada por las convenciones de su disciplina. Podemos preguntarnos entonces ¿Cómo se forman las identidades colectivas a través de la historia? Si reflexionamos en este punto podemos advertir que la historia no necesita condicionarse moralmente para decirle a una sociedad qué o quién es; simplemente requiere aplicar el código verdadero/falso para enunciar los hechos del pasado.

Queda un cabo suelto, porque según Mendiola, el historiador construye la realidad de acuerdo con las condicionantes del momento y lugar donde escribe;

²²⁷ L. Vergara, 2000, pp.90-92

²²⁸ Luis Vergara, 2000, p.92.

de este modo, lo verdadero o lo falso, parecerían conceptos carentes de contenido. Pero no es así; el código verdadero/falso, es sólo el código rector de la ciencia, aquello que le permite funcionar de manera coherente, pero no necesariamente tendría que relacionarse en la práctica con aquello que llamamos realidad objetiva.

Como puede observarse, la dimensión de los problemas planteados aquí es diferente. Estos últimos autores ya no se preguntan sobre la utilidad del conocimiento histórico, sino sobre la misma posibilidad de obtenerlo. Vergara comprende con claridad las implicaciones éticas de dirigir la historia al cambio del presente, pero no lo considera factible.

Conclusiones

La pregunta inicial de esta investigación fue ¿cuál es la idea que algunos historiadores mexicanos tienen sobre la utilidad social de la historia a finales del siglo XX? A partir de la pequeña muestra estudiada es posible extraer una respuesta aproximada pero regular. En los textos correspondientes a 1980 y a 1992, sin importar la corriente interpretativa con la que se identifica al autor ni su pertenencia generacional, persiste la idea de que el principal objetivo de la historia es conocer la verdad sobre el pasado, nada más. Los autores hablan de la necesidad de divulgar el conocimiento y reconocen que es un objetivo sin cumplir, pero en general piensan en la historia como una herramienta de control social que usa el Estado, y previenen en consecuencia contra el uso político de este conocimiento, pero no visualizan la posibilidad del uso político por parte de fuerzas sociales no hegemónicas; de hecho asocian la carga ideológica con falta de rigor. Para el año 2000 ya existe una alternativa, la historia construye verdades relativas y su sentido social queda abierto, indefinido, la historia tiene una función en el presente, pero el historiador no puede tomar decisiones acerca del impacto de su trabajo.

Aún podemos reflexionar sobre las causas de este resultado. Hemos visto que la historia profesional en México se consolidó a través de varias etapas. En primer lugar tenemos la integración del pensamiento moderno científico, que para México sirvió como base de la construcción de una identidad nacional; al principio, aún en la época colonial, para separar lo propio de lo europeo; y más adelante, para fundamentar la existencia del Estado mexicano y delinear sus características durante el siglo XIX. Después, una vez establecido el régimen postrevolucionario, se crearon las instituciones encargadas de formar a los historiadores y de otorgar los recursos para la investigación. A lo largo de este proceso, la forma de hacer historia en México, se caracterizó por apearse a los criterios de cientificidad; aún cuando no fue sino hasta la década de 1940 que los historiadores mexicanos adoptaron métodos estrictos de investigación y se preocuparon por fundamentar toda su información, ya desde el siglo XIX aspiraban a la exacta reconstrucción de los hechos. Así, el largo trayecto hacia

la profesionalización, imprimió un sello cientificista a la historiografía tradicional mexicana.

Desde este enfoque, es posible comprender la reiterada insistencia de los historiadores en el tema de la verdad; algunos, como Silvio Zavala, Enrique Florescano y Luis González, sosteniendo que su búsqueda es el sentido de la investigación histórica; otros, como Edmundo O'Gorman y Alfonso Mendiola, cuestionando los métodos tradicionales, uno para descubrir verdades más provechosas y el otro para encontrar verdades más exactas. Las corrientes historiográficas de vanguardia en el extranjero llegaron a nuestro país con cierto retraso y se adaptaron a las costumbres académicas locales; pero cumplieron una tarea de renovación simplemente al ofrecer alternativas a la historiografía tradicional. El Historicismo dio a O'Gorman herramientas de reflexión sobre los vínculos entre el pasado y el presente; la Escuela de los Annales ofreció a Florescano una forma diferente de pensar los periodos y los hechos históricos, no con base en los esquemas políticos, sino a través de los cambios sociales, y le dio acceso a la historia cuantitativa y a la historia de las ideas; el Giro Lingüístico le permitió a Mendiola observar una diferencia entre lo que es y lo que se puede ver.

Pero persiste la cuestión de por qué el sentido social observado en los textos de muestra entre 1980 y 2000, es tan consistentemente conservador. Hemos visto en el pensamiento de algunos marxistas, como E. P. Tompson, Fontana y Chesneaux, la defensa de un determinado punto: la pertenencia ideológica y la búsqueda del cambio social, no implica falta de rigor en el trabajo de investigación histórica. Esa argumentación hace evidente que existe una creencia general de que la ideología impide la búsqueda de la verdad, pues sólo es pertinente una defensa tras una acusación. Florescano y González en sus textos de 1991 ejemplifican esta idea. Por la misma época, Fontana escribía *La Historia después del fin de la Historia*, donde se refiere al descrédito del Marxismo tras la caída de la URSS; refrenda su ideología al tiempo que marca una distinción entre el Marxismo como modelo de interpretación, y el Socialismo Real; de este último señala que su extremo autoritarismo haría

imposible que investigadores como él pudieran desenvolverse ahí. Pero a pesar de que no resulta difícil advertir la distancia entre un modelo teórico y su aplicación política, Fontana insiste en que la comunidad académica internacional los confunde.

No me fue posible localizar datos precisos para describir los cambios en las tendencias historiográficas en México, causadas específicamente por la caída de la URSS; sin embargo, cabe suponer que los hubo. Si es el pensamiento de izquierda el más vinculado a la búsqueda del cambio social, y esta inclinación perdió prestigio y credibilidad; entonces esto podría ser un factor para la persistencia o el fortalecimiento de enfoques que no promueven el cambio social.

Ahora bien, hay paradigmas historiográficos, como la Nueva Historia Francesa o la derivada del Giro Lingüístico, que no hablan de cambio social, pero tampoco podríamos ubicar como modelos conservadores, porque plantean una crítica a los métodos propios de la disciplina histórica. Esto, en términos de utilidad social puede ser el principio de algo, un punto de partida en el que se ha advertido que la historia narrativa política tradicional no está cumpliendo con los objetivos que su presente reclama, cuales quiera que sean. Pero el punto de llegada de estos modelos diverge de la búsqueda del cambio social.

Por ejemplo, Le Goff en la Introducción de *Hacer la Historia* (1974) resalta fundamentalmente la necesidad de renovar el campo de la disciplina histórica: “nuevos problemas”, “nuevos enfoques” y “nuevos temas”. Esta necesidad de “renovación” proviene de la toma de conciencia por parte del historiador, sobre el relativismo del conocimiento que construye; el cual se verá condicionado por el entorno en que se desarrolla; no niega la posibilidad de construir conocimiento verdadero, sólo exige poner atención a las condiciones de producción de la historia.²²⁹ La crítica del Giro Lingüístico va en la misma

²²⁹ J. Le Goff, 1985, pp.10-16. El problema del “lugar social del historiador” es ampliamente desarrollado por Michel De Certeau en la misma obra, pp.19-50.

dirección, aunque llega más lejos al señalar que lo que el historiador estudia no es el pasado, sino sólo observaciones del pasado (contenidas en los documentos), y a su vez lo que él produce es una observación; de modo que aquello que entendemos como “realidad”, sólo es tal en la medida en que es observada; de lo anterior se sigue que no existe una realidad en sí, pues esa se explicaría por sí misma, sin necesidad de un observador.²³⁰

Estas tendencias implican dos dificultades para fundamentar una historiografía comprometida con el cambio social. La Nueva Historia, en su afán de abrir campos no explorados en los años setenta, derivó en una grave dispersión del conocimiento histórico; las investigaciones fundamentadas en ella tienden a centrarse en temas y problemas especializados y acotados en exceso, que no pueden ser integrados en una visión de conjunto; esta limitación impide a su vez la comprensión del proceso por el cual se ha conformado nuestro presente.

El Giro Lingüístico, por su parte, proporciona métodos muy efectivos para desmontar los discursos que los poderes establecidos usan para legitimarse²³¹; pero sus fundamentos constructivistas se vuelven con mucha facilidad arma de suicidio epistemológico, sin mencionar que el estilo retórico que suele adoptar puede ser inaccesible incluso para los especialistas. No obstante, desde el punto de vista del desarrollo de nuestra disciplina, creo que ambas son tendencias legítimas, en particular por la reflexión autocrítica a la que pueden dar pie.

A fin de cuentas, estos tipos de historiografía, aunque no contribuyen al cambio social por los motivos mencionados, tampoco puede decirse terminantemente que lo estorben, porque están tan desvinculados de la sociedad en general, que ni siquiera pueden ser utilizados por los poderes establecidos para manipularla; al menos no directamente. Es el mismo caso de la historiografía

²³⁰ A. Mendiola, 2000, pp.181-208.

²³¹ Ver, por ejemplo, el ensayo sobre el uso de la retórica en libros de texto, en: P. Chinchilla, “Aprender de la historia o aprender la historia”, en: *Historia y Grafía*, No.15, Universidad Ibero Americana, México, 2000, pp.119-150.

tradicional, erudita y narrativa que se queda en los círculos académicos especializados. Paradójicamente, mucha de la producción historiográfica de izquierda también es académica y se mantiene fuera del alcance del público en general. Desde este enfoque, la historiografía mexicana de este período es una gran zona gris, al margen de los conflictos del presente; en el mejor de los casos los observa y se inspira en ellos, pero siempre desde un lugar pasivo.

Podemos considerar la naturaleza de las condiciones operativas necesarias para que el trabajo profesional de los historiadores, es decir la producción de investigaciones, tenga impacto en la realidad vigente. Primero es necesario que el historiador trate problemas que se relacionen con los presentes, aunque estén lejanos en el tiempo, tendría que establecer un vínculo entre el pasado y su actualidad. La forma de tratar estos problemas tendría que ser crítica, es decir, con un afán de detectar errores o fracasos en el pasado y de evidenciar su persistencia en el presente. Lo anterior con el fin de desarrollar un grado de conciencia suficiente entre quienes podrían impulsar cambios en las condiciones existentes, con el objetivo de mejorar en el futuro. Si los historiadores no hacen este tipo de investigación, su trabajo puede servir a la ciencia de la historia, pero nunca sabremos si es capaz de generar cambio social.

Con todo, no es suficiente; aún la historia comprometida con el presente será inútil si no llega a los encargados de tomar decisiones sobre la realidad política y económica. Estos agentes históricos son de dos tipos: las elites económicas y políticas (que pueden ser una y la misma) y la sociedad en general (que comprende a todo el que no pertenezca a las elites). Ahora bien, las elites tienen la mayor injerencia en los asuntos comunes, los que interesan a la sociedad en general; mientras ésta última normalmente acata los lineamientos de las primeras. Las elites no están, ni tendrían por qué estar interesadas en cambiar la realidad vigente, a menos que su posición sea vulnerada. La sociedad en general suele ser la más interesada en mejorar las condiciones en que vive; pero su margen de maniobra depende de su capacidad de organizarse para no acatar los lineamientos de sus elites. Entonces, si la

historia ha de contribuir al cambio, su campo de acción tendría que ser la sociedad en general, ésta tendría que conocerla y comprenderla, y utilizar luego ese conocimiento para entender los problemas de su presente y actuar para resolverlos. Esto implicaría la lectura de una historiografía seria y crítica, por parte de una fracción de la sociedad en general, lo suficientemente grande como para impulsar un cambio.

¿Qué le impide al historiador asumir este compromiso? En mi opinión, nos hemos vuelto incapaces de pensar en términos de “sentido social”. Desde hace décadas existen y se han observado las limitaciones que el sistema académico vigente impone a una investigación histórica que, además de ofrecer datos incuestionables, incluya un análisis profundo de la interrelación de los fenómenos con el pasado. Se han señalado obstáculos como la exigencia por parte de los órganos de financiamiento y de los centros académicos hacia los investigadores, de sostener cierto ritmo de publicaciones (mucho más viable si se escriben artículos que libros); o las dificultades para combinar la investigación con la docencia; en síntesis, falta de tiempo.²³²

Por otra parte, las restricciones que el mismo sistema académico impone para limitar el contacto entre la producción historiográfica profesional y el público en general, no son tratadas a profundidad por casi nadie. Algunos mencionan los hechos más evidentes en lo tocante a este asunto, como que la publicación en revistas de divulgación no tiene valor curricular, por ejemplo.²³³ Pero es importante recalcar las implicaciones de esta situación: el Capitalismo Flexible alcanzó las dependencias estatales, como el SNI, que funciona como una empresa donde el máximo valor es la productividad, no el compromiso social. Otro asunto son las limitaciones de parte de la propia sociedad para acceder a la historia profesional; como el hecho de que en México menos del 2% de la

²³² Este problema es abordado en: F. Escalante, 2010, p.344 / E. Florescano, 1992, pp.20-28 / S. Ortega, 1992, pp.95, 96.

²³³ F. Escalante, 2010, p.344.

población es lectora habitual, y de esta el 80% prefiere libros de autoayuda y semejantes.²³⁴

Podemos formular una pregunta realista: “¿qué puede hacer una fracción ínfima de la sociedad, por claro que sea su pensamiento, por todos los demás que no hacen más que ver telenovelas y noticiarios?” Pero ello sería entrar en una cómoda resignación; en su lugar podríamos preguntarnos: “¿qué vamos a hacer para que esa ínfima fracción de la sociedad nos entienda y comience a pensar en términos críticos? ¿Qué vamos a hacer para que todos los demás se interesen en lo que tenemos que decirles?” Y hay tanto que hacer, y tal vez el principio sería no dejarnos sofocar por la rutina académica, mientras observamos el pasado porque el presente es desagradable y esperamos que alguien más haga nuestro trabajo.

²³⁴ Un excelente análisis de la industria editorial actual y las prácticas de lectura puede verse en: F. Escalante, 2010, pp.345-351.

Bibliografía

ABOITES Aguilar, Luis “El último tramo: 1929-2000” en: *Nueva Historia Mínima de México*. El Colegio de México, México, 2004.

AGUIRRE Rojas, Carlos Antonio “La Presencia de la Corriente Francesa de los *Annales* en México. Primeros elementos para su interpretación *curiosa*”, en Conrado Hernández, *Tendencias y Corrientes de la Historiografía Mexicana del siglo XX*, El Colegio de Michoacán / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2003.

ALVARRÁN Ramírez, Daniela *Repensar la Revolución Mexicana. Una reflexión sobre el estado actual y la evolución de las diferentes corrientes historiográficas a partir del concepto de reconstrucción*, Tesis de Licenciatura en Historia de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 2004.

ANKERSMIT, E. R. “Historiografía y Posmodernismo”, en: Luis Gerardo Morales (coord.) *Historia de la Historiografía Contemporánea (1968 a nuestros días)*. Instituto Mora, México, 2005, pp. 47-72.

ARICÓ, José “¿Por qué Gramsci en América Latina?” MORALES, Luis Gerardo (coord.) *Historia de la Historiografía Contemporánea (1968 a nuestros días)*. Instituto Mora, México, 2005.

ARÓSTEGUI, Julio *La Investigación Histórica: teoría y método*, Crítica, Barcelona, 2001.

CAÑIZARES Esguerra, Jorge *Cómo Escribir la Historia del Nuevo Mundo. Historiografía, epistemología e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007.

CARBONELL, Charles-Olivier *La Historiografía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

CARDOSO, Ciro F. S. y H. Pérez Brignoli, *Los Métodos de la Historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social*, Grijalbo, México, 1981.

CERTEAU, Michel de *La escritura de la historia*, Tr. Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 2ª. Edición, 1993.

CHESNEAUX, Jean *¿Hacemos Tabla raza del pasado? A propósito de la Historia y los historiadores*, Siglo XXI, México, 1981.

CHINCHILLA Paulin, Perla “Aprender de la historia o aprender la historia”, en: *Historia y Grafía*, No.15, Universidad Ibero Americana, México, 2000

“50 años de la Casa de España en México”, Boletín Editorial, 20, México, El Colegio de México, julio-agosto de 1988.

COSÍO Villegas, Daniel “La Crisis de México”, en: Enrique Krauze, *Antologías. Daniel Cosío Villegas el historiador liberal*, Colegio de México, México, 2010.

CRUZ, Manuel *El Historicismo. Ciencia social y filosofía*, Montesinos, 1991.

DOSSE François *La Historia en Migajas. De la Escuela de los Annales a la Nueva Historia*, Universidad Ibero Americana, México, 2006.

DUBE, Saurabh (Comp.) *Pasados Poscoloniales: Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*, El Colegio de México, México, 1999.

ELIZONDO Mayer-Serra, Carlos “La economía política de un crecimiento mediocre”, en: Soledad Loaeza y Jean François Prudomme (coords.), *Grandes Problemas de México. Instituciones y Procesos Políticos*, Tomo XIV, El Colegio de México, México, 2010.

ESCALANTE Gonzalbo, Fernando “El escándalo interminable. Apuntes sobre el sistema de opinión pública”, en: Soledad Loaeza y Jean François Prudomme (coords.), *Grandes Problemas de México. Instituciones y Procesos Políticos*, Tomo XIV, El Colegio de México, México, 2010.

FLORESCANO, Enrique “De la Memoria del Poder a la Historia como Explicación”, en: Alejandra Moreno Toscano, *Historia, ¿para qué?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

FLORESCANO, Enrique “La nueva interpretación del pasado mexicano”, en *El historiador frente a la historia*. México, UNAM, 1992.

FLORESCANO, Enrique y Ricardo Pérez Montfort, (comps.) *Historiadores Mexicanos del siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

FONTANA, Josep *La Historia después del fin de la Historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Crítica, Barcelona, 1992.

FONTANA, Josep *La Historia de los hombres del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002.

GIRON, Nicole *La Construcción del discurso Nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)*, Instituto José María Luis Mora, México, 2007.

GONZÁLEZ y González, Luis “De la múltiple utilización de la historia”, en: Alejandra Moreno Toscano, *Historia ¿para qué?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980

GONZÁLEZ y González, Luis “Una historia mínima de el Colegio de México”, en: HERNÁNDEZ Chávez, Alicia, y Manuel Miño Grijalbo, coords., *Cincuenta años de historia en México*, 2 vols., México, El Colegio de México, 1991.

GONZÁLEZ y González, Luis “La historiografía que nos rodea” en: *El historiador frente a la historia*. México, UNAM, 1992.

GONZÁLEZ y González, Luis, *La Ronda de las Generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución Mexicana*, Secretaría de Educación Pública, México, 2000.

GUERRERO, Manuel Alejandro “Los Medios de Comunicación y el Régimen Político”, en: Soledad Loaeza y Jean François Prudomme (coords.), *Grandes Problemas de México. Instituciones y Procesos Políticos*, Tomo XIV, El Colegio de México, México, 2010.

HALE, Charles *El Liberalismo en la Época de Mora (1821-1853)*, Siglo XXI, México, 1991 (1ª ed. en inglés 1968).

- HOBBSAWM, Eric *La era del capitalismo*, Labor, Guadarrama, 1981 (1ª ed. 1977)
- KENNEDY, Paul *Auge y Caída de las Grandes Potencias*, Plaza y Janés, Barcelona, 1994.
- KNIGHT, Alan “Interpretaciones Recientes de la Revolución Mexicana”, En: *Secuencia*, No.13, enero-abril, México, 1989.
- KRAUZE, Enrique *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991 (1ª ed. 1980).
- LE GOFF, Jacques y Pierre Nora, *Hacer la Historia*, Laia, Barcelona, 1985.
- LEÑERO, Vicente *Los periodistas*. 6ª reimp. Joaquín Mortiz, México, 1994.
- LIDA, Clara E., y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940- 1962*, El Colegio de México (Jornadas, 117), México, 1990.
- LOAEZA, Soledad “El Cambio Político en México en el Siglo XX. Analogías y Orígenes de la Discontinuidad de 1988”, en: *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*. Comité Mexicano de Ciencias Históricas / Gob. Edo Morelos/IIH UNAM, México, 1990, pp.529-539.
- MATUTE, Álvaro *La teoría de la historia en México 1940-1973*, Sep Setentas, México, 1974.
- MENDIOLA, Alfonso “El giro historiográfico: la Observación de Observaciones del pasado”, en: *Historia y Grafía*, No.15, México, Universidad Ibero Americana, 2000, pp. 181-208.
- MENDIOLA, Alfonso “Un nuevo reto a la interpretación de las crónicas de la conquista”, en: *Historia y Grafía*, No. 20, Universidad Ibero Americana, México, 2003.
- MEYER, Lorenzo *La segunda muerte de la Revolución mexicana*, Cal y Arena, México, 1992.
- MEYER, Lorenzo *Liberalismo Autoritario, las contradicciones del sistema político mexicano*. Océano, México, 1995.
- MEYER, Lorenzo “De la Estabilidad al Cambio” en: *Historia General de México*. Centro de Estudios Históricos/ Colegio de México, México, 2004, pp.881-945.
- MOLINA Enríquez, Andrés *Los Grandes Problemas Nacionales*, Era, 1983 (1ª ed. 1909).
- ORTEGA Noriega, Sergio “Introducción a la Historia Social”, en: *El historiador frente a la historia*. México, UNAM, 1992.
- PEREYRA, Carlos “Historia, ¿Para qué?”, en: Alejandra Moreno Toscano, *Historia, ¿Para qué?*, Fondo De Cultura Económica, México, 1980.
- PESCHARD, Jacqueline “De la conducción gubernamental al control parlamentario. Treinta años de reformas electorales”, en: Soledad Loaeza y Jean François Prudomme (coords.), *Grandes Problemas de México*.

Instituciones y Procesos Políticos, Tomo XIV, El Colegio de México, México, 2010.

RIVA Palacio, Vicente *México a través de los Siglos*, Tomo II, 8ª ed., Cumbre, México, 1971.

SAVARINO, Franco *Pueblos y Nacionalismo. Del Régimen Oligárquico a la sociedad de Masas en Yucatán 1894-1925*, INEHRM, México, 1997.

SEWELL, William “Líneas Torcidas”, en: *historia Social*, No.69, 2011, pp.93-106.

SIERRA, Justo *Evolución Política del Pueblo Mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950 (1ª ed. 1900).

SUÁREZ Vélez, Jorge *La Próxima Gran Caída de La economía Mundial*, Random House Mondadori, México, 2011.

THOMPSON, E. P. “La lógica de la historia”, en: *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981.

TORRE, Rennee de la *Los Rostros del Conservadurismo Mexicano*, Ciesas, México, 2005.

VADILLO López, Claudio *La Producción de Historiografía política en México: 1970- 2000 crítica del enfoque revisionista*. México, Sociedad Campechana de Historiadores, México, 2006.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida *Historia de la historiografía*, Utopía, México, 1975.

VERGARA, Luis “Ética, historia y postmodernidad”, en: *Historia y Grafía*, No. 15, Universidad Ibero Americana, México, 2000.

VOGT, Joseph *El concepto de la historia de Ranke a Toynbee*, Guadarrama, Madrid, 1974.

WINDSCHUTTLE, Keith “Una crítica al giro postmoderno en la historiografía occidental” en: Luis Gerardo Morales (coord.) *Historia de la Historiografía Contemporánea (1968 a nuestros días)*. Instituto Mora, México, 2005, pp. 257-277.

ZAVALA, Silvio “Orígenes del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México”, en: Alicia Hernández Chávez, y Manuel Miño Grijalbo, coords., *Cincuenta años de historia en México*. 2 vols., México, El Colegio de México, 1991.

ZERMEÑO Padilla, Guillermo “La Historia ¿Una Ciencia en Crisis? Teoría e Historia en México: 1968-1988. Una Primera Aproximación” Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, en: *Memorias del Simposio de Historiografía mexicanista*. Comité Mexicano de Ciencias Históricas / Gob. Edo Morelos/IIH UNAM, México, 1990, pp.23-33.

ZERMEÑO Padilla, Guillermo *La Cultura Moderna de la Historia: una aproximación teórica e historiográfica*. El Colegio de México, México, 2002.

ZERMEÑO Padilla, Guillermo “*Imparcialidad, objetividad y exactitud. Valores epistémicos en el origen de la historiografía moderna en México*” en: *Historia y Grafía*, No. 20, Universidad Ibero Americana, México, 2003.

ZERMEÑO, Sergio México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68 Siglo XXI, México, 1978.



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Fecha : 25/01/2013
Página : 1/1

CONSTANCIA DE PRESENTACION DE EXAMEN DE GRADO

La Universidad Autónoma Metropolitana extiende la presente CONSTANCIA DE PRESENTACION DE EXAMEN DE GRADO de MAESTRA EN HUMANIDADES (HISTORIA) de la alumna GABRIELA FERNANDEZ GARCIA, matrícula 210381890, quien cumplió con los 120 créditos correspondientes a las unidades de enseñanza aprendizaje del plan de estudio. Con fecha veintinueve de enero del 2013 presentó la DEFENSA de su EXAMEN DE GRADO cuya denominación es:

LA REFLEXION SOBRE EL SENTIDO DE LA HISTORIA EN MEXICO DURANTE LAS ULTIMAS DECADAS DEL SIGLO XX

Cabe mencionar que la aprobación tiene un valor de 40 créditos y el programa consta de 160 créditos.

El jurado del examen ha tenido a bien otorgarle la calificación de:

Aprobar

JURADO

Presidenta

DRA. BLANCA ESTELA GARCIA GUTIERREZ

Secretario

DR. FEDERICO LAZARIN MIRANDA

Vocal

DR. MARIO BARBOSA CRUZ

UNIDAD IZTAPALAPA

Coordinación de Sistemas Escolares

Av. San Rafael Atlixco 186, Col. Vicentina, México, DF, CP 09340 Apdo. Postal 555-320-9000, Tels. 5804-4880 y 5804-4883 Fax: 5804-4876